

JOSEPH CONRAD entre mareas



Lectulandia

Se recogen en este volumen cuatro novelas cortas que Joseph Conrad recopiló en 1915: «El Plantador de Malata, Por culpa de los dólares» (ambas inéditas en castellano desde 1931), «El socio y La posada de las dos brujas». Un hacendado de una remota isla ayuda a una mujer de la que está enamorado a encontrar a su prometido; un barco se hunde misteriosamente en el puerto de Londres; un soldado inglés se enfrenta a fuerzas sobrenaturales en una posada regentada por dos brujas en el norte de España; un capitán se complica la vida socorriendo a una pobre mujer... El lector, que no podrá abandonar la lectura una vez empezada, encontrará en estas historias la quintaesencia del universo narrativo de Conrad: personajes solitarios que pretenden, casi siempre en vano, hacer el bien, conflictos morales de imposible solución, cadáveres, intrigas y el mar, siempre el mar omnipresente de fondo.

Lectulandia

Joseph Conrad

Entre mareas

ePub r1.0

Titivillus 10-02-2018

Título original: *Between tides*
El socio: Octubre de 1910
La posada de las dos brujas: Junio de 1913
El hacendado de Malaca: Diciembre de 1913
Por culpa de los dólares: Enero de 1914
Joseph Conrad, 1915
Traducción: Gloria Ayerra Vacas

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EL HACENDADO DE MALATA

CAPÍTULO I

EN el despacho de redacción del primer periódico de una gran ciudad colonial dos hombres charlaban. Ambos eran jóvenes. El más corpulento de ellos, rubio y envuelto en una apariencia más urbana era el redactor jefe y copropietario del importante periódico.

El otro se llamaba Renouard. Que algo ocupaba su mente era evidente en su fino rostro bronceado. Era un hombre esbelto, relajado, activo. El periodista continuó con la conversación.

—De manera que ayer estuviste cenando en la casa del viejo Dunster.

Empleó la palabra viejo no con el trato entrañable que a veces se da a los íntimos, sino en toda la sobriedad de su sentido. El tal Dunster era viejo. Había sido un notable estadista colonial, pero ahora se hallaba retirado de la vida política tras una gira por Europa y una prolongada estancia en Inglaterra, durante la cual había tenido en efecto muy buena prensa. La colonia se enorgullecía de él.

—Sí, cené allí —dijo Renouard—. El joven Dunster me invitó justo cuando yo salía de su oficina. Pareció ser una idea repentina, y sin embargo no puedo dejar de sospechar alguna intención detrás de ella. Fue muy insistente. Juró que a su tío le agradaría mucho verme. Dijo que éste había mencionado últimamente que haberme otorgado la concesión de Malata había sido el último acto de su vida oficial.

—Muy enternecedor. El amigo se pone sentimental de vez en cuando con el pasado.

—En realidad no sé por qué acepté —continuó el otro—. El sentimentalismo no me conmueve con mucha facilidad. El viejo Dunster fue, desde luego, cortés conmigo, pero no se informó siquiera de mi progreso con las plantas de la seda. Probablemente olvidó que tal cosa existiera. Debo admitir que había más gente allí de la que esperaba encontrar. Una reunión bastante grande.

—Me invitaron —puntualizó el hombre de la prensa—. Sólo que no podía ir. ¿Pero cuándo llegaste de Malata?

—Ayer al amanecer. He anclado allá en la bahía..., frente a Garden Point. Fui a la oficina de Dunster antes de que éste hubiese terminado de leer sus cartas. ¿Has visto alguna vez al joven Dunster leer sus cartas? Lo entreví por la puerta abierta. Sostiene el papel con ambas manos, encorva los hombros hasta la altura de sus feas orejas, y acerca su narizota y sus gruesos labios a él como un aparato de succión. Un monstruo de anuncio.

—Aquí no lo consideramos un monstruo —dijo el hombre de la prensa observando pensativo a su visita.

—Probablemente no. Estáis acostumbrados a ver su rostro y otros tantos. No sé cómo es que cuando vengo a la ciudad el aspecto de la gente en la calle me arrebató con tanta fuerza. Parece tan tremendamente expresiva.

—Y sin encanto.

—Bueno..., no. No por principio. Resulta violento sin que sea evidente... Sé que crees que se debe a mi forma solitaria de vida ahí fuera.

—Sí, así lo creo. Es desmoralizador, no ves a nadie durante meses enteros. Llevas una vida poco saludable.

El otro apenas sonrió y admitió musitando que ciertamente habían pasado sus once buenos meses desde que estuviera en la ciudad por última vez.

—Ya ves —insistía aquél—. La soledad actúa como una especie de veneno. Y entonces percibes insinuaciones en los rostros... misteriosas y violentas, que a ningún hombre sano preocuparían. Por supuesto, a ti sí.

Geoffrey Renouard no explicó a su amigo periodista que las insinuaciones de su propio rostro, el rostro de un amigo, le preocupaban tanto como los demás. Detectó una cualidad degradante en las marcas de la edad que cada día se suman al semblante humano. Lo conmovieron y perturbaron como los signos de una penosa labor interior que fuera espantosamente evidente a los ojos que él traía renovados de su aislamiento en Malata, donde se había instalado tras cinco fatigosos años de exploración y aventura.

—La verdad es —dijo— que cuando estoy en mi hogar de Malata no veo a nadie conscientemente, obvio a los muchachos de la plantación.

—Bueno, y nosotros aquí obviamos a la gente por las calles, y ello es cuerdo.

La visita no contestó nada a esto por temor a enzarzarse en una discusión. Lo que había ido a buscar a la redacción no era controversia sino información. Sin embargo, por alguna razón vacilaba en abordar el tema. La vida solitaria vuelve a un hombre reticente en lo relativo a materia de murmuración, la cual para aquellos que departen sobre los de su especie es un ejercicio cotidiano considerado como el más común uso de la lengua.

—¿Muy ocupado? —preguntó.

El redactor jefe, que ponía marcas rojas sobre una tira extensa de papel impreso, arrojó el lápiz.

—No, he terminado. Párrafos de sociedad. Esta oficina es el lugar donde se sabe todo de todos... incluyendo también una gran cantidad de don nadies. Tipos raros vagan dentro y fuera de esta sala. Desvalidos y extraviados de su país natal, del norte del Pacífico. Y a propósito, la última vez que estuviste aquí recogiste a uno de éstos como ayudante tuyo..., ¿no es así?

—Contraté un asistente sólo para que pares de sermonear acerca de los males de la soledad —dijo Renouard atropelladamente, y el reportero rió en un tono medio ofendido. No fue una risa muy fuerte, pero su ser rollizo se estremeció todo. Era consciente de que el respeto del joven amigo hacia sus consejos se basaba únicamente

en una deficiente fe en su sabiduría... o su sagacidad. Pero había sido él el primero en ayudar a Renouard en sus planes de exploración: el programa de cinco años de aventura científica, de trabajo, de peligro y resistencia, llevado a cabo con gran notoriedad y modestamente recompensado por el sobrio gobierno colonial con el arrendamiento de la isla de Malata.

Y esta recompensa, además, se debió al respaldo, con verbo y pluma, del periodista... pues era hombre de prestigio en la comunidad. Dudando mucho de que agradara a Renouard de veras, él mismo no sentía gran inclinación por cierto lado de aquel hombre que no podía descifrar del todo. Sólo sentía inciertamente que éste respondía a su auténtico carácter..., el verdadero... y, quizá, ridículo. Como por ejemplo en el caso del ayudante. Renouard había dado rienda a los razonamientos de su amigo y garante..., el razonamiento contra el efecto malsano de la soledad, el razonamiento por la seguridad de la compañía aun sin avenencia. Muy bien, en esta docilidad se mostraba sensato e incluso simpático. ¿Pero qué había hecho a continuación? En lugar de pedir consejo en la elección a su viejo amigo y garante y, a su vez, un hombre que conocía a todo el mundo, empleado o desempleado, sobre el pavimento de la ciudad, el excepcional de Renouard repentinamente y poco menos que de forma subrepticia recoge a un tipo..., dios sabe quién..., y se hace precipitadamente a la mar con él de regreso a Malata; un proceder obviamente temerario y a su vez no del todo recto. Así era la cosa. El secretamente implacable periodista rió un poco más y luego cesó de estremecerse todo.

—Oh, sí. Respecto a ese ayudante tuyo...

—¿Qué pasa con él? —dijo Renouard, al cabo de esperar un rato, con una sombra de inquietud en su rostro.

—¿No tienes nada que contarme sobre él?

—Nada salvo... —Una incipiente pesadumbre se desvaneció del semblante y la voz de Renouard, mientras vacilaba, como si reflexionara seriamente antes de cambiar de idea—. No, nada de nada.

—¿No lo habrás traído contigo por casualidad..., para variar?

El hacendado de Malata miró fijamente, después negó con la cabeza y finalmente musitó despreocupado: «Creo que está muy bien donde está. Pero ojalá pudieras explicarme por qué el joven Dunster insistió tanto en que cenara con su tío anoche. Todo el mundo sabe que no soy un hombre de sociedad».

El redactor jefe exclamó ante tanta modestia. ¿No sabía su amigo que él era su solo y único explorador..., que era él el hombre que experimentaba con la planta de la seda?...

—Aun así, eso no me explica por qué fui convidado ayer, pues al joven Dunster nunca antes se le había ocurrido tener esta cortesía...

—Nuestro Willie —dijo el popular periodista— nunca hace nada sin una intención, ésa es la verdad.

—¡Y además a la casa de su tío!

—Vive allí.

—Sí, pero podría haberme ofrecido comer en algún otro lugar. Lo extraordinario del caso es que el viejo no parecía tener nada especial que decir. Me sonrió con amabilidad una o dos veces y eso fue todo. Era una gran reunión, dieciséis personas.

Entonces el redactor jefe, tras expresar su pesar por no haber podido ir, quiso saber si la reunión había sido amena.

Renouard lamentó que su amigo no hubiese estado allí. Siendo un hombre cuyo negocio o, al menos, cuya profesión era conocer todo lo que pasaba por ese punto del globo, probablemente le habría contado algo de algunas personas que habían llegado últimamente de la metrópoli y que se encontraban entre los invitados. El joven Dunster, Willie, con su amplia pechera y las vetas de piel alba brillando desagradablemente a través del ralo cabello negro emplastado sobre su coronilla, se abalanzó sobre él y lo presentó en la reunión como si fuera un perro amaestrado o un niño prodigio. Decididamente, dijo, Willie no le agradaba; uno de esos incómodos hombres corpulentos...

Hubo un silencio, y parecía que Renouard no fuese a decir nada más cuando, de repente, salió con el auténtico motivo de su visita a la sala de redacción.

—Los vi como hechizados.

El redactor jefe lo contempló admirado pensando que, fuese el resultado de la soledad o no, ello era prueba de una percepción susceptible a la expresión de los rostros.

—Has pasado por alto el decirme sus nombres, pero puedo adivinarlo. Te refieres al profesor Moorsom, a su hija y a su hermana..., ¿no es así?

Renouard asintió. Sí, una dama de cabellera plateada. Pero por su silencio, por sus ojos fijos que sin embargo evitaban al amigo, era fácil adivinar que no era la dama de la cabellera plateada quien le interesaba.

—Palabra —dijo recobrando su aplomo habitual—, diría que fui invitado allí tan sólo para que la hija hablara conmigo.

No disimuló que su aspecto le había arrebatado enormemente. Nadie habría podido remediar impresionarse. Ella era diferente de cualquier otro en aquella casa, y no solamente como resultado de su indumentaria londinense. No había bajado con ella para cenar, lo había hecho Willie. Fue más tarde, en el terrado...

Era una velada maravillosamente plácida. Él estaba sentado a distancia y solo, y deseaba estar en algún otro lugar..., preferentemente a bordo de la goleta, sin guarniciones de etiqueta delante. No había cruzado con el resto de invitados más de cuarenta palabras en toda la velada. La vio de repente yendo completamente sola hacia él, el lóbrego alumbrado del terrado adelante, desde bastante lejos.

Era alta y grácil, portaba con nobleza sobre su cuerpo erguido una cabeza de una naturaleza que a él se le antojó singular, algo..., en fin..., pagana, coronada por una formidable cabellera. Había estado a punto de levantarse, pero el decidido aproximarse de ella provocó que siguiera sentado. No la había observado mucho

durante aquella velada. No poseía la libertad de contemplar que se adquiere en los usos de sociedad y las reuniones asiduas con extraños. No era timidez, sino la circunspección de un hombre no acostumbrado al mundo y a la práctica de mirar disimuladamente con curiosidad despreocupada. Todo lo que había captado en la entusiasta e instantáneamente reprimida primera ojeada fue la impresión de que su cabello era esplendorosamente rojo y sus ojos muy negros. Resultó turbador, pero fue pasajero; casi lo había olvidado cuando muy inesperadamente la vio descendiendo al terrado despacio pero ansiosa, como si se estuviera refrenando a sí misma, y con una ascendente ondulación cadenciosa de toda su figura. La luz de una ventana abierta caía frente a su camino, y súbitamente toda aquella melena cuidadosamente peinada apareció incandescente, cincelada y fluida, con la desafiante insinuación de un yelmo de cobre pulido y los fluyentes chorros del metal fundido. Ello había encendido en él una admiración pasmosa. Pero nada dijo sobre esto a su amigo el redactor jefe. Ni tampoco le contó cómo el aproximarse de ella había despertado en su mente la imagen de la gracia infinita del amor y el significado de inagotable gozo que habita en la belleza. ¡No! Lo que transmitió al redactor jefe no fueron emociones, sino meros hechos expresados con voz impostada y palabras sin inspiración.

—La joven dama vino y se sentó junto a mí. Dijo: «¿Es usted francés, señor Renouard?».

Respiró una bocanada de perfume —de algún perfume que no conocía— sobre el que tampoco dijo nada. La voz de ella era suave y nítida. Sus hombros y sus brazos desnudos resplandecían con esplendor excepcional, y cuando adelantó la cabeza hacia la luz vio el admirable contorno de su cara, la fina y recta nariz de orificios delicados, la refinada pincelada carmesí de los labios en ese óvalo sin pintar. La expresión de los ojos se perdía en un indefinido juego misterioso de plata y azabache, bullendo bajo el encarnado oro cobrizo de su cabello como si se tratase de un ser hecho de marfil y metales preciosos transmutados en tejido viviente.

—... Le conté que mi gente vivía en Canadá pero que yo me crié en Inglaterra antes de presentarme aquí. No acierto a imaginar qué interés podía tener en mi vida.

—¿Y te quejas de su interés?

El tonillo del periodista sabelotodo pareció chirriarle al hacendado de Malata.

—¡No! —dijo con una voz amortiguada que resultó casi huraña. Pero tras un breve silencio continuó—. Realmente extraordinario. Le expliqué que salí a recorrer mundo libremente cuando tuve diecinueve años, casi justo después de dejar el colegio. Parece que su difunto hermano estuvo en el mismo colegio un par de años antes que yo. Quería que le contara qué hice al principio de presentarme aquí, lo que se hallaron haciendo otros hombres al presentarse..., a dónde acudían, lo que era presumible que les sucediese..., como si yo pudiese adivinar y predecir desde mi experiencia el destino de los hombres que arriban aquí con un centenar de proyectos diferentes, por centenares de razones diferentes..., o por ninguna razón salvo el trajín..., ¡que vienen, van y desaparecen! Ridículo. Parecía querer escuchar sus vidas.

Le expliqué que la mayoría de ellas no merecía contarse.

El insigne periodista, apoyado sobre el codo, la cabeza descansando sobre los nudillos de la mano izquierda, escuchaba con gran atención, pero no dio las muestras de sorpresa que Renouard, al hacer una pausa, pareció esperar.

—Tú sabes algo —dijo con brusquedad este último. El sabelotodo meneó ligeramente la cabeza y dijo—: Sí, pero continúa.

—Se trata simplemente de esto. No hay más. Me vi a mí mismo hablándole de mis aventuras, de mis días de juventud. Era imposible que le interesara. De veras —clamó—, es de lo más extraordinario. Esa gente trama algo. Nos sentamos a la luz de la ventana, mientras su padre merodeaba por el terrado con las manos detrás de la espalda y la cabeza baja. La dama de la cabellera plateada fue a la ventana del comedor dos veces..., estoy seguro de que para observarnos. El resto de los invitados comenzó a irse..., y con todo nosotros permanecemos sentados allí. Evidentemente los Dunster hospedan a estas personas. Fue la anciana señora Dunster quien puso fin a la cosa. El padre y la tía planeaban alrededor como si temieran molestar a la joven. Luego ella se levantó de pronto, me ofreció la mano, y dijo que esperaba poder verme de nuevo.

Mientras Renouard hablaba, de nuevo vio oscilar su figura con un movimiento elegante y tenaz..., sintió la presión de su mano..., escuchó los últimos acentos del hondo murmullo que salía de su garganta, tan blanca a la luz de la ventana, y recordó los rayos negros de sus ojos firmes recorriendo su cara al apartarse. Recordó todo ello de forma visual y no fue del todo placentero. Era bastante sobrecogedor, como el descubrimiento de una nueva facultad en sí mismo. Hay facultades de las que uno más bien prescindiría... tales como, por ejemplo, la de ver a través de un muro de piedra o la de recordar a una persona con esta sobrenatural viveza. ¡Y aquellas dos personas que la correspondían con expectante aire solícito! En verdad, aquellas figuras de la metrópoli se le situaban en medio. De hecho, su persistencia en colarse entre él y las sólidas formas del mundo material cotidiano había empujado a Renouard a pasarse a ver a su amigo a la oficina. Esperaba que un poco de información chismosa y vulgar derribaría el fantasma de aquella imprevista cena de invitados. Desde luego que la persona indicada a la que acudir habría sido el joven Dunster, pero él no podía aguantar a Willie Dunster..., no a cualquier precio.

Durante la pausa el redactor jefe, frente a su escritorio, había cambiado de postura, y sonreía con una leve sonrisa de complicidad.

—Una chica arrebatadora..., ¿verdad? —dijo.

Lo inconveniencia de la palabra bastaba para hacerle a uno saltar del asiento. ¡Arrebatadora! ¡Esa chica arrebatadora! ¡Arreb...! Mas Renouard refrenó sus impulsos. Su amigo no era persona por la que delatarse. Y, después de todo, esta forma de hablar es lo que había ido a oír allí. Como, no obstante, había realizado un ademán, se reacomodó y dijo con una muy loable indiferencia que sí..., que ella lo era, bastante. Sobre todo entre un montón de anticuadas peripuestas. No había allí

una mujer por debajo de los cuarenta.

—¿Es ése el modo de hablar de la crema de nuestra alta sociedad, de «lo más granado de la cesta», como dicen los franceses? —protestó el redactor jefe con simulada indignación—. No eres moderado en tus expresiones..., ¿sabes?

—Yo me expreso muy poco —aclaró Renouard con seriedad.

—Te voy a decir cómo eres. Eres un tipo que no mide las consecuencias. Conmigo desde luego estás a salvo, pero no aprenderás nunca...

—Lo que más me intriga —interrumpió el otro— es que ella me escogiera para tan larga conversación.

—Eso es, tal vez, porque eras el hombre más notable allí.

Renouard negó con la cabeza.

—Me parece que ese tiro no ha disparado al blanco —dijo tranquilamente—. Inténtalo de nuevo.

—¿No me crees? Oh, tú, criatura modesta. Vamos, deja que te garantice que bajo circunstancias normales habría sido un buen tiro. Eres lo suficientemente notable, pero también pareces un tío bien astuto. Las circunstancias son extraordinarias, ¡por Júpiter si lo son!

Cavilaba. Al cabo de un instante el hacendado de Malata dejó caer un desenfadado:

—Y tú los conoces.

—Y yo los conozco —asintió el redactor jefe sabelotodo, sobriamente, como si la ocasión fuera demasiado especial para una exhibición de vanidad profesional; una vanidad que Renouard conocía tan bien que su ausencia aumentaba su asombro y casi lo inquietaba como si presagiara alguna mala noticia.

—¿Te has reunido con esas personas? —preguntó.

—No, tenía que haberme reunido con ellos anoche, pero tuve que enviar una disculpa a Willie por la mañana. Fue así que tuvo la brillante idea de convidarte para que ocuparas mi lugar, en la errada noción de que tú podrías servir. Willie es a veces un bobo, porque está claro que tú eres el último hombre capaz de prestarse.

—¿Cómo demonios he venido yo a mezclarme en esto... sea lo que sea? —La voz de Renouard sonaba ligeramente modificada por una irritación nerviosa—. Apenas llegué aquí ayer por la mañana.

CAPÍTULO II

SU amigo el redactor jefe se dirigió a él sin rodeos. «Willie me ha pedido que le asesore, y ya que al parecer él te ha abierto las puertas igualmente puedo yo contarte lo que hay. Intentaré ser tan breve como pueda. Pero, en confianza..., ¡ten cuidado!».

Renouard esperó. La inquietud se instalaba en él irracionalmente, asintió con la cabeza y el otro comenzó sin dilación. El profesor Moorsom..., físico y filósofo..., una admirable cabeza de cabello blanco, a juzgar por las fotografías..., y además con mucho cerebro..., todos esos libros famosos..., sin duda que hasta Renouard conocería...

Renouard farfulló malhumorado que no era su tipo de lectura, y su amigo se apresuró a asegurarle encarecidamente que tampoco era el suyo..., excepto como materia de negocios y obligación, debido a la página literaria de aquel periódico que le pertenecía (y era el orgullo de su vida). La única gaceta literaria en las Antípodas no podía ignorar al filósofo por entonces de moda. No es que cualquiera leyera a Moorsom en las Antípodas, pero todo el mundo había oído hablar de él..., mujeres, niños, estibadores, cocheros. La única persona (junto con él mismo) que había leído a Moorsom hasta dónde él sabía era el viejo Dunster, quien desde hacía muchos años solía llamarse a sí mismo moorsoniano (¿o era moorsonita?), mucho antes de que Moorsom se hiciera a sí mismo y se convirtiera en el gran personaje que era hoy, en todos los aspectos..., hasta socialmente. Tan a la moda en la alta sociedad.

Renouard escuchaba con una atención profundamente disimulada. «Un charlatán», rezongó lánguidamente.

—Bueno..., no. Yo diría que no. Aunque no me sorprendería de que hubiese realizado la mayoría de sus escritos a modo de chanza. Desde luego que sería de esperar. Te diré por qué: la única escritura de veras sincera no se encuentra más que en los periódicos..., no lo olvides.

El redactor jefe hizo una pausa con mirada de basilisco hasta que Renouard concedió un: «Podría ser» de pasada, y sólo entonces continuó explicando que al viejo Dunster, durante su gira europea, lo habían vuelto un poco león^[1] en Londres, donde se había hospedado con los Moorsom..., es decir, con el padre y la muchacha. El profesor había enviudado hacía mucho.

—No se diría que es precisamente una muchacha —masculló Renouard. El otro asintió. Muy posiblemente no. Probablemente había estado haciéndose la anfitriona londinense para la gente bien desde que se recogiera el pelo.

—No espero encontrar en ella ninguna muchacha en flor cuando tenga el privilegio —continuó—. Esa gente se hospeda de incógnito con los Dunster, como si,

entiendes..., algo así como de la realeza. No engañan a nadie, pero quieren que los dejen a su aire. Nosotros ni siquiera los hemos sacado en el diario..., por complacer al viejo Dunster. Pero incluiremos tu llegada en... «nuestra celebridad local».

—¡Dios!

—Sí. El señor G. Renouard, el explorador, cuya indómita energía, etc., y que ahora trabaja de otra manera por la prosperidad de nuestro país en su plantación de Malata... Y al respecto, ¿cómo va la seda..., floreciente?

—Sí.

—¿Has traído alguna fibra?

—La goleta llena.

—Ya veo, a fin de transbordarla a Liverpool para su manufactura experimental, ¿verdad? Los ilustres capitalistas de la metrópoli muy interesados, ¿no es así?

—Lo están.

Se hizo un silencio. Después, el redactor jefe profirió lentamente: «Serás un hombre rico algún día».

El rostro de Renouard no reveló su opinión acerca de aquella confiada profecía. No dijo nada hasta que su amigo propuso en el mismo tono meditabundo:

—Deberías hacer partícipe también a Moorsom en el negocio... ya que Willie te ha abierto las puertas.

—¿Un filósofo?

—Supongo que no le haría ascos a un poco de dinero. Y por cierto que debe de ser listo, por todo lo que ya sabes. Me inclino a pensar que el sujeto es bastante práctico... De cualquier modo —y aquí el tono del orador adquirió un matiz de respeto— ha hecho que la filosofía rente.

Renouard elevó los ojos, reprimió un impulso de saltar y se levantó del sillón despacio. «Quizá no sea mala idea» —dijo—. «En cualquier caso tendré que volver por allí».

Se preguntaba si había logrado mantener la voz firme, el tono lo bastante desenvuelto, pues su emoción era fuerte, aunque no tuviese ningún interés en el aspecto comercial de la sugerencia. Se movía por la sala preparándose vagamente a marchar, cuando oyó una risa ahogada. Se giró rápidamente ceñudo, pero el redactor jefe no se estaba riendo de él. Soltaba una risita hacia la pared, al otro lado del gran escritorio: los preliminares de algún discurso que Renouard, replegado sobre sí, esperó callado y receloso.

—¡No! ¡Nunca lo adivinarías! Nadie adivinaría jamás tras lo que va esa gente. A Willie se le salían los ojos de las órbitas cuando me vino con la historia.

—Siempre lo hacen —puntualizó Renouard con aversión—. Es un bobo.

—Estaba sobrecogido, y yo también después de que me lo contara. Forman un grupo de búsqueda. Andan en busca de un hombre. El tierno corazón de Willie se ha alistado en la causa.

Renouard repitió: «En busca de un hombre».

Se sentó repentinamente como con intención de mirar fijamente. «¿Acudió Willie a ti para que le prestaras un farol?», preguntó sarcásticamente, y se levantó de nuevo sin un claro motivo.

—¿Qué farol? —interrumpió el perplejo redactor jefe, y su cara se oscureció con reticencia—. Tú, Renouard, siempre aludiendo a cosas que no me resultan claras. Si anduvieras en política, yo, como periodista adepto, no me fiaría de ti más allá de lo que pudieras hacerte entender. Ni un milímetro más allá. Eres un individuo muy enrevesado. Atiende: ése es el hombre con el que la señorita Moorsom estuvo prometida durante un año. En cualquier caso, no podría haber sido un cualquiera, aunque no parece haber sido muy listo. Mala fortuna para la joven dama.

Hablaba con emoción. Estaba claro que lo que tenía que contar apelaba a sus sentimientos. Sin embargo, como hombre de mundo experimentado hizo notar que se deleitaba en su asombro. Un hombre joven de buena familia y con contactos, visto por doquier, aún no enteramente público pero con un pie entre las dos grandes eses.

Renouard, que erraba sin propósito por la sala, se dio la vuelta: «¿Y qué diablos es eso?», preguntó medroso.

—Pues Fama y Finanza —explicó el redactor jefe—. Así es como yo lo llamo. Están las tres erres en la base del edificio social y las dos eses en lo alto. ¿Comprendes?

—¡Ja, ja! ¡Espléndido! ¡Ja, ja! —Rió Renouard con ojos fríos.

—Y así se pasa de una clase a otra en ésta era democrática —continuaba el redactor jefe con impasible autocomplacencia—. Eso si se es lo bastante listo. El único peligro está en serlo demasiado. Y creo que algo de eso ha ocurrido aquí. El personaje de que te hablo se metió en un lío. Evidentemente un lío muy turbio de tipo financiero. Entenderás que Willie no entrara en detalles conmigo. Tampoco ellos se lo transmitieron con gran profusión. Pero un lío malo..., algo de orden delictivo. Desde luego que era inocente, pero de todas formas tuvo que renunciar.

—¡Ja, ja! —Renouard volvió a reír cortante, mirando fijamente como antes—. Con lo cual hay otra gran efe en la historia.

—¿Qué quieres decir? —interrogó rápidamente el redactor jefe, con aire de que estuvieran violando su patente.

—Quiero decir... Fantoche.

—No, yo no diría eso. No diría eso.

—Bueno..., entonces dejémoslo en sinvergüenza. A mí qué diablos me importa.

—¡Pero espera! No has escuchado el final de la historia.

Renouard, con el sombrero ya puesto, se sentó con la sonrisa desdeñosa del que ha descartado la moraleja del cuento. Aun así se sentó y el redactor jefe viró su silla giratoria hacia la derecha. Estaba henchido de afectación.

—Imprudente, diría yo. En muchos sentidos el dinero es tan peligroso de controlar como la pólvora. No se puede ser demasiado cauteloso con todos aquéllos para quien trabajas. De cualquier modo llegó a desatarse un alarmante revuelo, un

escándalo, y... en su entorno familiar no volvieron a saber de él. Pero antes de esfumarse acudió a ver a la señorita Moorsom. Ése solo hecho aboga por su inocencia..., ¿no? Lo que se habló entre ellos nadie lo sabe... a menos que la hija se lo confiara al profesor. No habría mucho que decir. Nada restaba sino dejar que se fuera..., ¿no?... pues el caso había llegado a los diarios. Y tal vez lo menos malo habría sido olvidarle. En cualquier caso lo más fácil. El perdón sería más difícil, me figuro, para una joven dama de altura y posición envuelta en un turbio asunto como éste. Quiero decir para cualquier joven dama normal y corriente. En fin, el tipo no pidió más que ser olvidado, sólo que a él mismo no le resultó fácil, porque solía escribir a casa de vez en cuando. Aunque a ni un solo amigo. No tenía parientes próximos. El profesor había sido su protector. No, el pobre diablo escribió alguna vez a un anciano mayordomo retirado de su difunto padre, a algún lugar en el campo, prohibiéndole a su vez permitir que nadie conociera su paradero. Con lo que ese honorable viejo asno solía acercarse a la ciudad y merodear por la casa de Moorsom, quizá abordara a la criada de la señorita Moorsom, y después escribiría al «amo Arthur» que a la joven dama se la veía bien y feliz, o alguna información así de alentadora. Me atrevería a decir que él quería que lo olvidaran, pero no creo que esas noticias lo animaran mucho. ¿Qué te parece?

Renouard, con las piernas extendidas y la barbilla sobre el pecho, no dijo nada. Una sensación que no era curiosidad sino más bien una imprecisa ansia nerviosa, marcadamente desagradable, como un misterioso síntoma de alguna enfermedad, le impidió levantarse y marcharse.

—Sentimientos confusos —opinó el redactor jefe—. Muchos tipos perdidos por aquí reciben noticias de sus hogares con sentimientos confusos. ¿Pero cómo se sentirá cuando sepa lo que ahora voy a contarte? Por lo que conocemos, hasta ahora no se ha enterado. Hace seis meses a un empleado financiero, a un simple vulgar esclavo de las finanzas, le cae una pena por un vulgar desfalco o algo por el estilo. Luego, viendo que va a pagar una larga condena piensa en reconfortar su conciencia confesándolo todo acerca de una vieja historia de manipulación, si no ocultación, de documentos, la historia que pone en claro al completo la honestidad de nuestro arruinado caballero. Aquel tipo malversador estaba en condiciones de saber al haber sido empleado por la firma antes del batacazo. No había duda respecto a una reputación libre de sospecha..., pero dónde se encontraba el hombre libre de sospecha nadie podía decirlo. Otro escándalo en sociedad. Además la señorita Moorsom dice: «Volverá a por mí y yo me casaré con él». Pero no volvió. Entre tú y yo, no creo que fuese muy querido... salvo por la señorita Moorsom. Imagino que está acostumbrada a seguir su propio rumbo. Se fue impacientando, y declaró que si llegaba a saber dónde se encontraba el hombre iría con él. Pero todo lo que pudo sonsacarse al anciano mayordomo fue que el último sobre traía el matasellos de nuestra bonita ciudad, y que ésta era la única dirección que siempre había tenido del «amo Arthur». Eso y nada más. De hecho, el tipo, frágil del corazón..., estaba

agonizando. A la señorita Moorsom no le permitieron verlo. Había ido ella misma al campo a enterarse de lo que pudiera, pero tuvo que permanecer en el piso inferior mientras la esposa de nuestro amigo subía arriba al inválido. Bajó con este recorte de información de que te he hablado. Él estaba ya demasiado acabado para sufrir un interrogatorio, y esa misma noche murió. No dejó tras de sí muchas pistas, ¿no es cierto? Nuestro Willie me insinuó que aquéllos habían sido días bien turbulentos en la casa del profesor, pero... aquí están. Me inclino a pensar que ella no es la clase corriente de señorita que pueda permitirse trotar por el mundo completamente sola..., ¿verdad? Bien, creo que por su parte es bastante admirable, pero entiendo a la perfección que el profesor necesitara de toda su filosofía dadas las circunstancias. Ahora ella es su única... y radiante... hija, ¿eh? Willie salivaba auténticamente tratando de describírmela, y pude ver en cuanto entraste que tú habías tenido una experiencia insólita.

Renouard, con gesto irritado, ladeó más el sombrero hacia delante, sobre los ojos, como si estuviera aburrido. El redactor jefe continuó con el comentario de que estaba convencido de que ni él (Renouard) ni aun Willie estaban muy acostumbrados a tropezarse con mujeres de tan notable superioridad. Suponía que Willie, cuando años atrás estudiaba comercio en una firma de Londres, nada había conocido salvo la compañía de la casa de huéspedes. En cuanto a él mismo en los buenos tiempos pasados, cuando pisaba las gloriosas banderas de la calle Fleet, ni había tenido libre acceso a nadie, ni solían interesarle los pavoneos. Nada le interesaba entonces excepto la política parlamentaria y la oratoria de la Cámara de los Comunes.

Rindió a este pasado no muy remoto el tributo de una tierna y nostálgica sonrisa, y retornó a la idea inicial de que para una joven de alta sociedad su proceder había sido bastante admirable. De todas maneras al profesor no podía agradarle mucho. El tipo, aunque fuera tan puro como un lirio, precisamente ahora se hallaba desprovisto de todo bien terrenal. Y había desgracias, no obstante inmerecidas, que dañaban la posición de un hombre para siempre. Por otra parte, era difícil oponerse cínicamente a un impulso noble..., por no hablar del gran amor en la raíz de todo ello. ¡Ah! ¡El amor! Y además la dama era muy capaz de irse sola. Era mayor de edad, tenía su propio dinero y también muchas agallas. Moorsom debió de concluir que era en verdad más paternal y también más prudente, en general más seguro para todos dejarse él mismo arrastrar por esta persecución. La tía se unió por las mismas razones. En su tierra se tomó por el típico viaje alrededor del mundo.

Renouard se había levantado, y siguió en pie con el corazón latiéndole y extrañamente alterado por esta historia, despojada por así decir de todo atractivo por la prosaica persona del narrador. El redactor jefe añadió: «Me han pedido que ayude en la búsqueda..., ¿sabes?».

Renouard musitó algo acerca de una cita y salió a la calle. Su innata cordura no podía defenderlo de unos difusos celos crecientes. Pensó que obviamente ningún hombre así podría ser merecedor de la fidelidad devota de semejante mujer.

Renouard, no obstante, había vivido lo suficiente como para considerar que las actividades de un hombre, sus miras e incluso sus ideas podían ser muy inferiores a su naturaleza, y movido por una delicada consideración hacia aquella magnífica mujer trató de establecer en ese hombre una naturaleza de excelencia interior y de dones externos..., alguna seducción excepcional. Mas en vano. Recién salido de meses en soledad y jornadas en el mar, el esplendor de ella se le presentaba en sí mismo absolutamente inconquistable en su perfección, a menos que por su locura. Era más fácil sospechar esto de ella que imaginarse en el hombre cualidades que pudieran merecerla. Más fácil y menos degradante, porque la locura podía ser generosa —no podía tratarse sino de generosidad en ella—, mientras que imaginarla subyugada por algo vulgar era intolerable.

A causa de la fuerte impresión física recibida de la persona de ella (y tales impresiones son el auténtico origen del más hondo mecanismo de nuestra alma) esta imagen suya era también inconcebible. Pero ningún Príncipe Encantado ha vivido jamás fuera de un cuento de hadas. Él no transitaba los mundos de la Fama y las Finanzas..., ni siquiera dando traspiés. Generosidad. Sí. Se trataba de su generosidad. Pero esta generosidad era del todo regia en su esplendor, casi absurda en su suntuosidad... o, tal vez, divina.

De anochecida, a bordo de su goleta, sentado sobre la barandilla, los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos sobre la cubierta, dejó que las tinieblas le tomaran desprevenido en medio de una meditación sobre el mecanismo del sentimiento y el nacimiento de la pasión. Y todo el tiempo sufrió la persistente conciencia de la presencia corporal de ella. Sus sentidos se habían visto afectados de forma tan penetrante que en mitad de la noche, revolucionado repentinamente, los ojos como platos en lo oscuro de su camarote, no construyó una vaga visión mental de su persona sino que, alterado de forma más íntima, olió inconfundiblemente el perfume suave que usaba, y casi pudo haber jurado que se había despertado por el blando crujir de su vestido. Incluso se incorporó para escuchar en la oscuridad por un instante, luego suspiró y se abatió de nuevo, no agitado sino, por el contrario, incómodo por la sensación de que algo le había sucedido a lo que no podía sustraerse.

CAPÍTULO III

POR la tarde pasó el rato en la redacción, soportando con fingido descuido aquel peso de lo irremediable que había sentido poseerlo repentinamente a altas horas de la noche..., aquella conciencia de algo que ya no puede remediarse. El condescendiente amigo informó de inmediato de que había conocido al grupo de los Moorsom la noche anterior. En casa de los Dunster, por supuesto. Una cena.

—Muy tranquila. No hubo casi nadie allí. Mucho mejor para los negocios. Digo que...

Renouard, su mano sujetando el respaldo de una silla, sin habla, clavó los ojos sobre él.

—¡Uf! Es una chica deslumbrante... ¿Por qué quieres sentarte en esa silla? ¡No es confortable!

—No me iba a sentar en ella. —Renouard caminó lentamente hacia la ventana, alegre de hallar en sí mismo el suficiente autocontrol para dejar la silla en lugar de alzarla en alto y abatirla sobre la cabeza del redactor jefe.

—Willie no dejó de contemplarla con lágrimas en sus ojos blandos. Tenías que haberlo visto en la cena volcado emotivamente hacia ella.

—¡No! —dijo Renouard en tal tono afligido que el redactor jefe giró a la derecha para observar su espalda.

—Llevas demasiado lejos tu antipatía por el joven Dunster. Resulta auténticamente morboso —desaprobó con templanza—. No podemos ser todos bellos después de los treinta... Hablé un momento, principalmente sobre ti, con el profesor. Daba la impresión de tener interés por la planta de la seda... aunque sólo fuese por apartar el gran tema. La señorita Moorsom no pareció molestarse cuando le reconoció que te había confiado el asunto. Nuestro Willie también lo aprobó. El viejo Dunster, con su barba blanca, parecía darme su bendición. Todos ellos te tienen gran estima sencillamente porque les conté que habías llevado toda la clase de vidas que uno pueda imaginarse, antes de darte a la exploración. Quieren que hagas propuestas. ¿A qué piensas que es posible que el «amo Arthur» se haya aficionado?

—A algo fácil —farfulló Renouard sin separar los dientes.

—Hombre de caza, atleta, no seas duro con el chico. Puede estar atravesando fronteras a caballo, de trashumancia o de vendedor ambulante por callejuelas en el quinto pino..., en algún lugar. También puede estar buscando oro en el infierno... en este preciso momento.

—O tirado completamente borracho en una taberna al borde del camino. Es bastante tarde a día de hoy para eso.

El redactor jefe alzó la vista instintivamente. El reloj marcaba la cinco menos cuarto. «Sí, lo es —admitió—, pero no tiene por qué. O puede haberse largado al Pacífico Oeste de golpe y porrazo..., digamos, en una goleta mercante. Aunque en verdad no entiendo en calidad de qué. Aun así...».

—O puede estar pasando en este mismo momento bajo esta misma ventana.

—Él no..., y me gustaría que te apartaras de ella a donde pueda verse tu cara. Odio hablar con la espalda de un hombre. Estás ahí de pie como un eremita a la orilla del mar refunfuñando para ti. Te digo lo que hay, Geoffrey, no te gusta el género humano.

—Yo no me gano la vida hablando sobre los asuntos del género humano —Renouard se defendía, pero se retiró obedientemente y se sentó en el sillón—. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que tu hombre no está ahí abajo en la calle? —preguntó—. No es ni más ni menos posible que hasta la última del resto de tus conjeturas.

Apaciguado por la docilidad de Renouard, el redactor jefe lo contempló durante un rato. «¡Ajá! Te diré qué. Entérate pues de que hemos comenzado la partida. Hemos telegrafiado con su descripción a la policía de cada municipio de arriba a abajo del país. Y lo que es más, hemos concluido terminantemente que no ha estado en esta ciudad al menos en los últimos tres meses. Cuánto tiempo más haya estado ausente no podemos decirlo».

—Eso es muy curioso.

—Es muy sencillo. La señorita Moorsom le escribió a la oficina de correos de aquí en cuanto regresó a Londres, tras su excursión al campo para ver al anciano mayordomo. Pues bien..., su carta todavía sigue allí. No la han recogido. Ergo, esta ciudad no es su residencia habitual. Particularmente, nunca pensé que lo fuera. Pero no puede dejar de aparecer en algún momento u otro. Nuestra principal esperanza reside precisamente en la certidumbre de que antes o después deberá venir a la ciudad. Recuerda que él no sabe que el mayordomo está muerto y querrá informarse de alguna carta. Pues bien, encontrará una nota de la señorita Moorsom.

Renouard, callado, pensó que era bastante posible. Su profunda aversión por esta conversación se reveló por un aire de hastío que oscurecía sus marcadas facciones tostadas y por una somnolencia acrecentada en sus ojos. El redactor jefe lo anotó como una prueba más de ese inmoral desapego hacia el género humano, de esa insensibilidad de sentimientos alentada por las poco saludables condiciones de la soledad..., de acuerdo a su propia teoría favorita. En voz alta hizo la observación de que siempre que un hombre no renunciase a la correspondencia no podría considerarse perdido. Recordaba a su amigo que la justicia había rastreado a criminales fugitivos de esa manera; entonces, repentinamente, cambió un tanto la orientación del tema preguntando si Renouard había sabido de su gente últimamente, y si cada miembro de esta extensa horda suya se encontraba bien y feliz.

—Sí, gracias.

El tono fue seco, como si rechazara una impertinencia. A Renouard no le

agradaba que le preguntasen acerca de su gente, hacia los cuales sentía un afecto profundo y culpable. Durante muchos años no había visto a un solo ser humano con el que estuviese emparentado, y era sumamente diferente de todos ellos.

La misma mañana de su llegada de la isla había ido a los casilleros de la oficina del las afueras de Willie Dunster y había sacado de un compartimiento con la etiqueta «Malata» un minúsculo montón de sobres, unos cuantos dirigidos a él y uno a su ayudante, todos a la atención de la firma W. Dunster y Co. Si la ocasión se prestaba, la empresa solía enviarlas a Malata mediante una goleta de guerra que navegara o algún buque mercante que siguiera esa ruta, pero en los últimos cuatro meses no había habido ocasión.

—¿Vas a permanecer por aquí algún tiempo? —preguntó el redactor jefe tras un prolongado silencio.

De pasada, Renouard no vio razón alguna por la que alargar la estancia.

—Por salud, por tu salud mental, muchacho —replicó el hombre de la prensa—. Para que te acostumbres a los rostros humanos de tal modo que no dañen tu vista tan duramente al pasear por las calles. Para que seas afectuoso con los de tu especie. Supongo que se puede confiar en ese ayudante tuyo para que se encargue de los asuntos.

—Está también el mestizo, el portugués. Él sabe lo que hay que hacer.

—¡Ajá! —El redactor jefe miró bruscamente a su amigo—. ¿Cuál es su nombre?

—¿El nombre de quién?

—Del asistente que a hurtadillas recogiste a mis espaldas.

Renouard hizo un ligero ademán de impaciencia.

—Lo conocí inesperadamente una noche. Pensé que lo haría tan bien como cualquier otro. Venía del norte y no parecía feliz en una ciudad. Me dijo que su nombre era Walter. No le pedí credenciales, ¿sabes?

—No creo que te vaya muy bien con él.

—¿Por qué? ¿Qué te hace pensar así?

—No lo sé. Algo reacio en tu proceder cuando él está en juego.

—¡De veras! ¡Mi proceder! Tal vez no piense que él sea un gran tema de conversación. ¿Por qué no dejarle?

—¡Por supuesto! Tú no reconocerías una equivocación. Tú no. A pesar de todo, tengo mis reticencias al respecto.

Renouard se levantó para irse, pero vaciló, bajando la vista hacia el sitio del redactor jefe.

—Qué gracioso —dijo finalmente con suma seriedad, y se dirigía hacia la puerta cuando la voz de su amigo lo detuvo.

—¿Sabes lo que se ha dicho de ti? Que no te va bien con nadie al que no puedas dar la patada. Y ahora, confiesa..., ¿hay algo de verdad en esta blanda acusación?

—No —dijo Renouard—. ¿Has publicado eso en tu diario?

—No. No lo creo del todo, pero te diré lo que yo pienso. Pienso que cuando tu

deseo se empeña en algún objetivo eres un hombre que no mide las consecuencias ni para sí mismo ni para los demás. Y esto llegará a publicarse algún día.

—¿Esquela de defunción? —dejó caer Renouard con desenfado.

—Seguro..., algún día.

—¿Luego te consideras a ti mismo inmortal?

—No, muchacho, no soy inmortal, pero la voz de la prensa seguirá por siempre... Y se dirá que éste fue el secreto de tu gran éxito en un cometido en el que hombres mejores que tú..., sin ánimo de ofender..., fracasaron de hecho una y otra vez.

—Éxito —masculló Renouard, dando un tirón de la puerta de la oficina tras de sí con considerable energía. Y las letras de la palabra PRIVADO, como una fila de ojos blancos, parecieron mirar fijamente su espalda embutiéndose escaleras abajo de aquel templo de la publicidad.

A Renouard no le cabía duda de que todos los medios de la publicidad se pondrían al servicio del amor y servirían para hallar al hombre amado. Él no deseaba que estuviese muerto. No le deseaba ningún perjuicio. Todos estamos provistos de un fondo de humanidad que no se agota sino tras muchas y repetidas provocaciones..., y ese hombre no le había hecho ningún mal. Pero antes de que Renouard abandonase la casa del viejo Dunster al concluir la visita que había realizado aquella misma tarde, descubrió en sí el deseo de que la búsqueda durara mucho tiempo. En realidad nunca se había hecho ilusiones de que ello pudiese fracasar. Le parecía como si no hubiese otro derrotero en este mundo para él, para toda la especie humana, salvo la resignación. Y no pudo remediar pensar que el profesor Moorsom hubiese llegado también a la misma conclusión.

El profesor Moorsom, un cuerpo menudo de estatura mediana, una cabeza aguda y reflexiva bajo un tupido cabello ondulado, de oscuros ojos cubiertos por unas cejas rectas, y con una mirada espiritual que cuando se liberaba y lo alcanzaba a uno parecía emanar de un incierto ensueño de libros, del limbo de la meditación, se mostraba hacia él sumamente gentil. Renouard adivinó en él a un hombre cuyo incurable hábito de investigación y análisis lo habían hecho dócil e indulgente, inepto para la acción y más sensible a los pensamientos que a los acontecimientos de la existencia. Por añadidura, nada forzado, algo irónico sin rastro de acidez, y con un proceder sencillo que contribuía a que la gente se relajara rápidamente. Habían tenido una larga conversación en el terrado, que dominaba una amplia vista de la ciudad y el puerto.

La magnífica inmovilidad de la bahía descansando bajo su mirada, con sus grises ensenadas y entrantes brillantes, ayudaron a que Renouard recuperara el dominio de sí, que había sentido debilitarse al salir al terrado, al escenario de la más poderosa emoción de su vida, cuando estaba sentado a poco menos de un pie de la señorita Moorsom con el pecho incendiado, sus oídos zumbando y en un completo desorden mental. Allí estaba la misma silla de jardín en la cual lo había envuelto el relumbrante hechizo. Y al momento estaba sentado ahí de nuevo junto al profesor, que le hablaba

de ella. Contiguo, el patriarca Dunster se incorporaba en un sillón de mimbre, benévolo y un poco sordo, con su gran mano en la oreja y el inocente entusiasmo de su avanzada edad recordando los ardores de una vida.

Fue con cierta aprensión que Renouard esperó ansioso ver a la señorita Moorsom, y con bastante extrañeza ello se asemejaba al estado mental de un hombre al que asusta el desencanto más que el sortilegio. Pero no tenía qué temer. En cuanto la vio en la distancia al otro extremo del terrado sintió el escalofrío en la raíz del pelo. Al aproximarse ella el poder de habla lo abandonó por un instante. La señora Dunster y su tía la escoltaban. Todas ellas se sentaron; era un círculo íntimo en el cual Renouard se sintió admitido cordialmente, y la charla versó sobre la gran búsqueda que ocupaba todas sus mentes. Esperaban discreción, pero a reservas sobre el objeto de la expedición no podía haber lugar. De nada podía hablarse salvo de modos, medios y proyectos.

Fijando sus ojos obstinadamente en el suelo, lo cual le daba un aire de tristeza reflexiva, Renouard logró recobrar el dominio de sí. Lo utilizaba para mantener su voz en un tono quedo y medir sus palabras sobre el gran tema. Y mediante un gran esfuerzo interior tuvo cuidado de hacerlas razonables sin darles un cariz desalentador, pues él no quería que se abandonara la búsqueda, ya que ello significaría la marcha de ella con su séquito del par de cabezas canas al otro lado del mundo.

Le invitaron a volver, a que fuera a menudo y participara en los consejos de todos ellos, cautivados por la empresa sentimental de un amor declarado. Al tomar la mano de la señorita Moorsom alzó la vista, le hubiese gustado decir algo, pero se encontró mudo con los labios repentinamente sellados. Ella le devolvió la presión de sus dedos, y la dejó con los ojos mirando fijos distraídamente más allá de él, con aire de atender a un sonido ansiado y la más leve de las sonrisas en sus labios. Una sonrisa que no parecía ser para él, sino el reflejo de algún hondo e inescrutable pensamiento.

CAPÍTULO IV

VOLVIÓ a bordo de su goleta. Ésta reposaba blanca y como suspendida por la atmósfera crepuscular de la puesta de sol, confundiéndose con el espejeo ceniciento del vasto fondeadero. Trató de mantener sus pensamientos tan sobrios, tan razonables, tan mesurados como habían sido sus palabras, por miedo a apartarse de ellos y provocar algún tipo de desastre moral. Lo que temía de la inminente noche era el insomnio y la tensión infinita de aquella fatigosa tarea. No obstante debía afrontarse. Yacía de espaldas, suspirando profundamente en la oscuridad, cuando de repente asistió propiamente a la imagen de su mismo yo portando un pequeño farol estrafalario, reflejado en un espejo amplio del interior de la estancia de un palacio vacío y sin revestir. En esta sobrecogedora imagen de sí mismo reconoció a alguien a quien debía seguir: el asustadizo guía de su sueño. Atravesó galerías interminables, un sinfín de vestíbulos altos, innumerables puertas. Se perdía totalmente..., encontraba de nuevo el camino. Una estancia sucedía a otra. Al final, el farol se apagó, y tropezó con algún objeto que, al detenerse ante él, halló muy frío y pesado de levantar. La pálida luz blanca de la madrugada le descubrió la cabeza de una estatua. Su cabello marmóreo se había realizado a la manera enérgica de un yelmo, en sus labios el cincel había tallado una leve sonrisa, y se asemejaba a la señorita Moorsom. Mientras la miraba fijamente, la cabeza comenzó a tornarse ligera entre sus dedos, a disminuir y quebrarse en pedazos, y finalmente se convirtió en un puñado de polvo que salió volando a un soplo de viento, tan fresco que se despertó con un atroz escalofrío y brincó con ímpetu fuera de la alcoba. El día había llegado de verdad. Se sentó junto a la mesa del camarote y, con la cabeza entre las manos, no se inmutó durante largo tiempo.

Muy tranquilo, se decidió a revisar este sueño. Por supuesto, asoció el farol con la búsqueda de un hombre. Pero en un examen más minucioso percibió que el reflejo de sí mismo en el espejo no era en realidad el verdadero Renouard, sino algún otro de cuya cara no podía acordarse. En el palacio abandonado reconoció una siniestra versión de su inspiración en los largos pasillos con numerosas puertas del formidable edificio en el que el periódico de su amigo se alojaba en la primera planta. La cabeza marmórea, con el rostro de la señorita Moorsom. ¡En fin!, ¿con qué otro rostro podría haber soñado? Y su factura era más hermosa que el mármol pario, que las cabezas de los ángeles. El viento del final era la brisa de la mañana entrando a través de la portilla abierta y rozando su cara antes de que la goleta virara al fresco soplo racheado.

¡Sí! Y toda esta explicación racional de lo fantástico lo hacía más que misterioso

y raro. Había algo demoníaco en aquel sueño. Había sido una de esas experiencias que arrojan a un hombre fuera de la conformidad con el orden establecido por su especie y lo vuelven una criatura de inciertas sugerencias.

En lo sucesivo, sin tratar de resistirse jamás, acudiría cada tarde a la casa donde ella vivía. Acudía allí de forma tan pasiva como en un sueño. Nunca pudo descifrar cómo había alcanzado el nivel de intimidad en la mansión de los Dunster sobre la bahía..., si sobre el fundamento de los méritos personales o como pionero de la industria de la seda vegetal. Debía de haber sido lo segundo, porque se acordaba de forma inconfundible, tan inconfundiblemente como en un sueño, de haber oído una vez al viejo Dunster contarle que su próximo cometido público sería un detallado informe de los distritos del norte para descubrir extensiones aptas al cultivo de la seda. El viejo bamboleaba su barba sabiamente hacia él. Era verdaderamente tan absurdo como un sueño.

Por supuesto, Willie solía encontrarse allí en las veladas, pero era más una figura salida de una pesadilla, rondando el círculo de sillas con su *smóking* como un murciélago gigante, repulsivo y sensiblero. «¡Fuera con esos horribles capullos del mundo entero, por favor!», zumbaba con su voz bronca. Sufría un inmenso pavor por los insectos de toda clase. Una noche apareció con una flor roja en el ojal. Nada podría haber resultado más increíblemente repulsivo. También solía decir a Renouard: «Usted aún puede cambiar la historia de nuestro país, porque de hecho las condiciones económicas determinan la historia de las naciones. ¿Verdad? ¿Eh?». Y se dirigía a la señorita Moorsom para que diera su aprobación, bajando de forma protectora su nariz de espátula y alzando la vista con emoción desde debajo de sus ridículas cejas, que crecían afiladas como cañaverales saliendo de su piel esponjosa. Pues esta criatura corpulenta, nauseabunda, era economista y un sentimental de lágrima fácil, y miembro del Club Cobden.

Con el fin de verlo lo menos posible, Renouard comenzó a ir más temprano con miras a escaparse antes de que él llegara, sin acortar demasiado las horas de la secreta contemplación por la cual vivía. Había renunciado a intentar engañarse a sí mismo. Su resignación no tenía límites. Aceptaba la inmensa desgracia de amar a una mujer que iba en busca de otro hombre únicamente para arrojarse a sus brazos. Con tal precisión atroz definió la situación en su pensamiento, la conciencia de lo que atravesaba como una arma afilada los silencios repentinos en la conversación común. El único pensamiento ante el cual se acobardaba era el de que ello pudiese no durar, de que debía llegar a un final. Lo temía instintivamente como un hombre enfermo pueda temer la muerte. Pues le parecía que aquello debía de ser su muerte, a la que seguía un foso insondable y tenebroso. Mas su resignación no perdonaba el tormento de los celos: los crueles, insensatos, patéticos y estúpidos celos, cuando parece que una mujer nos traiciona sencillamente por ello de que existe, de que respira..., y cuando el hondo mecanismo de su sangre o de su alma se vuelven materia de sospecha acosante, de duda aniquiladora, de ansia mortal.

Por las singulares condiciones de su estancia la señorita Moorsom salía muy poco. Aceptó esta reclusión en la mansión de los Dunster como en un convento, y vivía allí atendida por una serie de personas mayores, con la altiva entereza de una diosa condescendiente y de cabeza robusta. Era imposible decir si sufría por algo en el mundo, y si ello era la insensibilidad de una gran pasión centrada en sí misma, la perfecta corrección de maneras o la indiferencia de una superioridad tan íntegra que se bastase a sí misma. Pero a Renouard le era visible que a ella le proporcionaba cierto placer hablar con él a ratos. ¿Sería porque era la única persona próxima a su edad? ¿Era esto, entonces, el misterio de su inclusión en el círculo?

Admiraba su voz, tan bien armonizada como sus movimientos, como sus ademanes. Él mismo siempre había sido un hombre de tono sosegado. Pero el poder de fascinación le había separado de su propia naturaleza tan íntegramente que preservar su calma habitual de la pérdida del control se había vuelto un terrible esfuerzo.

Solía regresar de ella a la goleta agotado, roto, volteado, como si le hubiesen sometido a la más sofisticada de las torturas. Cuando la veía acercarse tenía siempre un momento de alucinación. Era una criatura bella y brumosa, hecha para la música invisible, para las sombras del amor, para el murmullo del agua. Tras un instante (no podía estar siempre mirando fijamente el suelo), se armaba de toda su determinación y la miraba. Había un centelleo en la diáfana oscuridad de sus ojos, y cuando ella los volvía hacia él parecían dar un nuevo sentido a la vida. Solía decirse a sí mismo que otro hombre habría conseguido mucho antes la feliz evasión de la locura, su razón consumida en aquella reluctancia. Pero a él no le era dado tal suerte. Su razón sobrevivía indemne a los hornos de rayos solares, a rigurosos soles, a infernales desiertos, a iras encendidas contra la debilidad de los hombres y a la obstinada crueldad de una naturaleza hostil.

Siendo cuerdo tuvo que estar constantemente en guardia para no caer en silencios llenos de adoración o romper en parlamentos delirantes. Tuvo que vigilar sus ojos, sus extremidades, los músculos de su cara. Sus conversaciones eran tal como podían ser entre estas dos personas: ella, una joven dama recién salida de la densa vorágine de cuatro millones de personas y la artificiosidad de respectivas temporadas londinenses; él, el hombre asignado para las victorias terminantes, el concededor de vastos horizontes, y en el mismo descanso teniéndose al margen de esos núcleos aglomerados en los que uno pierde la importancia del ser hasta para sí mismo. No había un intercambio sustancial en la conversación común. Tenían que utilizar los grandes recorridos de las ideas generales, pero las cruzaban de forma trivial. No había un trato serio. Tal vez no había en ella mucho cuño para eso. Nada significativo salía de ella. No podía decirse que hubiera recibido del contacto con el mundo exterior impresiones de tipo particular, diferentes a las de otra mujer. Lo cautivador en ella era su dulzura y, en sus ademanes serios, el indefectible fulgor de su feminidad. Él no sabía qué había bajo aquella frente de marfil tan magníficamente perfilada, tan

gloriosamente coronada. No sabía decir cuáles eran los pensamientos, los sentimientos de ella. Sus respuestas eran meditadas, siempre precedidas por un corto silencio, mientras él se aferraba ansioso a sus labios. Se sentía en presencia de un ser misterioso en el que hablara una voz desconocida, como la voz de los oráculos, trayendo eterno desasosiego al corazón.

Estaba asaz agradecido de sentarse en silencio con los dientes apretados en secreto, devorado por los celos... y nadie podría haber adivinado que su sobria compostura deferente hacia todas esas cabezas canas era el soberano esfuerzo del estoicismo, que el hombre se empleaba en vigilar siniestramente su suplicio, no fuera que las fuerzas le faltaran. Como siempre que lidiaba con los elementos, podía encontrar en sí mismo toda suerte de valor salvo el de fugarse.

Era quizá por la escasez de temas que ellos tenían en común que la señorita Moorsom le hacía hablar con tanta frecuencia sobre su propia vida. No sentía apuro en hablar de sí mismo, pues se veía libre de esa vanidad medrosa y exagerada que sella tantos labios jactanciosos. Le hablaba con voz comedida contemplando la punta de los zapatos de ella, y pensando que el instante en que el propio desinterés de ella se cansase de él había de llegar pronto. Y en efecto, robando una mirada, solía verla deslumbrante y perfecta con sus ojos distraídos mirando fijos en melancólica inmovilidad, con una cabeza caída que le hacía pensar en una Venus trágica surgiendo ante él no de la espuma del mar, sino desde la remota, aún más informe, misteriosa y potencial inmensidad de la especie humana.

CAPÍTULO V

UNA tarde Renouard, al salir al terrado, no halló a nadie allí. Ello fue para él una desconsolada decepción y a la vez un patético alivio.

Hacía un calor inmenso, el aire estaba en calma, y las grandes ventanas de la casa permanecían ampliamente abiertas. Al final del todo, agrupadas en torno a un escritorio de dama, varias sillas dispuestas para la compañía sugerían invisibles ocupantes, una tertulia de sombras conversadoras. Renouard miró hacia ellas con cierto terror. Un ruido muy fugaz, leve, de conversación fantasmal manando desde una de las habitaciones aumentaba la ilusión y detenía sus ya indecisos pasos. Se apoyó sobre la balaustrada de piedra cerca de un jarrón achatado con una planta tropical de estrambótica forma. El profesor Moorsom, que asomaba del jardín con un libro bajo el brazo y un parasol blanco sostenido sobre la cabeza descubierta, lo encontró allí y, cerrando el parasol, se apoyó de costado con un comentario sobre el creciente calor de la estación. Renouard asintió y cambió un tanto de posición; el otro, tras un breve silencio, formuló de improviso una pregunta que, como el golpe de un garrote en la cabeza, privó a Renouard de la capacidad de habla y aun de todo pensamiento pero, con mayor crueldad, lo dejó temblando con aprensión no del fin, sino de un tormento sin fin. Sin embargo, las palabras fueron sumamente sencillas.

—Algo tendrá que hacerse pronto. No podemos seguir por siempre en un estado de expectativa aplazada. Dígame, ¿qué opina de nuestras posibilidades?

Renouard, sin habla, reprodujo una sonrisa leve. El profesor reconoció en tono jovial su impaciencia por completar la vuelta al globo y terminar con ello. Era imposible seguir residiendo en la esplendidísima casa de los Dunster por tiempo indefinido. Y además estaban sus conferencias concertadas para pronunciar en París. Una cuestión de peso.

Renouard no sabía que las conferencias del profesor Moorsom eran un acontecimiento europeo y que un auditorio selecto se reuniría para escucharlas. Todo lo que sabía era de la impresión de esta alusión a la partida. La amenaza de separación cayó sobre su cabeza como una bomba. Y comprendió lo ridículo de su emoción pues, ¿no había vivido todos esos días bajo esta misma suposición? El profesor, con los codos extendidos, bajó la vista al jardín y continuó descargando su conciencia. Sí, en materia sentimental dirigía su hija, y ella tenía de sobra el ofrecimiento del apoyo moral, pero él debía encargarse del lado práctico de la vida, sin ayuda.

No tengo la menor vacilación en hablarle a usted sobre mi desazón, porque siento que le tenemos afecto y a la vez está usted distanciado de todos estos extremos...

malditos.

—¿Qué quiere decir? —musitó Renouard.

—Quiero decir que es usted capaz de juzgar con calma. Aquí la atmósfera es sencillamente detestable. Todo el mundo se ha brindado al sentimiento. Tal vez una opinión a propósito pudiera inducir...

—¿Usted quiere que la señorita Moorsom renuncie a ello?

El profesor se dirigió al joven sombríamente.

—Sólo el cielo sabe lo que yo quiero.

Renouard, apoyando la espalda en la balaustrada con los brazos cruzados sobre el pecho, daba la impresión de meditar profundamente. Su rostro, tenuemente ensombrecido por un panamá de hacendado de ala ancha, la línea recta de la nariz a la altura de la frente, los ojos perdidos en la espesura del entorno y el mentón bien hacia delante, tenía el perfil que puede verse entre los bronceos de los museos clásicos, genuino bajo un casco de cimera recordando vagamente una cabeza de Minerva.

—Es el periodo más turbador que jamás haya pasado en mi vida —exclamó el profesor con irritación.

—Sin duda el hombre debe de merecerlo —musitó Renouard con una punzada de celos atravesando su pecho como una puñalada infligida a sí mismo.

Agobiado por el calor o dando rienda a la irritación contenida, el profesor no se aguantó las ganas de sincerarse.

—Comenzó siendo un agradable e insulso muchacho. Se hizo en vano un joven inteligente, sospecho que sin tratar de entender nada jamás. Mi hija lo conocía desde la infancia. Yo soy un hombre ocupado y la verdad es que su compromiso fue por completo una sorpresa para mí. Ojalá que sus razones para ese paso hubiesen sido más inocentes. Pero la sencillez estaba fuera de moda dentro de su clase. Desde un punto de vista mundano no parece haber sido más que un crío. Desde luego, ahora tengo la garantía de que es víctima de su noble confianza en la integridad de su especie. Mas ello es mero idealismo de una triste realidad. Por mi parte le diré que desde el mismo comienzo tuve las más serias dudas sobre su falta de honradez. Desgraciadamente, no así mi inteligente hija. Y ahora sufrimos los resultados. No, para ser sinceramente deshonesto uno debe ser pobre de veras. Ello era sólo manifestación de un ingenio sumamente refinado. El complejo inocentón. Aunque ha tenido un tremendo despertar.

Efectivamente, con tales palabras el profesor Moorsom daba a entender a su «joven amigo» el estado de sus sentimientos hacia el hombre perdido. Era evidente que el padre de la señorita Moorsom deseaba que éste siguiera perdido. Tal vez el inaudito calor de la estación hacía que añorara los espacios fríos del Pacífico, el azote del viento desatado del océano a lo largo de las cubiertas de paseo, obstaculizadas por tumbonas, de un barco echando vapor hacia la costa de California. A Renouard el filósofo se le antojaba sencillamente el más traicionero de los padres. Estaba admirado, pero sus descubrimientos no habían concluido.

—Puede que esté muerto —musitó el profesor.

—¿Por qué? La gente no muere aquí antes que en Europa. Si hubiese ido a esconderse a Italia, por ejemplo, no se le ocurriría decir eso.

—¡Bueno! Y suponga que haya llegado a la desintegración moral. Usted sabe que no era un carácter fuerte —propuso el profesor malhumorado—. El futuro de mi hija está en juego aquí.

Renouard pensó que el amor de semejante mujer bastaba para restablecer a cualquier hombre deshecho..., para arrastrar a un hombre fuera de su tumba. Y pensó en esto con una desesperación visceral que lo mantuvo en silencio casi tanto como su estupor. Finalmente, logró tartamudear un dadivoso:

—¡Oh! No permita que lleguemos a suponer...

El profesor interrumpió en un acento más lamentable que antes:

—Ser joven está bien. Además usted ha sido un hombre de acción, y necesariamente partidario del éxito. Pero yo he pasado observando la vida demasiado tiempo como no para desconfiar de sus sorpresas. ¡La edad! ¡La edad! Aquí ante usted está en pie un hombre lleno de dudas e indecisiones... *spe lentus, timidus futuri*.

Hizo a Renouard una seña para que no interrumpiese y en voz más baja, como temeroso de que lo oyeran, incluso allí en la soledad del terrado:

—Y lo peor es que ni siquiera estoy convencido de hasta qué punto este peregrinaje sentimental es legítimo. Sí, dudo de mi propia hija. Es verdad que ella es una mujer...

Renouard detectó con horror un tono de resentimiento, como si el profesor nunca hubiese perdonado a su hija no haber muerto en lugar de su hijo. Éste advirtió la fría mirada fija del joven.

—¡Ah!, usted no comprende. Sí, ella es inteligente, de miras amplias, goza de simpatía y... en fin, es encantadora. Pero no sabe lo que es haberse movido, haber respirado, existido e incluso triunfado en la mera adulación y frivolidad de la vida..., esa radiante frivolidad. Allí los pensamientos, los sentimientos, la opinión, los impulsos y hasta las acciones no son nada sino agitación en un espacio vacío... para entretener la vida..., una especie de libertinaje supremo, excitante y cansino que no significa nada, que no lleva a ninguna parte. Ella es esclava de ese círculo. Y yo me pregunto si está obedeciendo a la inquietud de un instinto que busca su satisfacción, si es la reacción del sentimiento o ella no está más que engañando su propio corazón por esta peligrosa frivolidad con imágenes románticas. Y todo es posible... salvo la sinceridad tal como sólo la cruda humanidad en lucha pueda conocer. Ninguna mujer puede soportar esa forma de vida en la que reinan las mujeres y seguir siendo plenamente un legítimo, sencillo ser humano. ¡Ah! Alguien sale.

Dio un paso, luego, volviendo la cabeza: «¡Palabra! Le estaría infinitamente agradecido si usted pudiera arrojar un poco de agua fría... —Y a un gesto vagamente consternado de Renouard añadió—: No tema. No estaría apagando ningún fuego

sagrado».

Renouard apenas pudo encontrar palabras de protesta: «Le aseguro que nunca he hablado con la señorita Moorsom... sobre... sobre... eso. Y si usted, su padre...».

—Envidia su inocencia —suspiró el profesor—. Un padre es tan sólo un ser corriente. Sin brillo, sin frescura. Es más, mi hija naturalmente recelaría de mí. Pertenece al mismo mundo, mientras que usted lleva consigo el prestigio de lo desconocido. Usted se ha demostrado a sí mismo ser un triunfador.

En este punto el profesor, seguido de Renouard, se unió al círculo de los inquilinos de la casa convocados al otro extremo del terrado, alrededor de una mesa de té; tres cabezas plateadas y aquella visión flamante de la gloria femenina, el espectáculo de lo que poseía el poder de hacer palpar su corazón como un recordatorio de la mortalidad de su cuerpo.

Evitó sentarse al lado de la señorita Moorsom. Los demás conversaban entre sí con languidez. Sin ser advertido, observaba a aquella mujer tan milagrosa que las edades parecían tenderse entre ellos. ¡Se encontraba incómodo y abrumado ante el pensamiento de lo que ella pudiera conceder a algún hombre que de verdad fuera un triunfador! Qué gloriosa lucha con esta amazona. Qué noble responsabilidad para la fuerza triunfadora.

La estimada anciana señora Dunster servía el té, mirando de cuando en cuando con interés hacia la señorita Moorsom. El estadista de edad, que había comido un tomate crudo y bebido un vaso de leche (una costumbre de sus días de juventud como cultivador, mucho antes de la política, cuando, pionero de la siembra del trigo, demostró la posibilidad de hacer crecer el cereal en extensiones que aparentaban ser lo bastante áridas como para desanimar a un mago), se alisaba la barba blanca y golpeó suavemente la rodilla de Renouard con su mano grande y arrugada.

—Más vale que vuelva a la noche y cene con nosotros tranquilamente.

Le gustaba este joven, también un pionero en más de un sentido. La señora Dunster añadió: «Hágalo. Será muy tranquilo. Ni siquiera sé si Willie estará en casa para la cena». Renouard musitó su gratitud y abandonó el terrado para ir a bordo de la goleta. Mientras se rezagaba a la entrada del salón escuchó la voz resonante del viejo Dunster profiriendo oracularmente:

—... el principal hombre de aquí algún día... Como yo.

Renouard dejó que el delgado portier de verano de la entrada cayera tras de sí. La voz del profesor Moorsom dijo:

—Me han contado que hizo un enemigo de casi todo hombre que tuvo que trabajar con él.

—Eso no es nada, hacía su trabajo... Como yo.

—Dicen que nunca consideró el coste, ni siquiera de vidas.

Renouard comprendió que hablaban de él. Antes de que pudiera alejarse, la señora Dunster interrumpió apacible:

—No te dejes impresionar por las historias que puedas escuchar sobre él, querida.

La mayoría de ellas son envidia.

Luego oyó la voz de la señorita Moorsom respondiendo a la anciana dama:

—¡Oh! No me engañan fácilmente. Creo que puedo decir que tengo instinto para la verdad.

Se apresuró a marcharse de aquella casa con el corazón lleno de terror.

CAPÍTULO VI

A bordo de la goleta, tumbado de espaldas en el sofá con los nudillos de las manos presionando sus ojos, decidió que no regresaría a esa casa para cenar..., que no volvería allí más. Lo decidió unas veinte veces. Saber que tan sólo tenía que subir a la playa de popa, pronunciar tranquilamente las palabras: «Hombre a cabrestante», y la goleta, emergiendo a la vida, huiría cien millas de la costa antes de que saliera el sol, seducía a su voluntad de lucha. ¡Nada más fácil! Sin embargo, al fin, este joven, poco menos que mal afamado por su despiadada audacia, el inflexible jefe de dos expediciones trágicamente exitosas, retrocedió ante ese acto de energía feroz y comenzó, en cambio, a buscar excusas.

¡No! Fugarse como un desahuciado que se destruye a sí mismo no era propio de él. Acabó vistiéndose y mirando con desprecio su propio rostro apático en el espejo de la cámara principal. Mientras lo llevaban a remo a la orilla en la canoa, se acordó de repente de la belleza salvaje de una catarata vista cuando apenas era más que un muchacho, hacía años, en Menado. Había una leyenda sobre un gobernador general de las Indias Orientales Holandesas que en gira oficial se suicidó en aquel sitio tirándose a la sima. Se conjeturó que una enfermedad dolorosa había hecho que se cansara de vivir. ¿Pero hubo nunca un castigo como el suyo?, ¡tan fatalmente mortal y a su vez atándole a la vida!

La cena fue en efecto tranquila. Willie, al que se dio de margen media hora, no hizo aparición y su asiento quedó vacío al lado de la señorita Moorsom. Renouard tenía a la hermana del profesor a su izquierda, arreglada con un lujoso vestido largo apropiado a su edad. Aquella dama soltera conservada de maravilla recordaba a Renouard por algún motivo una flor de cera bajo un vidrio. No había en ninguna parte de ella rastros del polvo de las batallas de la vida. No le gustaba demasiado él por las tardes, con su traje blanco de dril y el sombrero de plantador, que le parecía un atuendo excesivamente bohemio para ir de visita a una casa donde había damas. Pero por la noche siempre volvía a conquistarla, gallardo y desenvuelto con *smóking*, su agradable voz suavemente velada. Podría haber sido alguien ilustre..., el hijo de un duque. Posiblemente al caer bajo ese encanto (y también porque su hermano le había insinuado algo) procuró abrir su corazón a Renouard, que velaba por su sobrina al otro lado de la mesa con toda la fuerza de su alma. Ella le hablaba con tanta franqueza como si esa mísera envoltura mortal, vacía de todo excepto de esperanzada pasión, fuese en efecto el hijo de un duque.

Distraído, la escuchaba sólo a fragmentos, hasta el estallido de confidencia final: «... alegre de que usted expresara una opinión. Mírela, ¡tan encantadora, la gran

favorita, tan admirada por todos! Sería demasiado triste. ¡Todos esperábamos que llevara a cabo un matrimonio brillante con alguien muy rico y de posición elevada, que tuviese una casa en Londres y en el campo, y que nos recibiera a todos magníficamente! Ella es tan distinguidamente idónea para eso. ¡Posee tal multitud de amigos ilustres! Y luego... ¡esto en cambio!... Me duele tanto el corazón».

Su educado, si bien ansioso susurrar fue velado por la voz del profesor Moorsom en el fondo del ancho de la mesa de comedor, que disertaba con perspicacia a su venerado discípulo sobre la Mudanza de lo Perceptible. Podría haberse tratado del capítulo de una nueva y popular obra de filosofía moorsoniana. Patriarcal y maravillado, el viejo Dunster se incorporaba un momento, sus ojos brillando llenos de juventud, dos puntos de color en la raíz de su barba blanca, y Renouard, mirando de soslayo la excitación senil, rememoró las palabras escuchadas en aquellos labios perspicaces, se apropió de su escarnio, comprendió su veracidad ante ese hombre preparado para deleitarse al borde de la tumba. ¡Sí! ¡Libertinaje intelectual en la frivolidad de la existencia! ¡Frivolidad y farsa!

En el mismo lado de la mesa la señorita Moorsom no miró una sola vez a su padre, toda su elegancia como congelada, sus labios rojos apretados, el más pálido sonrosado bajo su deslumbrante tez, sus ojos negros ardiendo inmóviles, y los propios resplandores de luz cobrizos reposando quietos sobre los bucles y las ondulaciones de su cabello. Renouard se figuró a sí mismo derribando la mesa, estrellando cristales y porcelanas, pisando frutas y flores en el suelo, tomándola en brazos, llevándola fuera entre el tumulto de chillidos de todos ellos, un espantoso silencio mortal dentro de algún refugio escondido, como en el tiempo de los hombres de las cavernas. De repente, todo el mundo se levantó, y él se apresuró también a ponerse de pie, hallándose a sí mismo sin aliento y poco firme sobre ellos.

En el terrado el filósofo, tras encender un puro, deslizó su mano condescendentemente bajo el brazo de su «estimado y joven amigo». Renouard lo consideraba ahora con el más profundo recelo. Pero el gran hombre parecía tener aprecio de verdad a su joven amigo..., una de esas inclinaciones misteriosas que no atiende a las diferencias de edad o posición, y que en este caso podría haberse explicado por el fracaso de la filosofía al toparse con una sola preocupación real de tipo práctico.

Después de una vuelta o dos y algo de charla informal el profesor dijo repente: «Mi difunto hijo estuvo en su escuela..., ¿lo sabía? Puedo imaginar que de haber vivido él y de haberse conocido ustedes alguna vez se habrían entendido. Él también tendía a la acción».

Suspiró, luego, sacudiéndose el melancólico pensamiento e indicando con la cabeza a la parte en penumbra del terrado donde el vestido de su hija producía una mancha luminosa: «En realidad, desearía que usted vertiera en aquel rincón unas cuantas palabras sensatas de desaliento».

Renouard se liberó de aquél el más pérfido de los hombres simulando estupor, y

retrocediendo un paso:

—Es obvio que se burla de mí, profesor Moorsom —dijo con una risa suave que en realidad sonaba a cólera.

—¡Mi estimado y joven amigo! Para mí... no es motivo de broma. No parece tener noción de su influencia —añadió alejándose hacia las sillas.

—¡Bobadas! —pensó Renouard, parado y pendiente de él—. ¡Y sin embargo! ¡Sin embargo! ¿Y si fuera verdad?

Entonces avanzó hacia la señorita Moorsom. Situada en el asiento en el que habían hablado el uno con el otro por vez primera, era su turno para verlo entrar. Pero muchas de las ventanas no estaban iluminadas en ese anochecer. Estaba oscuro allí. Ella se le apareció luminosa con su vestido claro, una figura sin contorno, un rostro sin rasgos, aguardando a que se acercara, hasta que llegó lo bastante cerca de ella, se sentó y cruzaron una cuantas palabras insignificantes. Gradualmente ella se presentaba como un cuadro mágico de encanto, fascinación y deseo misteriosamente vivo sobre el fondo oscuro. Algo imperceptible en la actitud de su pose, en las modulaciones de su voz, parecía atenuar esa insinuación de plácido orgullo inconsciente que la envolvía siempre como un manto. A él, susceptible como un esclavo a merced del humor del amo, lo conmovió el sutil cese de su elegancia hacia una infinita ternura. Contuvo el impulso de tomarla de la mano, bajar con ella al jardín, afuera, bajo los grandes árboles, y arrojarle a sus pies pronunciando palabras de amor. Su emoción era tan fuerte que tuvo que toser ligeramente, y sin saber de qué hablar con ella comenzó a hablarle sobre su madre y hermanas. Toda la familia se iba a Londres a vivir allí, al menos por una pequeña temporada.

—Espero que vaya y les cuente algo de mí. Algo que haya visto —dijo con insistencia.

Con este miserable subterfugio, como un hombre a punto de romper con su vida, esperaba hacer que ella le recordara un poco más.

—Con mucho gusto —dijo ella—. Me alegrará pasar cuando vuelva. Pero este «cuando» puede ser un largo tiempo.

Escuchó un suspiro liviano. Una fatal curiosidad celosa le hizo preguntar:

—¿Está usted cansada, señorita Moorsom?

Cayó el silencio sobre su pregunta enunciada con suavidad.

—¿Quiere decir cansada de corazón? —Se oyó la voz de la señorita Moorsom—. Veo que usted no me conoce.

—¡Ah! Nunca pierda la esperanza —murmuró él.

—Esto, señor Renouard, es una labor de resarcimiento. Yo represento la verdad aquí. No puedo pensar en mí misma.

Pudo haberla agarrado del cuello, porque cada palabra parecía un insulto a su pasión, pero tan sólo dijo:

—Nunca he dudado de la... la... nobleza de sus intenciones.

—Y oír articulada la palabra cansancio a este respecto me sorprende. Y además

por parte de un hombre que, tengo entendido, nunca ha medido los costes.

—Le agrada tomarme el pelo —dijo en cuanto hubo recobrado su voz y dominado su ira. Era como si el profesor Moorsom hubiese vertido un veneno en su oído que ahora se esparciera y corrompiera su pasión, sus mismos celos. Recelaba de cada palabra que salía de aquellos labios de los que su vida pendía—. ¿Cómo puede saber algo de los hombres que no tienen en cuenta las consecuencias? —preguntó con su tono más dócil.

—Por rumores... un poco.

—Pues bien, le aseguro que son como los demás, expuestos al sufrimiento, víctimas de hechizos...

—Uno de ellos, al menos, habla de forma muy extraña.

Ella desechó el tema tras un silencio. «Señor Renouard, sufrí una decepción esta mañana. El correo me trajo una carta de la viuda del viejo mayordomo..., ¿entiende? Esperaba saber que ella hubiese tenido noticias de... de aquí. Pero no, ninguna carta ha llegado a casa desde que nos marchamos».

Su voz era reposada. Los celos de él no podrían aguantar mucho más una conversación así, pero estaba alegre de que no hubiese surgido nada que favoreciera la búsqueda; irracionalmente, alegre a ciegas... sólo porque por más tiempo no la perdería de vista... ya que ella no renunciaría.

—Estoy demasiado cerca de ella —pensó, moviéndose en el asiento un poco más allá—. Temía la reacción impulsiva de lanzarse sobre sus manos, tendidas en su regazo, y cubrirlas de besos. Lo temía. Nada, nada podía debilitar aquel hechizo... ni aunque fuera infinitamente falsa, estúpida o vil. Ella era el destino en sí mismo. La envergadura de su desgracia lo sumió en tal letargo que no alcanzó a oír al principio el ruido de las voces y pisadas dentro del salón. Willie había llegado a casa... y el redactor jefe estaba con él.

Irrumpieron en el terrado en parloteo ruidoso y luego, recuperando la compostura, se detuvieron sorprendentes... y como sorprendidos ellos mismos.

CAPÍTULO VII

HABÍAN estado festejando a un poeta del bosque, el último descubrimiento del redactor jefe. Tales descubrimientos eran el negocio, la vocación, el orgullo y la maravilla del único apóstol de las letras en el hemisferio, el solitario mecenas de la cultura, el Genio de la Lámpara... como suscribía él mismo al final de la página semanal de literatura de su diario. No había tenido dificultades en persuadir al virtuoso Willie (que tenía instintos festivos) para que ayudara en la buena obra, y ahora habían dejado al poeta soñando, tumbado sobre la alfombrilla de la chimenea de la sala de redacción, y se habían precipitado con atropello hacia la mansión de los Dunster. El redactor jefe tenía otro descubrimiento que anunciar. Balanceándose un momento donde se tenía en pie abrió ampliamente la boca para gritar la sola palabra: «¡Encontrado!». Detrás de él Willie se echaba ambas manos a la cabeza y las dejaba caer teatralmente. Renouard vio a los cuatro de cabeza plateada en el extremo del terrado levantarse todos a la vez de sus sillas, afectados de repentino pánico.

—Les digo que... lo hemos... encontrado —el mecenas de las letras gritó con énfasis.

—¿Qué pasa? —exclamó Renouard con voz sofocada. La señorita Moorsom asió su muñeca repentinamente, y a ese contacto un fuego corrió por todas sus venas, en la quietud abrasadora que lo invadió escuchó la sangre... o el fuego... latiendo en sus oídos. Hizo el ademán de levantarse, pero lo cohibió la presión convulsiva sobre su muñeca.

—No, no. —Los ojos de la señorita Moorsom miraban fijamente, negros como la noche, escudriñando el espacio ante sí. A lo lejos, el redactor jefe se contoneaba hacia delante, seguido de Willie con su pomposa forma de portar su corpulenta e incómoda carcasa que, no obstante, no continuaba perpendicular del todo dos segundos seguidos.

—El inocente Arthur... Sí. Lo tenemos —el redactor jefe se puso muy formal—. Sí, ha sido la carta.

Se zambulló a por ella en un bolsillo interior, manoteó el recorte de papel con la palma abierta. «De esa anciana. William la ha tenido en su bolsillo desde esta mañana, cuando la señorita Moorsom se la dio para mostrármela. La olvidó del todo hasta hace una hora. Pensó que no era importante. ¡Pues no! No hasta que fue leída con propiedad».

Renouard y la señorita Moorsom emergieron de las sombras uno al lado del otro, una pareja a tono, vivaz y sin embargo escultural en su calma y su palidez. Ella le había soltado la muñeca. Al avistar a Renouard el redactor jefe exclamó:

—¡Cómo!... ¡Tú aquí! —Con voz bastante chillona.

Sobrevino un silencio total. Todos los rostros reflejaban algo de consternación y fatalidad.

—Él es justo el hombre que buscamos —continuó el redactor jefe—. Perdonen mi excitación. Renouard, eres justamente el hombre. ¿No me contaste que tu ayudante se hacía llamar Walter? ¿Sí? Piénsalo. Mas he aquí a esa anciana..., la mujer del mayordomo... Escuchen esto. Ella escribe: Todo lo que puedo decirle, señorita, es que mi pobre marido dirigía sus cartas a nombre de H. Walter.

La violenta aunque reprimida exclamación de Renouard se perdió en un murmullo general y arrastrar de pies. El editor dio un paso hacia delante, hizo una reverencia con encomiable firmeza.

—Señorita Moorsom, permítame felicitarla desde lo más profundo de mi corazón por el feliz... esto... resultado.

—Espera —masculló Renouard con indecisión.

El editor se adelantó a él como a una vieja amistad suya. «¡Ah, tú! Tú eres un tipo extremadamente hábil. Con tus modos solitarios de vida has terminado por no tener más discernimiento que un salvaje. Figúrense vivir junto a un caballero durante meses y no adivinarlo nunca. Un hombre, estoy seguro, íntegro, notable, fuera de lo común puesto que la señorita Moorsom (volvió a hacer una reverencia), a la que todos admiramos, lo ha elegido».

Ella le volvió la espalda.

—Pido a dios que no le hayas hecho llevar una vida de perros, Geoffrey —el editor manifestó a su amigo en un susurro aparte.

Renouard asió una silla con fuerza, se sentó y, sosteniendo el codo sobre su rodilla, apoyó la cabeza sobre su mano. Detrás de él la hermana del profesor alzaba la vista al cielo y se retorció las manos con recato. La señorita Dunster se agarraba las manos con decisión bajo la barbilla, mas ella, alma bondadosa, miraba apenada a Willie. ¡El sobrino modelo! ¡En ese extraño estado! ¡Ruborizado tantísimo! La cuidada disposición de los ralos pelos cruzando el claro de la calva de Willie estaba deplorablemente desordenada, y el claro en sí estaba rojo y como humeante.

—¿Qué sucede, Geoffrey? —El editor parecía desconcertado por la actitud silente que lo rodeaba, como si hubiese esperado que todas esas personas gritaran y danzaran —. Lo tienes en la isla..., ¿no?

—Oh, sí. Lo tengo allí —dijo Renouard sin alzar la vista.

—¡Pues entonces! —El editor miró con impotencia alrededor como si suplicara una respuesta de algún tipo, pero la única respuesta que llegó fue del todo inesperada. Molesto de que lo hubiesen dejado en un segundo plano y también porque muy pocas copas lo volvían odioso, el Willie conmovedor se convirtió de pronto en un malvado, y en tono de borrachín, sorprendente en un hombre capaz de mantener el equilibrio tan bien:

—¡Ajá! ¡Pero no lo tienen aquí..., todavía no! —se mofaba—. ¡No! Todavía no

lo tienen aquí.

Esta monstruosa exhibición fue para el editor como el látigo sobre un caballo reventado. Dio un auténtico brinco.

—¿Y eso qué importa? ¿Qué quieres decir? Nosotros... no lo... tenemos... aquí. ¡Por supuesto que no está aquí! Pero la goleta de Geoffrey está aquí. Puede mandarse de inmediato para traerlo aquí. ¡No! ¡Quieto! Hay un plan mejor. ¿Por qué no navegan todos cuanto antes a Malata, profesor? ¡Ganen tiempo! Estoy convencido de que la señorita Moorsom preferirá...

Con un galante floreo de su brazo buscó a la señorita Moorsom. Había desaparecido. Se quedó un tanto confundido.

—¡Ah! Hum. Sí... ¿Por qué no? Un crucero de placer, un maravilloso barco, una maravillosa estación, una maravillosa misión, un ma... ¡No! No hay reparos. Tengo entendido que Geoffrey se ha dado el capricho de un *bungalow* tres veces más amplio para él. Puede ofrecérselo a todos. Será un placer para él. Será el más grande privilegio. Cualquier hombre estaría orgulloso de ser el promotor del feliz encuentro. Yo estoy orgulloso del pequeño papel que he jugado. Él lo considerará el más grande honor. Geoff, muchacho, más vale que mañana te actives tempranito en los preparativos para el viaje. Sería un crimen perder un solo día.

Estaba tan ruborizado como Willie, la excitación preservaba el vigor del banquete festivo. Durante un tiempo Renouard, callado como si no escuchara una palabra de todo ese parloteo, no se inmutó. Pero cuando se levantó fue para avanzar hacia el editor y felicitarle con tal efusivo espaldarazo que el hombrecito rollizo se tambaleó en sus posiciones y pareció bastante asustado por un momento.

—Eres un descubridor caído del cielo y un director de primera. Tiene razón. Es el único modo. No pueden resistirse a la llamada de los sentimientos, y deben incluso arriesgarse a la travesía a Malata... —La voz de Renouard zozobró—. Un sitio solitario —añadió, y se quedó pensativo bajo todos aquellos ojos que convergían hacia él en el repentino silencio. Su mirada se perdía rozando lenta uno a uno todos aquellos rostros, quedando retenida en el profesor Moorsom, que observaba fríamente, con un puro humeante entre sus dedos y la hermana de pie a su lado.

—Me complacerá infinitamente que consientan en venir. Aunque desde luego que lo harán. Así que zarparemos mañana por la noche. Y ahora permítanme dejarles con su felicidad.

Hizo una reverencia, muy serio, señalando de repente con el dedo a Willie, que se balanceaba con ceño somnoliento... «Mírenlo. Lo abrumba la felicidad. Harían bien en meterlo en la cama...», y desapareció mientras en el terrado todas las cabezas estaban dirigidas hacia Willie con distintas expresiones.

Renouard atravesó la casa. Evitando la calzada de carruajes bajó huyendo el empinado atajo hacia la orilla, donde su canoa lo esperaba. A un grito fuerte los durmientes canacos saltaron. Brincó adentro. «Larguémonos. ¡Cedan paso!», y la canoa zumbó a través del agua. «¡Cedan paso! ¡Cedan paso!». Pasó volando el clíper

lanero, que dormía sobre todas sus anclas con el ojo abierto del farol, sin parpadear, en la jarcia; pasó volando el buque insignia de la escuadra del Pacífico, un enorme bulto todo oscuro y silencioso, pesado por el sueño de quinientos hombres, y donde los centinelas invisibles oían en la noche su apremiante: «¡Cedan paso! ¡Cedan paso!». Los canacos, jadeando, se elevaban saliéndose de la bancada a cada remada. ¡Nada era lo bastante rápido para él! Y echó a correr el costado arriba de su goleta haciendo estremecer con ruido la escala real en su precipitación.

En la cubierta dio un traspiés y se detuvo.

¿A qué esta prisa? Con qué fin, puesto que supo bien antes de comenzar que tenía un perseguidor del que no se podía librar.

Así como sus pies rozaron la cubierta, su voluntad, sus intenciones se habían apremiado a conservarse, extinguiéndose adentro. No había sido más que poner en marcha la goleta, dejando que se desvaneciera silenciosamente en la noche por entre esos barcos durmientes, y estar seguro entonces de que no podría hacerlo. ¡Era imposible! Y reflexionaba que viviera o muriera tal acto lo colocaría bajo una oscura sospecha ante la cual retrocedía. No, no había nada que hacer.

Bajó al camarote y, antes incluso de desabrocharse el abrigo, sacó del cajón la carta dirigida a su ayudante; aquella carta que había encontrado en el casillero etiquetado «Malata» en la oficina de las afueras del joven Dunster, donde había estado esperando durante tres meses alguna ocasión de ser remitida. Desde el momento de dejarla caer en el cajón olvidó su existencia totalmente... hasta ahora, en que el nombre de él se había presentado de forma tan clamorosa. Echó un vistazo al sobre vulgar, reparando en la precaria y esforzada letra: Sr. D. H. Walter. Indudablemente, la misma carta última que el viejo mayordomo había echado al correo antes de caer enfermo, y claramente en respuesta a una del «amo Arthur» dándole instrucciones para que en el futuro la dirigiera: «A la atención de Sres. W. Dunster y Cia.». Renouard hizo amago de abrir el sobre, pero se detuvo, y en lugar de ello rasgó con premeditación la carta en dos, en cuatro, en ocho. Con la mano llena de trozos de papel regresó a la cubierta y los esparció por la borda sobre el agua oscura, en la que se disiparon enseguida.

Lo hizo lentamente, sin indecisión o culpa. Sr. D. H. Walter, Malata. El inocente Arthur... ¿Cuál era su nombre? El hombre que buscaba aquella mujer que al conducirse parecía atraer sin esfuerzo hacia sí toda la pasión de la tierra, sin naturalmente dignarse a advertir el aliento de otras mujeres. Mas Renouard ya no estaba celoso de la propia existencia de ella. Cualquiera que fuera su designio, no era aquel hombre que él había recogido por casualidad en un impulso incierto, para deshacerse de la discusión tediosa de un tan llamado amigo; un hombre sobre el que en verdad no sabía nada... y ahora un hombre muerto. En Malata. ¡Oh, sí! Estaba allí hartos seguro, sin turbación, en su tumba. En Malata. Enterrarlo fue el último servicio que Renouard rindió a su ayudante antes de dejar la isla en este viaje a la ciudad.

Como muchos hombres preparados suficientemente para las empresas más

arduas, Renouard tendía a esquivar las pequeñas complicaciones de la existencia. Este rasgo de su personalidad se componía de una pequeña indolencia, algo de desdén, y una tendencia a escabullirse de conflictos con cierta dosis de trivialidad..., como un hombre que encarara a un león y huyera ante un sapo en su camino. Su relación con el periodista puntilloso no era más que una intimidad superficial sin la legítima simpatía que algunos hombres jóvenes consiguen entablar con facilidad. Más bien se había deleitado con mantener a ese «amigo» en la ignorancia sobre el destino de su ayudante. Renouard nunca había necesitado más compañía que la suya propia, pues había en él algo de la susceptibilidad del soñador al que se agrade fácilmente. Se había dicho a sí mismo que el sabelotodo no haría más que sermonear de nuevo sobre los males de la soledad y atormentaría definitivamente su mente en favor de un lamentablemente inútil protegido suyo. Además, la curiosidad del editor lo había irritado y sellado sus labios con pura aversión. Además, la curiosidad del editor lo había irritado y sellado sus labios con pura aversión.

Y ahora contemplaba el rígido nudo de las consecuencias estrangulándolo.

Era el recuerdo de aquella diplomática reserva que en el terrado había acallado su gemido anterior y que les habría explicado a todos ellos que el hombre al que buscaban ya nunca sería hallado en la faz de la tierra. Le disgustaba el ridículo de oír al sabelotodo, no muy sobrio además, lanzándose contra él con remilgados reproches:

»Nunca me lo dijiste. Me diste a entender que tu ayudante seguía vivo, y ahora dices que está muerto. ¿Cuál de las dos? ¿Mentías entonces o mientes ahora?». ¡No! Sólo pensar en esa escena le era insoportable. Se sentó aterrado al pensar: «¿Y ahora qué voy a hacer?».

Su valor le había abandonado poco a poco. Decir la verdad llevaría a que los Moorsom se marcharan de inmediato... mientras le parecía que comprometería el último resto de su integridad para asegurarse un día más la compañía de ella. Seguía sentado... en silencio. Lentamente, con sentimientos confusos, la charla con el profesor, el proceder de la joven y la embriagante familiaridad con que repentinamente le había apretado la mano le proporcionaban medio destello de esperanza. El otro estaba muerto. ¿Entonces?... La locura, por supuesto... pero ya no podía rendirse. Había escuchado a ese maldito metomentodo organizarlo todo..., mientras todos asentían a su alrededor bajo el hechizo del romance muerto. Había escuchado en silencio y con desprecio. Los destellos de esperanza, de posibilidad, se perdían ante sus ojos. Únicamente debía permanecer quieto y no decir nada. Eso y nada más. ¡Qué era la verdad para él frente a la gran pasión que había postrado su alma a los pies de su adorada!

¡Pero ya estaba hecho! ¡El infortunio lo había querido! Con ojos de mortal golpeado por la ira furibunda de los dioses, Renouard miró al cielo, un inmenso manto fúnebre con polvo dorado que parecía experimentar las grandes sacudidas del aliento de la vida afirmando su gobierno.

CAPÍTULO VIII

FINALMENTE, una mañana, en un punto despejado de un horizonte vítreo cargado de masas heráldicas de vapores negros, la isla brotó del mar, mostrando sueltos sus desnudos miembros de roca basáltica por entre las fisuras del abundante follaje. Más tarde, con toda la enorme riqueza de la puesta de sol desbordada, Malata sobresalió verde y rosácea antes de transformarse en una sombra violeta en la otoñal luz del expirante día. Entonces llegó la noche. En la leve brisa la goleta se desplazó al pasar por un acantilado sólido y chato, y estaba oscuro como la pez cuando su vela de proa se hundió, la goleta hizo girar en seco el timón y su anclote sobre el fondo arenoso del borde exterior del arrecife, pues era demasiado peligroso el intento de entrar en la pequeña bahía llena de bancos de arena. Tras el último solemne ondeo de la vela mayor el murmullo de voces del grupo de los Moorsom persistió, muy apagado, en la negra quietud.

Estaban en la popa, sentados en sillas, y nadie se movía. Temprano en el día, cuando se hizo manifiesto que el viento era débil, Renouard, basando su consejo en las debilidades de su personal soltero, urgió a las damas sobre la conveniencia de no bajar a tierra en mitad de la noche. Ahora se acercaba a ellos de forma restrictiva (fue pasmosa la restricción que reinó entre él y sus invitados en todo el pasaje) y recrudecía sus razonamientos. Nadie en tierra soñaría con llevarse a ningún visitante consigo. A nadie se le ocurriría salir. Había solamente una vieja canoa en la plantación, y desembarcar en el bote de la goleta sería comprometido en la oscuridad. Había el riesgo de quedar varado en zonas menos profundas. Lo mejor sería pasar el resto de la noche a bordo.

En verdad, no hubo resistencia. El profesor fumaba una pipa y, muy cómodo en un abotonado abrigo tipo Úlster sobre su atuendo tropical, fue el primero en hablar desde su tumbona.

—Muy espléndidos consejos.

Cerca de él, la señorita Moorsom asentía con un largo silencio. Luego, con una voz como la del que sale de un sueño:

—Así que eso es Malata —dijo—. A menudo me he preguntado...

Un escalofrío atravesó a Renouard. ¿Se preguntaba! ¿Sobre qué? Malata era él mismo. Malata y él eran uno. ¿Y ella se preguntaba! Ella se...

La hermana del profesor se inclinó sobre Renouard. Durante todos esos días en el mar no se había aludido a la existencia del hombre..., del hombre hallado..., a bordo de la goleta. Aquella reserva era parte de la restricción general que pesaba sobre ellos. Con certeza ella, ella misma, no estaba eufórica del todo por este hallazgo..., el

pobre Arthur, sin dinero, sin perspectivas. Pero se sentía conmovida por lo sentimental y romántico de la situación.

—¿No es maravilloso —susurraba la voz del chal blanco— pensar que el pobre Arthur duerme ahí, tan cerca de nuestra querida y dulce Felicia, y sin saber del inmenso gozo que le reserva el día de mañana?

Había tal artificiosidad en la dama flor de cera que nada en su lenguaje enternece a Renouard. No fue más que la simple desazón de su corazón lo que habló cuando farfulló hoscamente:

—Nadie en el mundo sabe lo que el mañana puede tenernos reservado.

La madura dama se echó atrás como si él hubiese dicho algo descortés. Qué aspereza... en lugar de encontrar algo amable y oportuno que decir. A bordo, donde ella nunca lo había visto en atuendo de noche, la semejanza de Renouard con el hijo de un duque no le era tan evidente. Nada quedaba excepto su... ah... bohemia. Se levantó con una especie de pompa.

—Es tarde... y ya que vamos a dormir a bordo esta noche... —dijo ella—. Pero es que parece tan cruel.

El profesor se arrancó con vehemencia, extrayendo las cenizas de su pipa. «Infinitamente más sensato, mi querida Emma».

Renouard esperó detrás del asiento de la señorita Moorsom.

Ella se levantó despacio, dio un paso hacia delante y se detuvo mirando a la orilla. La negrura de la isla velaba las estrellas con su indefinido volumen como un nubarrón bajo amenazante sobre las aguas y preparado para estallar y precipitarse en llamaradas.

—Así que... eso es Malata —repitió como si soñara yendo hacia la puerta del camarote. La capa tersa que caía de sus hombros, el rostro de marfil —pues la noche sólo había apagado en ella los resplandores de su pelo— hacían que se asemejara a un brillante ensueño de mujer pronunciando palabras de interrogante anhelo. Ella desapareció sin más, dejando a Renouard penetrado hasta el mismo tuétano por los sonidos provenientes de su cuerpo como la resonancia misteriosa de un instrumento punzante.

Se quedó clavado. ¿Qué era esta fortuita pulsación que había evocado el extraño acento de su voz? No se atrevía a contestar. Pero debía contestar a la pregunta de qué hacer ahora. ¿Había llegado el momento de la verdad? Bastaba con pensarlo para helarle la sangre a cualquiera.

Era como si aquellas personas presintieran algo. En los días taciturnos del pasaje había advertido lo circunspectos que estaban incluso entre ellos. El profesor fumaba su pipa malhumoradamente en sitios apartados. Renouard había sorprendido más de una vez los ojos de la señorita Moorsom posados sobre él con expresión particular y seria. Se figuraba que evitaba toda oportunidad de conversar. La doncella parecía alimentar algún agravio. ¿Y ahora qué debía hacer?

Las luces de la cubierta se habían ido apagando una tras otra. La goleta dormía.

Alrededor de una hora después de que la señorita Moorsom se retirara al camarote sin una seña o palabra para él, Renouard salió de su hamaca alzada sobre el combés, bajo el toldo en mitad del barco... pues había cedido el alojamiento de abajo a sus invitados. Salió con un súbito movimiento repentino, se quitó la chaqueta del pijama con desafuero, se remangó el pijama hasta el muslo, y avanzó furtivamente sin ser visto por el único canaca que vigilaba el ancla. Su torso blanco, descubierto como el de un atleta desnudo, resplandecía fantasmalmente en las sombras profundas de la cubierta. Sin que lo advirtieran salió del barco sobre el bauprés de proa impulsado a lo largo con la jarcia móvil del barco, y agarrando el poste de amarre con las dos manos firmemente se sumergió en el mar limpiamente.

Se alejó nadando, silencioso como un pez, y luego a enérgicas brazadas hacia la tierra sustentado, abrazado por el agua templada. El dócil, voluptuoso vaivén de su seno lo mecía ligeramente; algunas veces una olita rumoreaba en sus oídos, de cuando en cuando bajando los pies palpaba el lecho de las zonas menos profundas para descansar y rectificar su rumbo. Alcanzó la tierra en el extremo más bajo del jardín del *bungalow*, en la aplastante quietud de la isla. No había luces. La plantación parecía dormir tan profundamente como la goleta. En la senda una concha pequeña se quebró bajo su talón descalzo.

El fiel capataz mestizo que hacía su ronda aguzó sus orejas al ruido penetrante. Dio un respingo de temor atroz a la vista de la inesperada figura blanca lanzándose hacia él desde la noche. Se agachó con terror y luego de un salto se puso en pie chasqueando la lengua en admirado reconocimiento.

—¡Tse! ¡Tse! ¡El patrón!

—Calla, Luiz, y atiende a lo que digo.

Sí, era el patrón, el robusto patrón al que nunca habían visto levantar la voz, el hombre a quien obedecían ciegamente y nunca cuestionaban. Hablaba quedo pero frenéticamente en la quietud de la noche, como si cada minuto fuera precioso. Al enterarse de que los tres invitados iban a hospedarse, Luiz chasqueó la lengua con rapidez. Estos chasquidos eran la representación taquigráfica, uniforme, de sus emociones, y podía darles una variedad infinita de significados. Atendía al resto en profundo silencio, apenas alterado por el quedo «Sí, patrón», cada vez que Renouard hacía una pausa.

—¿Entiendes? —insistía el último—. No se llevarán a cabo preparativos hasta que desembarquemos por la mañana. Y dirás que el señor Walter ha partido en una goleta mercante a recorrer las islas.

—Sí, patrón.

—Nada de equivocaciones..., ¡ten cuidado!

—No, patrón.

Renouard caminó de vuelta hacia el mar. Luiz, siguiéndole, sugirió llamar en voz alta a media docena de muchachos y tripular la canoa.

—Imbécil.

—¡Tse! ¡Tse! ¡Tse!

—¿Entiendes que nunca me has visto?

—Sí, patrón. Pero qué lejos para nadar. ¿Y si se ahoga?

—Entonces puedes decir de mí y del señor Walter lo que quieras. A los muertos no les importa.

Renouard se metió en el mar y escuchó un leve «¡Tse!, ¡Tse!, ¡Tse!» de preocupación del mestizo, que ya había perdido de vista la cabeza oscura del patrón en el agua ensombrecida.

Renouard puso rumbo guiado por una estrella grande, que inmersa en el horizonte parecía examinar su cara con curiosidad. En este nado de vuelta sintió una lasitud melancólica de todo el prolongado recorrido de un camino que no le había aproximado a su deseo. Era como si el amor le hubiese minado la fuente invisible de sus fuerzas. Llegó un momento en el que le pareció que debía de haber nadado más allá del confín de la vida. Sentía muy cerca una sensación de eternidad que no exigía ningún esfuerzo..., prestándole su paz. Era fácil nadar así más allá del confín de la vida mirando una estrella. Pero el pensamiento: «Pensarán que no me atreví a afrontarlos y que me suicidé», provocó una sublevación en su cabeza que lo impulsó. Regresó a bordo tal como había abandonado el barco, sin ser visto ni oído. Yacía en su hamaca del todo agotado y con un sentimiento confuso de haber estado más allá del confín de la vida, en algún lugar cercano a una estrella, y de que allí había mucha tranquilidad.

CAPÍTULO IX

RESGUARDADA por el acantilado chato desde el primer destello de la mañana en el mar, la pequeña bahía respiraba una frescura deliciosa. El grupo de la goleta desembarcó en el extremo del jardín. Cruzaban palabras insignificantes en tono deliberadamente informal. La hermana del profesor alzó una lente de mango largo como para escudriñar el nuevo marco, pero en realidad buscaba al pobre Arthur ansiosamente. No habiéndolo visto más que con ropa de ciudad no tenía idea de qué aspecto tendría. Le tocaba al profesor ayudar a las damas a salir del barco porque Renouard, empeñado en dirigir, se había adelantado enseguida para encontrarse con el mestizo Luiz, que se apresuraba senda abajo. En la distancia, frente al *bungalow* cegado por el sol, una fila de mozos de tez oscura desiguales en estatura y de distinta constitución preservaban la inmovilidad de una guardia de honor.

Luiz se había quitado el sombrero dúctil de fieltro antes de acercarse al alcance del oído. Renouard flexionaba la cabeza a la charla rápida sobre preparativos domésticos por hacer que se pretendía para los visitantes; otra cama en la habitación del patrón para las damas y un catre para el caballero colgado en la habitación de enfrente donde... donde el señor Walter... y aquí echando una mirada atemorizada a todo..., el señor Walter... había muerto.

—Muy bien —asentía Renouard cada vez en un tono más bajo—. Y acuérdate de lo que tienes que decir de él.

—Sí, patrón. Sólo que... —Se retorció ligeramente y puso un pie descalzo sobre el otro por un momento en aturullada disculpa—, sólo que yo... yo... no me gusta decirlo.

Renouard lo miraba sin enfado, sin expresión alguna. «¿Te asustan los muertos? ¿Verdad? Pues... está bien. Lo diré yo mismo... supongo que de una vez por todas...». Al momento, elevó mucho la voz.

—Manda a los muchachos a por el equipaje.

—Sí, patrón.

Renouard se dirigió a sus ilustres invitados quienes, como un grupo de turistas con guía, se habían detenido y miraban a su alrededor.

—Lo siento —comenzó con rostro impasible—. Mi hombre me acaba de informar de que el señor Walter... —Logró sonreír pero no se censuró...— se ha ido en una goleta mercante a una pequeña gira por las islas, al oeste.

Esta noticia se recibió con profundo silencio.

Renouard quedó absorto en el pensamiento: «¡Ya está hecho!». Pero la visión del

avance de la hilera de muchachos con maletas y enseres a la casa lo sacó de su aterradora abstracción.

—Lo único que puedo hacer es rogarles que se sientan en casa... y que guarden toda su paciencia.

Era tan obvio que sólo se podía hacer eso que todo el mundo estuvo enseguida al tanto. El profesor caminaba a la vera de Renouard, detrás de las dos damas.

—Algo inesperada... esta ausencia.

—No del todo —musitó Renouard—. Hay que hacer un viaje todos los años para contratar mano de obra.

—Comprendo... Así que él... ¡Qué frustrantemente esquivo ha llegado a ser ese pobre tipo! Empezaré a pensar que un duende travieso auspicia esta historia de amor con desagradables cuidados.

Renouard advirtió que el grupo no se sentía apesadumbrado por este nuevo contratiempo. Al contrario, se movía con paso más suelto. La hermana del profesor dejaba caer la lente hasta el extremo de su cadena. La señorita Moorsom tomaba la iniciativa. El profesor, con los labios abiertos, persistía al aire libre: pero Renouard no hacía caso a su charla. Estaba pendiente de la hija de aquel hombre... como si en efecto esa criatura de irresistible seducción fuera hija de mortales. La misma intensidad de su deseo, como si su alma emanara de sus ojos tras de ella, anulaba su afán de retenerla mientras fuera posible con, al menos, uno de sus sentidos. Su silueta en movimiento se fundía en un reflejo iluminado y brumoso de mujer hecha de sombras y llamaradas, cruzando el umbral de su casa.

Los días siguientes no fueron del todo tal como había temido Renouard... sin embargo, no fueron mejores de lo que temió. Fueron detestables en todos los estados de ánimo que le ocasionaron. Pero en general las cosas estaban tranquilas. El profesor fumaba innumerables pipas con el aire de un trabajador de vacaciones, siempre moviéndose y observando las cosas con el aspecto misteriosamente sagaz de los hombres a los que se reconoce como más sabios que el resto del mundo. Su cabellera blanca..., más blanca que nada en lo visible del horizonte salvo las olas rompiendo en los arrecifes... se vislumbraba en cada parte de la plantación, siempre en movimiento bajo el parasol blanco. Una vez hasta trepó el acantilado y se apareció de repente a los de abajo como una mancha blanca y elevada sobre el azul, diminuta pero escultural.

Felicia Moorsom se quedaba cerca de la casa. A veces se la podía ver con expresión desesperada garabateando frenéticamente en su diario de llave. Pero sólo durante unos momentos. Al ruido de los pasos de Renouard volvía su hermosa cara hacia él, adorable en esa placidez que era como un testarudo y cruel rechazo de su inmenso poder. Cada vez que se sentaba en el porche, sobre una silla reservada principalmente a su uso, Renouard solía acercársele y sentarse en los escalones cerca de ella, la mayoría de las veces en silencio y a menudo sin permitirse dirigir su mirada hacia ella. Ella, muy quieta y con los ojos medio cerrados, observaba su

cabeza... así que a ojos de un espectador (como el profesor Moorsom por ejemplo) daba la impresión de que estuviera sopesando pensamientos profundos en su cabeza acerca de aquel hombre sentado a sus pies, con los hombros un poco encorvados, sus manos sin fuerza... como derrotado. Y verdaderamente el veneno moral de la fatalidad tenía tal poder corrosivo que Renouard sentía cómo su antigua persona se convertía en polvo completamente. A menudo, por la tarde, cuando todos se sentaban fuera a conversar con languidez en la oscuridad, sentía que debía descansar su frente sobre los pies de ella y romper en lágrimas.

La hermana del profesor padecía de cierta pequeña incomodidad provocada por la inestabilidad de sus sentimientos hacia Renouard. Efectivamente, no sabía decir si en realidad le disgustaba o no. A veces se le antojaba fascinante en mayor grado; y aunque generalmente terminaba por decir algo ofensivamente grosero, no podía resistir una predisposición a charlar con él..., al menos no siempre. Un día, cuando su sobrina los había dejado a solas en el patio se incorporó en su silla... impecable, espléndida y, a su manera, casi un carácter arrebatador como el de su sobrina, a quien no se asemejaba en lo más mínimo. «La querida Felicia ha heredado el cabello y lo mejor de su aspecto de la madre», la dama soltera acostumbraba a explicar a la gente.

Así que se incorporó, confidencial.

—¡Oh, señor Renouard! ¿No tiene nada reconfortante que decir?

Él alzó la mirada, sorprendido como si una voz del cielo hubiese hablado con intachable entonación de clase, y con la profunda perplejidad de sus ojos azules aturdió la feminidad refinada de flor de cera. Ella continuó. «Es que... Puedo hablarle con franqueza de este espinoso tema..., sólo pensar qué terrible tensión esta esperanza postergada debe de ser para el corazón de Felicia... para sus nervios».

—¿Por qué me habla a mí de eso? —rezongó sintiéndose ahogado de repente.

—¡Por qué! Como amigo... bienintencionado..., el mejor anfitrión. Temo de veras que le estemos dejando sin nada en la despensa. —Rió un momento—. ¡Ah! Vaya, cuándo se resolverá esta incertidumbre. ¡El pobre y perdido Arthur! La verdad es que casi temo el gran momento. Será como ver un fantasma.

—¿Alguna vez ha visto un fantasma? —preguntó Renouard con voz desgana.

Ella movió un poco las manos. Su actitud era perfecta en su elegancia madura y natural.

—No de hecho. Sólo en una foto. Pero tenemos muchos amigos que han tenido la experiencia de apariciones.

—¡Ah! Se ven fantasmas en Londres —murmuró Renouard sin mirarla.

—Con asiduidad... en determinados círculos muy interesantes. Pero lo hace toda clase de gente. Tenemos un amigo, un escritor muy famoso..., su fantasma es una chica. Uno de los íntimos de mi hermano es un verdadero genio de la ciencia. Tiene amistad con un fantasma... De una chica también —añadió con voz como intrigada por primera vez por la coincidencia—. Es la fotografía de esa aparición la que he visto. Muy bonito. Sobre todo interesante. Un poco borrosa, naturalmente... ¡Señor

Renouard! Espero que no sea un escéptico. Consuela tanto pensar...

—Ésos muchachos míos de la plantación también ven fantasmas —dijo Renouard inflexible.

La hermana del filósofo se incorporó tiesa. ¡Qué grosería! Siempre era así con ese extraño joven.

¡Pero señor Renouard! ¿Cómo puede comparar las supersticiones caprichosas de sus horribles salvajes con las manifestaciones...?

Le faltaron las palabras. Dejó de hablar con una muy leve sonrisa de enojo remilgado. Tal vez la había ofendido más el aturdimiento del principio de la conversación. Y al momento, con perfecto tacto y dignidad se levantó de la silla y lo dejó a solas.

Renouard ni siquiera alzó la mirada. No fue el disgusto de la dama lo que le privó del sueño esa noche. Empezaba a olvidar cómo era el bendito, dulce sueño. Le habían colgado la hamaca del barco en un porche lateral, y pasaba las noches en ella de espaldas, con las manos cruzadas sobre el pecho, en una especie de semiconsciencia, de incómodo letargo. Por la mañana observaba con mirada ciega cómo el acantilado se presentaba como un irregular borrón de tinta contra la luz tenue de la falsa madrugada, atravesando todas las fases del alba hasta el violeta oscuro de su perfilado volumen, aureolado gloriosamente con el oro del sol naciente. Escuchó ruidos imprecisos de despertar en el interior de la casa, y de repente tomó conciencia de que Luiz estaba de pie junto a la hamaca, obviamente turbado.

—¿Qué sucede?

—¡Tse! ¡Tse! ¡Tse!

—Bueno, ¿ahora qué? ¿Problemas con los muchachos?

—No, patrón. El caballero, cuando le llevo su agua para el baño, me habla. Me pregunta... me pregunta... cuándo, cuándo pienso yo que el señor Walter vuelve.

Los dientes del mestizo rechinaron ligeramente. Renouard salió de la hamaca.

—Y él está aquí todo el tiempo..., ¿verdad?

Luiz asintió con la cabeza un sí atemorizado, pero protestó de inmediato, «Yo no lo veo. Yo nunca. ¡Yo no! Los muchachos tontos y bárbaros dicen que ellos ven... ¡algo! ¡Ouh!».

Hizo resonar los dientes con otro breve rechinar, y permaneció allí tieso, encogido, como un hombre en medio de una ráfaga helada.

—¿Y qué le dijiste al caballero?

—Yo digo no sé... y me voy. A mí... a mí no me gusta hablar de él.

—Está bien. Trataremos de derribar a ese pobre fantasma —dijo Renouard hoscamente yendo a una pequeña cabaña cercana para vestirse. Se decía a sí mismo —: Este tipo acabará por descubrirme. La última cosa que yo... ¡No! No puede ser. —Y sintiéndose arrinconado descubrió el tamaño de su cobardía.

CAPÍTULO X

AQUELLA mañana, vagando por la plantación, más como un alma asustada que como su dueño y señor, esquivó el parasol blanco que se balanceaba de un lado a otro como una boya a la deriva en un mar de plantas verde oscuro. La cosecha prometía ser espléndida, y el filósofo por entonces a la moda se tomaba un interés más que meramente científico en el experimento. Sus inversiones eran juiciosas, pero siempre había dispuesto de algo de dinero para los experimentos.

Después de comer, al quedarse a solas con Renouard, charló un momento sobre cultivos y cuestiones afines. Entonces, de repente:

—A propósito, ¿es cierto lo que me cuenta mi hermana, que un fantasma ha perturbado a los muchachos de su plantación?

Renouard, que desde que las damas habían abandonado la mesa tenía la guardia baja, salió de su abstracción con un sobresalto y una sonrisa forzada.

—Mi capataz tuvo algún problema con ellos durante mi ausencia. Tienen miedo de trabajar en determinado campo de la ladera de una loma.

—¡Un fantasma aquí! —exclamó deleitado el profesor—. Entonces nuestra concepción sobre la psicología de los fantasmas debe revisarse por entero. Esta isla probablemente ha estado deshabitada desde el principio de los tiempos. ¿Cómo ha llegado aquí un fantasma? ¿Por aire o por agua? ¿Y por qué abandonó su guarida natal? ¿Fue por misantropía? ¿Fue expulsado de alguna comunidad de espíritus?

Renouard probó a responder en el mismo tono. Las palabras murieron en sus labios. El profesor interrogó sobre si el fantasma era el de un hombre o el de una mujer.

—No lo sé. —Renouard se esforzó por aparentar naturalidad. Tenía, dijo, una pareja de tahitianos entre sus muchachos..., una raza... que se movía entre fantasmas. Habían empezado a atemorizarse. Probablemente trajeron consigo a su fantasma.

—Investiguemos el asunto, Renouard —sugirió el profesor medio en serio—. Siempre podemos hacer algunos descubrimientos interesantes respecto a la condición de las mentes primitivas.

Esto era demasiado. Renouard se levantó de un salto y, abandonado la habitación, salió y se dio una vuelta por delante de la casa. No permitiría que nadie lo arrinconara. El profesor se le unió fuera pronto. Portaba su parasol, pero no llevaba consigo ni su libro ni su pipa. Con sincera afabilidad tendió su mano sobre el brazo de su «estimado y joven amigo».

Todos nosotros estamos un poco asfixiados —dijo—. Por mi parte, me he

comportado como un profeta en esta historia. Pero no puedo ver lo que sigue. Quiero decir... lo que sería mínimamente bueno para todos.

Renouard se había recobrado lo suficiente como para musitar fríamente su pesar por esa pérdida de tiempo. Pues suponía que eso era lo que tenía en mente el profesor.

—Tiempo —caviló el profesor Moorsom—. No sabía que pudiera derrocharse el tiempo. Pero le diré, mi querido amigo, lo que esto supone: un tremendo derroche de vida. Quiero decir para todos nosotros. Incluso para mi hermana, que ha ido a acostarse porque le duele la cabeza.

Zarandéó con suavidad el brazo de Renouard.

—¡Sí, para todos nosotros! Uno podría meditar sobre la vida infinitamente, uno podría aun tener una pobre opinión de ella... pero la irremediable verdad es que sólo tenemos una vida que vivir. Y es corta. Piense en ello, mi joven amigo.

Soltó el brazo de Renouard y salió de la sombra abriendo su parasol. Estaba claro que en su cabeza había algo más que desazón sobre la fecha de sus conferencias para un auditorio a la moda. ¿Qué quería decir ese hombre con sus malditas vanalidades? A Renouard, a quien Luiz había atemorizado por la mañana (pues sentía que nada podía ser más fatídico que el que su engaño no se descubriese más que por confesión personal), esta charla le sonaba a incitación o aviso de ese hombre que le parecía muy desvergonzado y perspicaz. Era como ser toreado por la muerte y engatusado por la vida en la jugada de dados de una apuesta definitiva.

Renouard se alejó a cierta distancia de la casa y se arrojó a la sombra de un árbol. Yacía allí plenamente en calma, con la frente descansando sobre los brazos cruzados, despejado y deliberando. Le pareció que estuviese ardiendo, luego, que había caído dentro de una espiral fría, un embudo plano de agua que se arremolinaba a una velocidad vertiginosa. Y entonces (debió de haber sido un recuerdo de su niñez) caminaba sobre un peligroso glaciar derretido, incapaz de volver atrás... De repente el glaciar se partía de orilla a orilla con un fuerte estampido, como la detonación de un cañón.

Con un brinco se encontró de nuevo sobre sus pies. Todo era paz, quietud, luminosidad. Se alejó de allí despacio. De haber sido un jugador tal vez le habría mantenido en cierto grado la mera excitación. Pero no era un jugador. Siempre había desdeñado ese modo artificial de retar al destino. El *bungalow* apareció a la vista, brillante y lindo, y todo alrededor era paz, quietud, luminosidad...

Mientras renqueaba hacia él, tuvo la mala sensación de tener pegada a sí la compañía del muerto. ¡El fantasma! Parecía estar en todas partes menos en su tumba. ¿No podría nunca librarse de él?, se preguntaba. En ese momento la señorita Moorsom salió al porche, y enseguida, como por un misterio de ondas irradiantes, levantó un gran alboroto en su corazón, sacudió cielo y tierra a la vez..., pero él continuó renqueante. Entonces, como la nota grave de una canción en la tormenta, su voz le llegó amenazadora.

—¡Ah! Señor Renouard... —Él se presentó y sonrió, pero ella estaba muy seria

—. No puedo permanecer quieta por más tiempo. ¿Hay tiempo para subir a pie el acantilado y volver antes de que oscurezca?

Las sombras se extendían prolongadas en el suelo, todo era quietud y paz.

—No —dijo Renouard, sintiéndose de repente tan firme como una roca—. Pero puedo mostrarle una vista desde la loma principal que su padre no ha visto. Una vista de arrecifes y olas rompiendo sin fin, y de grandes nubes de aves marinas volando en torno.

Ella bajó de inmediato los escalones del porche y se marcharon. «Usted primero —sugirió—, yo la guiaré. A la izquierda».

Llevaba una falda corta de nankín y una blusa de muselina; podía ver a través de la fina tela la piel de sus hombros, de sus brazos. La delicadeza pura de su cuello provocó en él una especie de paroxismo. «La senda empieza donde están esas tres palmeras. Las únicas palmeras de la isla».

—Ya veo.

Ella no volvió la cabeza en ningún momento. Después de un rato observó: «Parece como si esta senda se hubiese hecho recientemente».

—Muy recientemente —asintió él muy quedo.

Continuaron ascendiendo uniformemente sin cruzar otra palabra, y cuando estuvieron en la cima, ella contempló largo tiempo ante sí. La niebla baja del crepúsculo velaba el término alejado de los arrecifes. Por encima de la atroz y desconsolada confusión, como una escuadra de islas naufragadas, las revoltosas miríadas de aves marinas enrollaban y desenrollaban oscuros galones en el cielo, se reunían en nubes, remontaban el vuelo y se detenían como un juego de sombras, pues estaban demasiado lejos de ellas para oír sus gemidos.

Renouard rompió el silencio en tono quedo.

—Se aquietarán dentro de poco, por la noche. —Ella no dijo palabra. A su alrededor todo era paz y la luz del sol declinando. Próxima, la cumbre más alta de Malata se asemejaba a la cima de una fortaleza enterrada, que reviviera en roca, desgastada por el tiempo, envejecida, cansada de velar por las monótonas edades del Pacífico. Renouard apoyó sus hombros contra ella. Felicia Moorsom estaba de repente frente a él, con sus magníficos ojos negros desbordantes en su cara, como si hubiera decidido al fin destruir la razón de él de una vez y para siempre. Deslumbrado, bajó los párpados lentamente.

—¡Señor Renouard! Hay algo extraño en todo esto. Dígame, ¿dónde está él?

Respondió premeditadamente.

—Al otro lado de esta roca. Lo enterré allí yo mismo.

Ella oprimió el pecho con sus manos, luchó por respirar un momento, y entonces: «¡Ohhh!... ¡Usted lo enterró! ¿Qué clase de hombre es usted?... ¡No se atrevió a confesarlo!... ¿Es él otra de sus víctimas?... No se atrevió a confesarlo aquella noche... Debe de haberlo matado. ¿Qué podría haberle hecho?... Lo sujetó en alguna disputa abominable y...».

Su semblante vengativo, sus patéticos gritos lo dejaron tan petrificado como la roca cansada contra la que se apoyaba. Sólo elevó sus párpados para mirarla y bajarlos lentamente. Nada más. Eso la silenció. Y como avergonzada hizo un gesto con la mano, apartando de sí ese pensamiento. Él habló, al principio con mansa ironía.

—¡Já! El mítico Renouard de los susceptibles idiotas..., el aventurero despiadado..., el ogro con futuro. Eso lo han pregonado loros, señorita Moorsom. No creo que el mayor tonto de todos ellos se atreva jamás a insinuar sobre mí la estupidez tal de que yo he matado hombres por que sí. No, me fijé en ese hombre en un hotel. Venía del norte, me contaron, y no hacía nada. Lo vi sentado allí, solitario en una esquina como un cuervo enfermo, y consideré una noche el charlar con él. Sólo por impulso. No era atrayente, daba lástima. Mi peor enemigo podría decirle que no era lo bastante bueno para ser una de las víctimas de Renouard. No me llevó mucho tiempo comprobar que se drogaba. No bebía, se drogaba.

—¡Ah! Es ahora cuando trata de asesinarlo —aulló.

—Claro, siempre el Renouard del mito de los mercaderes. ¡Escuche! Nunca habría estado celoso de él. Y, sin embargo, estoy celoso del aire que usted respira, del suelo que pisa, del mundo que la mira... moviéndose libre... sin ser mía. Pero no importa. Más bien me gustaba. Por alguna razón le propuse que viniera aquí y fuera mi ayudante. Dijo que creía que eso le salvaría. No le salvó de la muerte. Le llegó por que sí... simplemente una caída. Un simple tropiezo y un vuelco de diez pies a un barranco. Pero parece que se había lesionado anteriormente en el norte... con un caballo. Sufría cada vez más. No, no era un hombre de acero. Y su pobre alma también parecía estar dañada. Se quebró muy pronto.

—¡Es una tragedia! —Felicía Moorsom susurró con emoción. Los labios de Renouard se crisparon, pero su voz mesurada continuó sin piedad.

—Ésta es la historia. Una noche se recuperó un poco y dijo que quería contarme algo. Al ser yo un caballero, dijo, podía confiar en mí. Le dije que estaba equivocado, que había mucho de plebeyo en mí que él no podría entender. Pareció contrariado. Murmuró algo sobre su inocencia y algo que sonó como una maldición sobre alguna mujer, entonces se volvió hacia la pared y... se tornó frío sin más.

—Sobre una mujer —clamó la señorita Moorsom indignada—. ¿Qué mujer?

—¡Quién sabe! —dijo Renouard, elevando sus ojos y reparando en el carmesí de los lóbulos de ella en la luminosa blancura de su tez, en el sombrío, como secreto, esplendor nocturno de sus ojos bajo las retorcidas llamaradas de su pelo—. Alguna mujer que no creería en la pobre inocencia de su... Sí, usted posiblemente. Y ya no creerá en mí... ni siquiera en mí, que en verdad soy lo que soy... incluso en la muerte. ¡No! No lo hará. Y sin embargo, Felicia, una mujer como usted y un hombre como yo no coinciden a menudo sobre la tierra.

La llamarada de su gloriosa cabeza le abrasaba la cara. Lanzó su sombrero lejos, y sus párpados repentinamente bajados exhibieron sobrecogedoramente su semejanza

con un bronce antiguo, el perfil de Pallas, quieto, austero, un poco curvado en la sombra de la roca. «¡Oh! Si únicamente pudiera comprender la verdad que hay en mí», añadió.

Ella esperó, como si estuviera demasiado anonadada para hablar, hasta que él alzó la vista de nuevo, y entonces, con una fuerza descomunal, como defendiéndose a sí misma de alguna innombrable difamación, «¡Soy yo la que representa la verdad aquí! ¡Creer en usted! En usted, quien mediante una falsedad inhumana... y nada más, nada más, ¿escucha?... ¡me ha traído aquí con trampas y engaños como en una farsa abominable!». Se sentó sobre una peña, con la barbilla descansando entre las manos y una actitud de simple pena... llorando para sí misma.

—Sólo faltaba esto. ¿Por qué? ¡Oh! ¿Por qué la fealdad, el ridículo y la bajeza tienen que cruzarse en mi camino?

En esa colina, a solas bajo el cielo, hablaron uno con otro como si la tierra hubiese desaparecido bajo sus pies.

—¿Se aflige por su dignidad? Él era un alma mediocre y no podía haberle ofrecido sino una existencia indigna.

Ella no se sonreía ante esas palabras pero, soberbia, como si estuviera descubriendo la punta de su velo, se volvió hacia él lentamente.

—¡Y usted imagina que me habría consagrado a él con tal propósito! ¿No entiende que debía resarcirlo? Tenía una deuda sagrada, un deber elevado. Redimirlo no habría estado en mi poder..., lo sé. Pero él era inocente, y era yo la que tenía que actuar. ¿No entiende que a los ojos del mundo nada le podría haber restituido tan íntegramente como casarse conmigo? Ninguna palabra maliciosa podría haberse susurrado sobre él después de que yo le hubiese ofrecido mi mano. En cuanto a sacrificarme a nada menos que a labrar la suerte de un hombre... si creyera que podría hacerlo renunciaría a mí misma. —Habla con autoridad con su fascinante y serena voz profunda. Renouard meditaba hosco, como en el enigma aciago de una bella esfinge a la que hubiera encontrado en la etapa delirante de su vida.

—Sí, su padre tenía razón. Es usted una de esas aristócratas...

Ella retrocedió con arrogancia.

—¿Qué está diciendo? ¡Mi padre!... Yo una aristócrata.

—¡Oh! No quiero decir que sea usted como los hombres y las mujeres de los tiempos de los blasones, los castillos y las grandes hazañas. ¡Oh, no! Ellos se valían sobre el terreno desnudo, tenían tradiciones a las que guardar fidelidad, tenían los pies sobre esta tierra de pasiones y muerte que no es una burbuja. Ellos habrían sido para usted demasiado plebeyos, ya que tenían que dirigir, comprender y tolerar a la humanidad más común. No, usted no es más que de la capa más alta, desdeñosa y superior, la pura y simple frivolidad e ilusión en el inescrutable arcano que algún día la arrojará fuera de la existencia. ¡Pero usted es usted! ¡Usted es usted! Usted es el amor eterno en sí mismo... Sólo que, oh, Divinidad, no es su cuerpo, es su alma la que está hecha de espuma.

Ella escuchaba como en un sueño. Renouard había vencido de tal modo en su esfuerzo por dejar atrás el abismo de su pasión, que su misma vida parecía correr hacia él fuera de su cuerpo. En ese momento se sentía como un muerto que hablara. Pero la impetuosa ola que retornaba con una fuerza diez veces mayor lo lanzó de repente sobre ella con los brazos abiertos y el fulgor en sus ojos. Ella se sintió como una pluma entre sus garras, indefensa, incapaz de luchar, sin suelo bajo sus pies. Pero este contacto con ella, enloquecedor como un exceso de felicidad, destruyó su propio objeto. Corrió fuego por sus venas, volviendo cenizas su pasión, lo quemó y lo dejó vacío, sin fuerza..., casi sin deseo. La dejó ir antes de que ella pudiera vociferar. Estaba tan acostumbrada a las formas de represión que envuelven y atenúan los impulsos groseros de la vieja humanidad, que no creía que su existencia fuese más que un mito desatado. No asimiló lo que le había sucedido. Salió segura de sus brazos, sin luchar, sin ni siquiera haber sentido temor.

—¿Qué significa esto? —dijo ella, ultrajada pero en calma a manera de desprecio.

Él se arrodilló en silencio, flexionado a sus mismos pies mientras ella bajaba la mirada hacia él un poco sorprendida, sin animadversión, como con simple curiosidad por ver lo que haría. Luego, mientras seguía encorvado hacia el suelo estrechando hacia sus labios la orilla de su falda, se movió ligeramente. Él se levantó.

—No —dijo él—. ¿Podría jamás hacer que fuera mía del todo sin consentirlo usted? No. No se conquista a un espectro, a una niebla fría, a la esencia de los sueños, a una quimera. Debe llegar a uno y adherirse a su pecho. ¡Y entonces! ¡Oh! ¡Entonces!

Extasiado, de su cara se borró toda expresión.

—Señor Renouard —dijo ella—, aunque no pueda reclamar que le corresponda después de haberme atraído aquí con el vil propósito, evidentemente, de recrearse conmigo como si fuera su presa, le diré que quizá no sea el ser excepcional que piensa que soy. Puede creerme, digo la entera verdad.

—¿Qué significa para mí cómo sea usted? —respondió—. A una seña suya ascendería al séptimo cielo para traerla a la tierra para mí solo... y si la viera inmersa hasta el cuello en el vicio, el crimen, el lodo, iría tras usted, la recibiría en mis brazos..., la llevaría como una joya incomparable sobre mi pecho. Y eso es amor..., amor verdadero..., el regalo y la maldición de los dioses. No hay más.

La sinceridad que vibraba en su voz hizo que se echara atrás ligeramente, pues ella no podía escuchar eso... siquiera un momento, siquiera una sola vez en su vida. Le repugnaba; y en su turbación, quizá inspirada por la evocación de su nombre o para atenuar la aspereza de su expresión, pues estaba vagamente conmovida, le habló en francés.

—*Assez! J'ai horreur de tout cela*^[2]-dijo.

Estaba pálido como un muerto pero ya no tiritaba. La suerte estaba echada y ni aun la furia podía modificar la tirada. Pasó junto a él sin desviarse y él la siguió senda abajo. Después de un rato le oyó decir:

—¿Y su sueño es influir en la suerte de un humano?

—¡Sí! —respondió ella abruptamente, imperturbable en su completa seguridad de mujer.

Entonces puede descansar tranquila. Lo ha hecho.

Ella alzó los hombros ligeramente. Pero justo antes de alcanzar el final de la senda se aplacó, de detuvo y volvió atrás, hacia él.

—No creo que esté muy deseoso de que la gente sepa cuánto se ha aproximado a la infamia absoluta. En cuanto a eso puede estar tranquilo. Hablaré con mi padre, desde luego, y estaremos de acuerdo en decir que él ha muerto..., nada más.

—Sí —dijo Renouard con una voz sin vida—. Él está muerto, su mismo fantasma nos dejará dentro de poco.

Ella continuó, pero él se quedó de pie, clavado, en el ocaso. Ella ya había alcanzado las tres palmeras cuando oyó tras de sí unas fuertes risotadas, cínicas y lúgubres, como las que se oyen en las salas de fumadores al final de una historia difamante. Eso hizo que se desvaneciese realmente por un momento.

CAPÍTULO XI

UNA completa oscuridad envolvió despacio a Geoffrey Renouard. Su determinación le había fallado. En lugar de seguir a Felicia al interior de la casa, se había detenido bajo las tres palmeras, y apoyándose en un tronco liso se había abandonado a la impresión de un inmenso desengaño y a la sensación de una fatiga extrema. La caminata loma arriba, de nuevo abajo, había sido como el esfuerzo soberano de un explorador que tratara de penetrar el interior de un país desconocido cuyo secreto se encuentra demasiado bien defendido por una naturaleza árida y cruel. Atraído por un espejismo, había ido demasiado lejos..., tan lejos que no había vuelta atrás. Sus fuerzas habían llegado a su fin. Por primera vez en su vida tenía que rendirse, y con una especie de dominio de sí desesperado trató de entender el motivo de su derrota. No se la imputó a ese ridículo muerto.

La sombra vacilante de Luiz se le acercó sin ser advertida, hasta que habló medrosa. Renouard se sobresaltó.

—¿Eh? ¿Qué? ¿La cena espera? Debes decir que ruego ser excusado. No puedo ir. Pero los veré mañana por la mañana en el embarcadero. En cuanto a la salida de la goleta, haz lo que ordene el profesor. Ahora ve.

Luiz, estupefacto, se insertó en la oscuridad. Renouard no se movió, pero horas después, como el fruto amargo de su inmovilidad, las palabras: «Yo no tuve nada que ofrecer a su vanidad» salieron de sus labios en el silencio de la isla. Y fue sólo entonces cuando se activó, únicamente para vencer la noche en trajinado vagabundeo de acá para allá por los distintos senderos de la plantación. Luiz, cuyo sueño era ligero por la conciencia de algún cambio inminente, oyó pisadas junto a su sombrero, el pisar firme del amo, y volviéndose sobre sus esteras emitió un débil ¡Tse!, ¡Tse!, ¡Tse!, de honda preocupación.

Las luces habían estado prendidas en el *bungalow* casi toda la noche, y con los primeros indicios del día empezó el ajetreo de la partida. Los mozos bajaban marchando en procesión, acarreando las maletas y los enseres hacia el bote de la goleta que había arribado al embarcadero en el extremo del jardín. Justo cuando el sol naciente arrojaba su aureola dorada en torno al perfil púrpura del acantilado, se discernía al hacendado de Malata recorriendo con la cabeza descubierta la curva de la pequeña bahía. Cruzó unas cuantas palabras con el oficial de la goleta, después se quedó en pie junto al barco, muy derecho, los ojos hacia el suelo, esperando.

No tuvo que esperar mucho. El profesor fue el primero en descender al frío y ensombrecido jardín y bajaba la senda airoso entre un animado crujir de pequeñas conchas. Con su parasol cerrado enganchado al antebrazo y un libro en la mano,

parecía un vulgar turista más de lo que cabría esperar en un hombre de tan sin par notoriedad. Ondeó el brazo libre en la distancia, pero de cerca, retenido ante la inmovilidad de Renouard, no hizo amago de estrecharle la mano. Parecía evaluar el semblante del hombre con mirada penetrante, cuando se decidió.

—Vamos a regresar por Suez —comenzó casi bullicio—. He buscado y encontrado en los cuadernos de navegación. Con que los céfiros de su Pacífico sean sólo moderadamente propicios creo que con seguridad cogeremos el barco correo que debe llegar a Marsella el 18 de marzo. Éste me viene espléndidamente... —Suavizó su tono—. Mi estimado y joven amigo, le estoy profundamente agradecido.

Los labios fijos de Renouard se movieron.

—¿Por qué me está agradecido?

—¡Ah! ¿Por qué? En primer lugar podría habernos hecho perder el siguiente barco, ¿no es cierto?... No le doy las gracias por su hospitalidad. No puede enojarse conmigo por que diga que en verdad agradezco librarme de ella, pero le estoy agradecido por lo que ha hecho y... por ser como es.

No era fácil interpretar el tono de aquel discurso, pero Renouard lo recibió con una sonrisa austera y ambigua. El profesor, entrando en el barco, abrió su parasol y se sentó sobre los tablones de popa a esperar a las damas. Ningún ruido de voz humana rompió el fresco silencio de la mañana mientras caminaban por la anchurosa senda, con la señorita Moorsom un poco por delante de su tía.

Cuando llegó frente a él, Renouard elevó la cabeza.

—Adiós, señor Renouard —dijo con voz queda, pretendiendo proseguir, pero había tal expresión de súplica en el destello azul de los ojos anegados de Renouard que, tras un titubeo imperceptible ella tendió su mano, desenguantada, sobre su palma extendida.

—¿Consentirá en recordarme? —preguntó él, mientras una emoción que la enojaba ruborizaba los pálidos pómulos de ella y hacía centellear sus ojos negros.

—Es una extraña petición la que usted hace —dijo ella exagerando la frialdad de su tono.

—¿Lo es? Imprudente tal vez. Sin embargo, no soy tan culpable como piensa, y tenga presente que a mí nunca podrá resarcirme.

—¿Resarcir? ¡A usted! Es usted el que no puede resarcirme por la ofensa contra mis sentimientos... y mi persona, pues, ¿qué resarcimiento sería adecuado para su odioso y ridículo plan, tan despreciable en lo que implica, tan humillante para mi orgullo? ¡No! No quiero recordarle.

Inesperadamente, de un rígido tirón, la atrajo más cerca de él, y mirando en sus ojos con desesperación osada:

—Tendrá que hacerlo. La perseguiré —dijo con firmeza.

Arrancó su mano del apretón antes de que él tuviera tiempo de soltarla. Felicia Moorsom entró al barco, se sentó al lado de su padre, y respiró tiernamente sobre sus dedos estrujados.

El profesor la miró de reojo..., nada más. Pero la hermana del profesor, aún en la orilla, había alzado la doble lente de mango largo para observar la escena. La dejó caer con leve rechinar.

—Nunca en mi vida oí decir algo tan grosero a una dama —refunfuñó, pasando ante Renouard con la cabeza plenamente erguida. Cuando, un momento después, de repente apaciguada, se volvió para lanzar un adiós a ese joven, únicamente vio su espalda en la distancia moviéndose hacia el *bungalow*. Lo vio irse... admirada... antes de que también ella abandonase el suelo de Malata.

Nadie perturbó a Renouard en esa habitación donde se había encerrado para respirar hasta avanzada la tarde el perfume evanescente de quien ya no existía para él, cuando se oyó al mestizo al otro lado de la puerta.

Quería que el patrón supiera que el mercante *Janet* acababa de entrar en la ensenada.

La voz recia de Renouard al otro lado de la puerta dio unas instrucciones más que inesperadas. Iba a liquidar a los muchachos con el dinero en efectivo de la oficina y acordar con el capitán del *Janet* que se llevara consigo a todos los trabajadores de Malata, devolviéndolos a sus respectivos hogares. Se le entregaría como pago una orden con la firma de Dunster.

Y de nuevo el silencio en el *bungalow* siguió intacto hasta que, a la mañana siguiente, el mestizo fue a comunicarle que todo se había llevado a cabo. Los muchachos de la plantación ya estaban embarcando.

Por un resquicio de la puerta una mano le extendió un trozo de papel, y la puerta dio un portazo tan brusco que Luiz dio un paso atrás. Entonces, aproximándose servilmente al ojo de la cerradura, preguntó en tono conciliador:

—¿Yo también voy, patrón?

—Sí, tú también. Todo el mundo.

—¿El patrón queda aquí solo?

Silencio. Los ojos del mestizo se agrandaron con asombro. Pero él también, como esos «tontos salvajes», los muchachos de la plantación, sólo podía estar alegre de abandonar una isla poseída por el fantasma de un hombre blanco. Dejó atrás, sin ruido, el misterioso silencio de la habitación cerrada, y sólo a la altura de la entrada del *bungalow* se permitió desahogar sus sentimientos con un imprecativo y doloroso:

—¡Tse! ¡Tse! ¡Tse!

CAPÍTULO XII

LOS Moorsom efectivamente lograron coger el barco correo de regreso, pero sólo dispusieron de veinticuatro horas en la ciudad. Por lo tanto el sentimental de Willie no pudo verlos mucho. Esto no le impidió narrar posteriormente con gran profusión, con valientes lágrimas en los ojos, cómo la pobre señorita Moorsom..., la belleza elegante e inteligente..., había encontrado a su prometido en Malata únicamente para verlo morir en sus brazos. La mayoría de la gente se sintió enternecida profundamente por la triste historia. Fue el tema de conversación durante un buen número de días.

Pero el redactor jefe sabelotodo, el único amigo y compinche de Renouard, quiso saber más que el resto del mundo. Por incontinencia profesional, quizá, tuvo sed de empaparse de tortuosos detalles. Y cuando advirtió que la goleta de Renouard seguía en el muelle día tras día, buscó al oficial para enterarse de la razón. El hombre le contó que sus instrucciones eran ésas. Se le había ordenado permanecer allí un mes antes de retornar a Malata. Y el mes estaba a punto de concluir. «Le pido que me dé un pasaje», dijo el redactor jefe.

Desembarcó por la mañana en el extremo del jardín y encontró paz, quietud, luminosidad reinando por todas partes; las puertas y ventanas del *bungalow* permanecían ampliamente abiertas, no se avistaba a un ser humano en ningún lugar, las plantas crecían altas y exuberantes en los campos desiertos. Durante horas el redactor jefe y la tripulación de la goleta, excitados por el misterio, deambularon por la isla gritando el nombre de Renouard, y al final, en un silencio solemne determinaron explorar de forma sistemática el tupido bosque y los barrancos más profundos en busca de su cadáver. ¿Qué había sucedido? ¿Lo habían asesinado los muchachos? ¿O sencilla, caprichosa y calladamente había dejado la plantación llevándose a la gente con él? Era imposible explicarse lo que había sucedido. Finalmente, al declinar del día, el redactor jefe y el oficial descubrieron unas huellas de sandalia cruzando una franja de playa arenosa en la orilla norte de la bahía. Siguiendo esas huellas temerosos, bordearon la estribación del acantilado, y allí, sobre una piedra extensa, encontraron las sandalias, la chaqueta blanca de Renouard y el sarong^[3] malayo a cuadros que se sabía bien el plantador de Malata usaba para bañarse. Estas cosas formaban un pequeño montón, y el marinero comentó, después de contemplarlo en silencio:

—Los pájaros han estado revoloteando sobre esto más de un día.

—Ha ido a bañarse y se ha ahogado —clamó el redactor jefe con consternación.

—Lo dudo, señor. Si se hubiera ahogado en el radio de una milla desde la orilla el

cuerpo habría sido arrastrado a los arrecifes. Y nuestros barcos no han encontrado nada hasta ahora.

Nunca se encontró nada..., y la desaparición de Renouard se quedó en su mayor parte sin explicar. Pues, ¿a quién se le podría haber ocurrido que un hombre pudiera encaminarse tranquilamente a nadar más allá del confín de la vida..., con brazada firme..., sus ojos fijos en una estrella?

La tarde siguiente, desde la goleta que se alejaba, el redactor jefe miró por última vez hacia atrás, a la isla desierta. Una nube negra amenazaba con indiferencia sobre la roca alta de la loma central; y bajo el silencio misterioso de esa sombra, Malata yacía melancólica, con aire de aflicción en la salvaje puesta de sol, como recordando el corazón que allí se había roto.

Diciembre de 1913

EL SOCIO

—**V**AYA historia absurda. Los marinos aquí en Westport han estado contando esta mentira a los veraneantes durante años. Al tipo que llevan en barca por un chelín por cabeza... y hace preguntas estúpidas... algo hay que contarle para pasar el tiempo. ¿Conoce algo más tonto que el que te lleven en barca a lo largo de una playa? ... Es como beber limonada aguada cuando no tienes sed. ¡No sé por qué lo hacen! Ni siquiera se marean.

Un vaso de cerveza permanecía olvidado junto a su codo, el local era una pequeña sala de fumadores respetable de un pequeño hotel respetable. Mi gusto por conocer gente me llevó a quedarme con él hasta tarde. Sus grandes mejillas planas y arrugadas estaban afeitadas, un grueso mechón cuadrado y canoso pendía de su barbilla, su movimiento proporcionaba credibilidad adicional a su grave forma de expresarse y su desdén por el género humano, por sus actividades y conducta moral, se reflejaba en la manera informal de llevar su gran sombrero flexible de fieltro negro y ala ancha, que siempre llevaba puesto.

Su aspecto era el de un viejo aventurero jubilado tras muchas experiencias inmorales en las más oscuras zonas de la tierra, pero yo tenía razones para creer que nunca había salido de Inglaterra. Por un comentario fortuito que alguien dejó caer supuse que en sus años de juventud debió de estar relacionado con la marina..., con barcos en muelles. Era muy individualista, y esto fue lo que atrajo mi atención en un primer momento. Pero no era fácil de clasificar y antes de terminar la semana le etiqueté con la vaga definición de «viejo rufián imponente».

Una tarde lluviosa, oprimido por un mortal aburrimiento, entré en la sala de fumadores. Él estaba allí sentado en absoluta inmovilidad, que era impresionante y realmente como la de un faquir. Comenzaba a preguntarme cuáles podían ser las relaciones de esta clase de hombre, su «ambiente», sus vínculos privados, sus intereses, su moral, sus amigos e incluso su esposa... cuando, para mi sorpresa, comenzó una conversación con voz profunda y murmurante.

Debo decir que desde que alguien le dijo que yo era un escritor de historias había pasado a saludarme por las mañanas con leves gruñidos.

Era en esencia un hombre taciturno. Había un toque de mala educación en sus frases incompletas. Pasó algún tiempo antes de descubrir que lo que le interesaba era el proceso mediante el cual las historias..., historias para periódicos..., se gestaban.

¿Qué se le podía decir a un tipo como ése? Pero yo estaba mortalmente aburrido, el tiempo seguía horrible y decidí ser amable.

—De manera que se inventa usted estos cuentos. ¿Cómo consigue que le vengan

a la cabeza? —preguntó con voz profunda.

Explicué que uno normalmente conseguía una idea para un cuento.

—¿Qué clase de idea?

—Bueno, por ejemplo —dije—, el otro día me llevaron en bote a las rocas. Mi barquero me contó el naufragio que hubo en estas rocas hace cerca de veinte años. Eso podría utilizarse como idea para un fragmento de historia principalmente descriptivo con un título como «En el Canal», por ejemplo.

Fue entonces cuando arremetió contra los barqueros y los veraneantes que escuchaban sus cuentos. Sin mover un músculo de la cara emitió un poderoso «sandeces» desde algún lugar proveniente de las profundidades de su pecho, y continuó con su murmullo ronco, fragmentario. «Miran fijamente las ridículas rocas... afirman con sus ridículas cabezas... ¿Qué creen que es un hombre?... ¿una bolsa de papel reventada o qué?... que hace pum cuando le golpean... Maldita historieta estúpida... ¡Vaya idea!... ¿Una mentira?».

Hay que imaginar a este majestuoso rufián coronado por el ala negra de su sombrero, soltando todo esto igual que un perro viejo gruñe a veces, con la cabeza alta y los ojos mirando al infinito.

—¡En efecto! —exclamé—. Bueno, pero incluso sin ser cierto *es* una idea que me permite ver estas rocas, este vendaval del que hablan, las marejadas, etc., etc., en relación con el género humano. La lucha contra las fuerzas naturales y el efecto de todo esto en al menos un, digamos, exaltado...

Me interrumpió con un agresivo:

—¿Aceptaría usted la verdad?

—No sabría qué decirle —respondí con cautela—. Dicen que la verdad es más extraña que la ficción.

—¿Quién lo dice? —profirió.

—¡Oh! Nadie en particular.

Me volví hacia la ventana, pues el arrogante mendigo con su inmóvil brazo sobre la mesa era incómodo de mirar. Supongo que mi comportamiento informal le condujo a un discurso relativamente largo.

—¿Ha visto usted alguna vez un montón de rocas tan ridículo? Son como ciruelas en una ración de pudín frío.

Las estaba mirando..., un acre o más de puntos negros esparcidos en las sombras gris acero del mar en calma bajo la uniforme, fina niebla gris con una mancha informe más brillante en una zona..., la velada blancura de un acantilado destacando como un difuso resplandor misterioso. Era un cuadro delicado y maravilloso, algo expresivo, sugerente y desolado, una sinfonía de grises y negros..., un Whistler. Pero lo siguiente que la voz a mi espalda dijo me hizo darme la vuelta. Bramó con energía contenida contra toda idea relacionada con mares rugientes, luego continuó:

—Yo... no es ninguna tontería... mirando las rocas de ahí afuera... probablemente recuerda más a una oficina... que en una época yo solía visitar de vez

en cuando... una oficina en Londres... en una de esas calles pequeñas detrás de la estación de la calle Cannon.

Era muy pausado; nada espasmódico, sólo fragmentario, a veces irreverente.

—Ésa es una conexión muy remota —observé, acercándome a él.

—¿Conexión? Al infierno con sus conexiones. Fue una casualidad.

—Aun así —dije—, una casualidad tiene sus conexiones hacia atrás y hacia delante que, si pudieran formularse...

Sin moverse parecía prestar atención.

—¡Sí! Formularse. Eso es quizá lo que usted podría hacer. ¿No podría hacerlo ahora? No hay vida marina en esta conexión. Pero puede sacarla de su cabeza... si quiere.

—Sí. Podría, si fuera necesario —dije—. A veces vale la pena sacar mucho de la cabeza, y a veces no. Quiero decir que la historia no merece la pena. Todo depende de eso.

Me divertía hablar con él de este modo. Manifestaba claramente su creencia en que los escritores de historias iban tras el dinero al igual que el resto de los que tenían que vivir de su ingenio, y en que era llamativo lo lejos que aquellos que iban tras el dinero podían llegar... Algunos de ellos.

A continuación se embarcó en una diatriba contra la vida marina. La calificó como una forma de vida estúpida. Sin oportunidades, ni experiencia, ni variedad, nada. Algunos hombres admirables salían de ella, admitió, pero si se pensaba no había más opción que huir. Muchachos. Como el capitán Harry Dunbar. Buen marino. Buena fama como capitán. Grandullón; patillas cortas encaneciéndose, cara agradable, voz potente. Un buen tipo, pero con la misma malicia que un bebé.

—Es el capitán del *Sagamore* de quien habla —dije con seguridad.

Tras un «Desde luego» quedo y desdeñoso, parecía ahora proyectar en la pared con su mirada fija la visión de aquella oficina de la ciudad, «a espaldas de la estación de la calle Cannon», mientras gruñía y entre dientes daba una descripción fragmentaria, levantando el mentón de vez en cuando, como si estuviera enfadado.

Era, según su relato, un modesto lugar de negocios, en modo alguno siniestro pero apartado, en una calle pequeña ahora reconstruida completamente. «Siete puertas más allá de la taberna Cheshire Cat bajo el puente de la vía. Acostumbraba a almorzar allí cuando mis negocios me llevaban a la ciudad. Cloete solía entrar a comer su chuleta y hacer reír a la chica. Tampoco le hacía falta hablar mucho para ello. Únicamente el modo en que sus anteojos brillaban al mirarte y una mueca de su gruesa boca eran suficientes para hacerte reír antes de empezar con una de sus historietas. Un tipo divertido, Cloete. C-l-o-e-t-e... Cloete».

—¿Qué era?... ¿holandés? —pregunté, sin comprender en absoluto qué tenía todo esto que ver con los barqueros de Westport, los veraneantes de Westport y la opinión exacerbada que este extraordinario tipo tenía de ellos como mentirosos y estúpidos—. «Quién diablos sabe —gruñó, sus ojos fijos en la pared como si no

quisiera perder un solo movimiento de una imagen cinematográfica—. En cualquier caso sólo hablaba inglés. La primera vez que lo vi... salía de un barco anclado proveniente de Estados Unidos... como pasajero. Me pregunta por un pequeño hotel cercano. Quería estar tranquilo y ver los alrededores durante unos días. Le llevé a un lugar... de un amigo mío... La siguiente vez... en la City^[4]... ¡Hola! Eres muy amable... toma una copa. Habla mucho de sí mismo. Ha estado durante años en los Estados Unidos. Toda clase de negocios en todas partes. También con gente dedicada a los linimentos^[5]. Viaja. Escribe anuncios y todo eso. Me cuenta historias divertidas. Es un tipo alto y desgarbado. Pelo negro y de punta como un cepillo, cara alargada, brazos largos, brillo en sus anteojos, jovial forma de hablar... con voz grave. ¿Me sigue?».

Asentí, pero no me estaba mirando.

—Nunca me había reído tanto en mi vida. El miserable... te hacía reír contándote cómo despellejaba a su propio padre. Era capaz hasta de eso. Un hombre que ha estado en el negocio de los linimentos será capaz de cualquier cosa, desde el juego de la moneda^[6] hasta el asesinato premeditado. Y eso es una verdad un poco dura para uno. No importa lo que hagan... piensan que pueden meterse en cualquier lío y salir airosos de ello... consideran tonto al mundo entero. Hombre de negocios, Cloete también. Llegó con unos cientos de libras. Buscando algo que hacer... de un modo tranquilo. Nada como la patria después de todo, dijo... Y así nos separamos... yo con más copas en el cuerpo de las que estaba acostumbrado. Pasado un tiempo, más o menos seis meses, me topé de nuevo con él en la oficina del señor George Dunbar. Sí, esa oficina. No era frecuente que yo... Sin embargo, había un asunto relacionado con un cargamento suyo en un barco del muelle sobre lo que quería preguntar al señor George. En ésas aparece Cloete saliendo de la habitación del fondo con papeles en la mano. Socio. ¿Entiende?

—¡Ajá! —dije—. Los cientos de libras.

—Y esa lengua suya —gruñó—. No olvide esa lengua. Algunos de sus cuentos debieron de abrirle un poco los ojos a George Dunbar sobre lo que significan los negocios.

—Un tipo convincente —sugerí.

—¡Hum! Usted puede tomarlo como quiera... desde luego. Bueno. Socio. George Dunbar se pone su sombrero de copa y me dice que espere un momento... George siempre daba la impresión de ganar varios miles de libras al año... un pez gordo de ciudad... ¡Vamos, viejo! Y él y el capitán Harry salen juntos... algún negocio con un abogado a la vuelta de la esquina. El capitán Harry, cuando estaba en Inglaterra, solía aparecer regularmente en la oficina de su hermano sobre las doce. Se sentaba en una esquina como un buen chico, leía el periódico y fumaba en pipa. De manera que salen... Hermanos ejemplares, dice Cloete... dos tortolitos... me ocupo de la fruta en conserva de este pequeño y cómodo asunto... Me da esa clase de conversación. Entonces, al poco: ¿Qué clase de vejistorio es ese *Sagamore*? El mejor barco de ahí

fuera... ¿eh? Me atrevería a decir que todos los barcos son excelentes para usted. Vive de ellos. Le diré una cosa, antes metería mi dinero en un calcetín viejo. ¡Mucho antes!

Tomó aliento y noté que su mano, apoyada relajadamente sobre la mesa, se cerraba lentamente en un puño. En ese hombre inamovible el gesto era algo sorprendente, amenazador.

—De manera que, ya en esa época... fíjese... ya —gruñó.

—Pero espere —interrumpí—. Me han dicho que el *Sagamore* pertenecía a Mundy y Rogers.

Resopló con desprecio. «Malditos barqueros... ignorantes. Izó la bandera de la compañía. Ése es otro asunto. Un favor. Fue así: cuando el viejo Dunbar murió, el capitán Harry estaba ya al mando de la compañía. George dejó el banco del que era empleado, se estableció por su cuenta con su parte de la herencia del viejo. George era un hombre listo. Comenzó en el almacenaje, después dos o tres cosas a la vez: pasta de madera, el negocio de fruta en conserva, y así sucesivamente. Y el capitán Harry le permitió disponer de su parte para sus inversiones... En mi barco tengo todo lo que necesito, dice... Pero, mira por donde, Mundy y Rogers comienzan a vender todos sus barcos a extranjeros... para entrar en el vapor acto seguido. El capitán Harry se disgusta mucho... pierde el mando, se separa del barco al que tenía cariño... una desgracia. Justo en ese momento, así ocurrió, los hermanos recibieron dinero... una anciana murió o algo así. Una cantidad considerable. Entonces el joven George dice: Entre los dos tenemos suficiente para comprar el *Sagamore*... Pero necesitarás más dinero para tus negocios, exclama el capitán Harry... y el otro se ríe de él: Mis negocios van bien. Venga, puedo ganar un buen dinero en lo que tú tardas en encenderte la pipa, amigo... Mundy y Rogers fueron comprensivos al respecto: Claro, capitán. Y, si quiere, nosotros nos ocuparemos de él en su lugar, como si aún fuera nuestro... Vaya, con un acuerdo como ése comprar ese barco era una buena inversión. ¡Buena! Claro, en aquel tiempo».

El ligero giro de su cabeza hacia mí llegados a este punto era como una muestra de una marcada sensibilidad en cualquier otro hombre.

—Tenga en cuenta que todo esto ocurrió mucho antes de que Cloete apareciese —murmuró en señal de advertencia.

—Sí. Lo tendré en cuenta —dije—. Generalmente decimos: pasaron algunos años. Es fácil.

Me observó durante un rato en silencio con la mirada perdida, como absorto pensando en los años en los que se las había arreglado tan bien; eran sus propios años también, los años anteriores y los (no tantos) posteriores a la entrada de Cloete en escena. Cuando habló de nuevo, percibí su intención de indicarme, en su estilo oscuro y gráfico, la influencia en George Dunbar de su larga vinculación con la moral relajada de Cloete, su groseramente persuasivo don humorístico (un tipo divertido) y su carácter impulsivamente temerario. Deseaba ansiosamente que yo elaborara esta

imagen, y le aseguré que estaba dentro de mis posibilidades. Deseaba, además, que comprendiera que el negocio de George tenía sus altibajos (mientras tanto el otro hermano navegaba plácidamente de un lugar a otro), que a veces atravesaba malas rachas, lo que le preocupaba mucho porque se había casado con una joven de gustos caros. En general, pasaba por un momento de apuros, y justo entonces Cloete tropezó en algún lugar de la ciudad con un hombre que estaba elaborando un linimento (el antiguo negocio del tipo) con gran éxito, pero que con capital, capital de alrededor de varios miles para invertir a manos llenas en publicidad, podría convertirse en algo grande... infinitamente más... rentable que una mina de oro. Cloete se emocionó con las posibilidades que ofrecía ese tipo de negocio, en el que era un experto. Comprendí que el socio de George ardía en deseos de aprovechar esta oportunidad única.

—De manera que todos los días sobre las once entra en la habitación de George, y sigue con la cantinela hasta que George hace rechinar sus dientes con ira. Cállate. ¿De qué sirve? No hay dinero. Apenas para seguir adelante, como para malgastar miles en publicidad. Nunca se atrevería a proponer a su hermano vender el barco. Ni siquiera podía pensar en ello. Le preocuparía muchísimo. Sería como el fin del mundo. ¡Y desde luego no por un negocio de ese tipo!... ¿Crees que sería una estafa?, pregunta Cloete, moviendo nerviosamente su boca... George admite: Sería un estúpido remilgado si creyera eso, después de todos estos años entre negocios.

»Cloete lo mira con dureza... Nunca pensé en vender el barco. No esperaba que a estas alturas el condenado vejestorio alcanzase la mitad del valor por el que está asegurado. Entonces George responde airado. ¿Qué significan entonces todas esas bromas ridículas sobre la propiedad del barco durante las últimas tres semanas? En cualquier caso, estoy harto.

»Estaba enfadado porque la boca se le hacía agua, ¿comprende? Cloete no se pone nervioso... Tampoco soy un estúpido remilgado, dice muy despacio. Tu viejo *Sagamore* no quiere que lo vendan. La maldita cosa que quiere es ser desguazado a golpes de tomahawk (parece que el nombre *Sagamore* se refiere a un jefe indio o algo así. El mascarón de proa era un salvaje medio desnudo con una pluma en una oreja y un hacha en el cinturón). Tomahawk, dice.

»¿Qué quieres decir?, pregunta George... Un naufragio... se podría conseguir de forma perfectamente segura, continúa Cloete... tu hermano podría poner después su parte del dinero del seguro. No hay necesidad de contarle exactamente para qué. Te considera el hombre de negocios más listo que haya existido jamás. También hará su fortuna... George en su ira agarra el escritorio con las dos manos... ¿Piensas que mi hermano es un hombre que hundiría su barco a propósito? Yo ni siquiera me atrevería a pensar en tal cosa estando en la misma habitación que él... el tipo más extraordinario que jamás existió... No hagas tanto ruido, te escucharán fuera, dice Cloete; y le dice que su hermano es un modelo de virtud, pero todo lo necesario es convencerle de quedarse en tierra para hacer un viaje... de vacaciones... tomar un descanso... ¿por qué no?... De hecho, tengo a alguien pensado para ese tipo de

trabajo... susurra Cloete.

»George casi se atraganta... De manera que piensas que soy de esa clase... Me crees capaz... ¿Por quién me tomas?... Casi pierde la cabeza, mientras Cloete mantiene la calma, únicamente palidece su papada... Te tomo por un hombre que estará arruinado dentro de poco... Se dirige a la puerta y envía a los oficinistas... sólo había dos... a que se tomen su pausa para comer. Vuelve... ¿De qué te indignas? ¿Te pido que robes a una viuda o a un huérfano? ¡Venga, hombre! Lloyd es una empresa, no tiene un cuerpo que se muera de hambre. Quizá haya cuarenta personas o más que suscribieron el seguro de tu estúpido barco. Ni un solo ser humano pasaría hambre o frío por ello. Consideran todos los riesgos. Todo, te lo aseguro... Ese tipo de charla. ¡Hum! George está demasiado disgustado para hablar... sólo gruñe y mueve los brazos; así de repente, ¿sabes? El otro, calentándose la espalda con el fuego, prosigue. El negocio de la pasta de madera está a punto de quebrar. El comercio de fruta en conserva está casi acabado... Estás asustado, dice; pero la ley sólo asusta a los tontos... Y muestra lo seguro que sería deshacerse de ese barco. El seguro se ha pagado durante tantos, tantos años. No despertaría ni sombra de sospecha. Y, ¡qué narices!, un barco debe llegar a su fin algún día.

»No estoy asustado. Estoy indignado, dice George Dunbar.

»A Cloete le hierve la sangre. La oportunidad de una vida... ¡su oportunidad! Dice amablemente: Tu esposa se indignará mucho más cuando le digas que tenéis que dejar vuestra bonita casa y apilaros en dos habitaciones... quizá también con niños...

»George no tenía hijos. Casado hacía un par de años, esperaba con ansia la llegada de un niño o dos. Se siente más decaído que nunca. Habla acerca de un hombre honrado como padre, y demás. Cloete sonrío abiertamente: Actúa rápido antes de que lleguen, y tendrán a un hombre rico por padre, nadie se enterará. Eso es lo bueno del asunto.

»George casi se echa a llorar. Creo que lo hizo alguna vez. Esto continuó durante semanas. No podía discutir con Cloete, no podía cancelar su deuda de unos cientos, y además estaba acostumbrado a tenerle alrededor. Tipo débil, George. Cloete también era generoso... No pienses en mi dinero, dice. Por supuesto estará perdido cuando tengamos que cerrar. Pero no me importa, dice... Y además estaba la nueva esposa de George. Cuando Cloete cena allí el tipo se pone un traje elegante, a la mujercita le gustaba eso... El señor Cloete, el socio de mi esposo, ¡un hombre tan listo, tan de mundo, tan divertido!... Cuando cena allí y están a solas: ¡Oh!, señor Cloete, ojalá George hiciera algo por aumentar nuestras perspectivas. Nuestra posición es realmente mediocre... Y Cloete sonrío, pero no se sorprende porque era él quien había metido esas ideas en su cabeza hueca... Lo que su marido necesita es negocio, un poco de audacia. Usted es la que más puede animarle, señora Dunbar... Ella era una tontita extravagante y estúpida. Había hecho que George cogiera una casa en Norwood. Vivían por encima de sus posibilidades. La vi una vez, llevaba un vestido de seda, bonitas botas, toda plumas y fragancia, rostro rosado. Parecía más el palacio

de la Alhambra que una casa decente. Pero algunas mujeres en verdad atrapan a los hombres.

—Sí, algunas sí —asentí—. Incluso cuando el hombre es el marido.

—Mi mujer —se dirigió a mí de forma inesperada en un tono solemne, sorprendentemente hueco— podía manejarme a su antojo. No lo descubrí hasta que se fue. Sí. Pero era una mujer con sentido común, mientras que esa buena pieza debería haber estado haciendo la calle, y eso es todo lo que puedo decir... Usted debe hacerse su propia idea. Conocerá a alguna de éstas.

—Me hago a la idea —dije.

—¡Hum! —gruñó con dudas, luego, volviendo a su tono desdeñoso—: Más o menos un mes después el *Sagamore* vuelve a casa. Al principio todo es alegría... ¡Hola, George, chico! ¡Hola, Harry, amigo!... Pero con el tiempo el capitán Harry se da cuenta de que su brillante hermano no tiene buen aspecto. Y George empeora. No puede olvidarse de la idea de Cloete. Se le ha metido en la cabeza... No hay nada malo... está bastante bien... El capitán Harry está aún intranquilo. Los negocios van bien, ¿verdad? Muy bien. Mucho negocio. Buen negocio... Por supuesto el capitán Harry se lo cree con facilidad. Comienza a tomar el pelo a su hermano a su manera jovial acerca de ganar mucho dinero. A George se le pega la camisa a la espalda por el sudor y se siente muy enfadado con el capitán... El tonto, dice para sí. ¡Dinero a raudales, realmente! Y de repente piensa: ¿Por qué no?... Pues la idea de Cloete se ha apoderado de su mente.

»Pero al día siguiente se viene abajo y le dice a Cloete... Quizá sería mejor vender. ¿No podrías hablar con mi hermano? Y Cloete le explica por enésima vez por qué vender no serviría de ningún modo. ¡No! El *Sagamore* debe recibir un golpe de tomahawk... como lo diría él, tal vez para no herir los sentimientos de George. Pero cada vez que dice la palabra George se estremece... Tengo a mano un hombre adecuado para el trabajo que hará el encargo por quinientos, y encantado de hacerlo, dice Cloete... George cierra fuertemente los ojos al oírlo... pero a la vez piensa: ¡Tonterías! No puede existir tal hombre. Y en el caso de que existiera sería lo suficientemente seguro... quizá.

»Y Cloete siempre se divierte con ello. No podía hablar de nada sin que pareciera que había una broma genial por algún lado... Bueno, dice, sé que eres un ciudadano honrado, George. La moralidad es sobre todo miedo, y tú eres el hombre más miedoso con el que me he cruzado en mis viajes. Vaya, tienes miedo de hablar con tu hermano. Sientes temor de decirle nada cuando nos espera una gran fortuna... George se enciende ante esto: no, no tiene miedo, hablará, golpea en la mesa con el puño. Y Cloete le da palmaditas en la espalda... Nos haremos hombres ricos en breve, dice.

»Pero la primera vez que George intenta hablar con el capitán Harry se le cae el alma al suelo. El capitán Harry se ríe ante la idea de permanecer en tierra. No quiere unas vacaciones, no. Pero Jane piensa quedarse en Inglaterra en este viaje. Dar una vuelta y ver a algunos de los suyos. Jane era la esposa del capitán, una mujer

agradable de cara redonda. George lo deja en esa ocasión, pero Cloete no le permitirá descansar. Así que lo intenta otra vez, y el capitán frunce el ceño. Frunce el ceño porque está sorprendido. No puede entenderlo. No tiene idea de cómo vivir lejos de su *Sagamore*...

—¡Ah! —grité—. Ahora entiendo.

—No, no lo entiende —gruñó, fijando en mí de manera agobiante su oscura mirada desdeñosa.

—Le pido perdón —murmuré.

—¡Hum! Bien. El capitán Harry parece muy firme, y George se desmorona... Me ha descubierto, piensa... Por supuesto esto no era posible, pero George, en esa época, tenía miedo hasta de su propia sombra. También evita a Cloete. Hace entender a su socio que su hermano está planteándose quedarse en tierra, y demás. Cloete espera mordiéndose las uñas, ansioso. Cloete realmente había encontrado un hombre para el trabajo. Lo crea o no, le había encontrado en la misma pensión en la que él se alojaba... en algún lugar cerca de Tottenham Court Road. Se había fijado en el piso de abajo en un tipo... huésped y no huésped... que permanecía en la sombra... parte del decorado la mayoría de las veces; una especie de «hombre de la casa», un tipo furtivo. De ojos negros. Rostro blanco. La dueña de la casa... se autodenominaba viuda... muy orgullosa del señor Stafford; el señor Stafford esto, el señor Stafford aquello... En cualquier caso, una tarde Cloete se lo lleva a tomar algo. Cloete pasaba la mayor parte del tiempo en *pubs*. Aunque Cloete no era un borracho, lo hacía por socializarse, ahí le gustaba hablar con todo tipo de gente, mera costumbre, el estilo americano.

»Así que Cloete invita a ese tipo a salir más de una vez. Sin embargo, no es buena compañía. Tiene poca conversación. Se sienta en silencio y bebe lo que le dan, ojos siempre entornados, habla con timidez... He tenido mala suerte, dice. La verdad es que le echaron de una gran empresa de barcos de vapor por conducta inmoral, nada que afecte a sus credenciales, ya entiende, y se había librado fácilmente. Le gustaba, supongo. Cualquier cosa mejor que trabajar. Vivía de la viuda que regentaba esa pensión.

—Es casi increíble —me atreví a interrumpir—. ¿Quiere decir un hombre con un título de patrón?

—Sí, yo los llamo «canallas tartaneros» —gruñó desdeñosamente—. Sí. Se cuelgan de una correa de la parte trasera y gritan: «dos peniques el recorrido». Van bebidos. Pero este Stafford era de otra clase. El infierno está lleno de esos Staffords; Cloete se reía de él y entonces surgía un destello desagradable en el ojo medio cerrado del tipo. Pero Cloete era por lo general amable con él. Cloete era un tipo amable hasta con un perro sarnoso. En cualquier caso, solía pagar bebidas con ese propósito, y de vez en cuando le daba media corona... porque la viuda le daba poca calderilla al señor Stafford. Discutían en el sótano casi todos los días...

»El hecho de que el tipo fuera marinero era lo que había metido en la cabeza de

Cloete la idea de desprenderse del *Sagamore*. Le observa un poco, cree que aún hay suficiente crueldad en él para tentarle, y una tarde le dice... ¿Supongo que no te importaría hacerte a la mar de nuevo durante un tiempo?... El otro en ningún momento levanta la mirada, no merece la pena por el miserable sueldo que se obtiene... Bien, pero qué dirías al sueldo de un capitán durante un tiempo, y de un par de cientos adicionales si te comprometes a regresar sin el barco. Los accidentes ocurren, dice Cloete... ¡Oh! Claro, dice ese Stafford, y continúa dando sorbos a la bebida como si el asunto no le interesase.

»Cloete le presiona un poco, pero el otro comenta de forma insolente y lánguida: Verá, no hay futuro en algo así... ¿verdad?... ¡Oh!, no, dice Cloete, claro que no. No quiero decir que esto tenga ningún futuro... en lo que a usted respecta. Es un negocio “de una sola vez”. Bien, ¿cuánto cree que vale su futuro? Pregunta... El tipo más apático que nunca... casi dormido... Creo que el canalla era demasiado vago para que le importase. Hacer pequeñas trampas con las cartas, ganarse la vida engañando o intimidando a alguna que otra mujer era más su estilo. Cloete le dice en susurros algo horrible. Todo esto ocurre en el *pub* Horse Shoe, en Tottenham Court Road. Al final llegan al acuerdo, al segundo *whisky* de seis peniques, de quinientas libras el precio del tomahawk al *Sagamore*. Y Cloete espera a ver lo que George puede hacer.

»Pasan una o dos semanas. El otro tipo vaguea por la casa como si nada, y Cloete empieza a dudar de si realmente pretende realizar ese trabajo. Pero un día para a Cloete en la puerta, con la mirada baja: ¿Qué hay de ese empleo que quería darme?, pregunta... Verá, le había jugado una mala pasada peor de lo habitual a la mujer y esperaba en breve una discusión horrible, y que le echara, claro. Cloete estaba encantado. George le había engañado tanto que realmente pensaba que la cosa estaba resuelta. Y dice: Sí. Es hora de que le presente a mi amigo. Coja su sombrero e iremos ahora...

»Los dos entran en la oficina, y George sentado en su escritorio se levanta con un ataque de pánico... mirando fijamente. Ve un tipo más bien alto, un rostro entre atractivo y desagradable, ojos duros, medio cerrados; abrigo corto ramplón, sombrero hongo raído, muy cuidadoso... como en sus movimientos. Y piensa para sí: ¡Así es la apariencia de ese tipo de hombre! No, la cosa es imposible... Cloete hace las presentaciones, y el tipo se vuelve para mirar la silla antes de sentarse... Un hombre extremadamente competente, Cloete continúa... El hombre no dice nada, se sienta absolutamente tranquilo. Y George no puede hablar, tiene la garganta demasiado seca. Entonces hace un esfuerzo: ¡Hum! ¡Hum! Oh sí... desgraciadamente... lamento decepcionarle... mi hermano... hizo otros planes... va él mismo.

»El tipo se levanta, sin levantar los ojos del suelo ni una sola vez, como una chica recatada, y sale silenciosamente de la oficina sin hacer un ruido. Cloete apoya el mentón sobre su mano y se muerde todos los dedos a la vez. El corazón de George se tranquiliza y habla a Cloete... Esto no se puede hacer. ¿Cómo se podría? En el momento en que se perdiera el barco Harry lo sabría. Sabes que es del tipo de hombre

que iría a los aseguradores con sus sospechas. Y se desilusionaría conmigo. ¿Cómo le puedo hacer esa jugada? Sólo nos tenemos el uno al otro en el mundo...

»Cloete deja escapar una horrible blasfemia, salta de su asiento, se encierra en su habitación y George le oye lanzar cosas. Después de un rato se dirige a la puerta y dice con voz temblorosa: Me pides un imposible... Dentro, Cloete está preparado para lanzarse como un tigre y desgarrarle, pero abre la puerta un poco y dice suavemente: Hablando de corazones, el tuyo no es mayor que el de un ratón, permite que te diga... Pero a George no le importa... se ha quitado un peso de encima de todas formas. Y justo entonces el capitán Harry entra... Hola, George, muchacho. Llego un poco tarde. ¿Qué tal una chuleta en el Cheshire ahora?... Buena idea, hombre... Y van a comer juntos. Cloete no come nada ese día.

»Durante un tiempo George se siente un hombre nuevo, pero repentinamente ese Stafford empieza a merodear por la calle delante de la puerta de su casa. La primera vez que George le ve piensa que se ha equivocado. Pero no, la siguiente vez que ha de salir ahí está el tipo acechando al otro lado de la calle. Esto pone a George nervioso pero tiene que salir por negocios, y cuando el tipo cruza la calzada le esquiva. Le esquiva una, dos, tres veces, pero finalmente le pilla en su mismísima puerta de entrada... ¿Qué quiere?, pregunta tratando de parecer amenazante.

»Parece que las discusiones habían comenzado en el sótano de la pensión y la viuda la había tomado con él (loca de celos), hasta el punto de mencionar a la policía. ESO el señor Stafford no lo podía soportar, así que salió despavorido como un ciervo asustado, y allí estaba, tirado en las calles por así decirlo. Cloete tenía un aspecto tan feroz mientras iba y venía que no tenía el valor de abordarle, sin embargo George parecía a sus ojos un tipo más accesible. Habría estado contento con media libra, cualquier cosa... He sufrido desgracias, dijo suavemente a su manera comedida, que asustaba a George más de lo que lo habría hecho una discusión... Considere la gravedad de mi decepción, dice...

»George, en lugar de mandar al diablo, pierde la cabeza... No le conozco, ¿qué quiere? Grita y escapa escaleras arriba en busca de Cloete... Mira lo que ha resultado, jadea, ahora estamos a merced de ese horrible tipo... Cloete trata de explicarle que el tipo no puede hacer nada, pero George piensa que de algún modo podría surgir el escándalo. Dice que no puede vivir con ese temor persiguiéndolo. Cloete se reiría si no estuviera tan harto de todo. Entonces le sobreviene una idea y cambia el tono... ¡Bueno, quizá! Para empezar bajaré y le echaré... Vuelve... Se ha marchado. Pero tal vez tengas razón. El tipo está sin blanca y eso es lo que hace que la gente esté desesperada. Lo mejor sería sacarle del país durante un tiempo. Escúchame bien, el pobre diablo necesita realmente un empleo. No te pediré mucho esta vez: sólo que cierres la boca, y yo intentaré que tu hermano le lleve como primer oficial. Ante esto George apoya los brazos y la cabeza sobre el escritorio para que Cloete sienta pena por él. Pero sin embargo Cloete se siente más animado porque ha metido un poco el temor en el cuerpo de ese Stafford. Esa misma tarde le compra un traje azul y le dice

que a partir de ahora tendrá que cambiar y trabajar para ganarse la vida. Echarse a la mar como oficial del *Sagamore*. El canalla no tenía muchas ganas, pero no teniendo qué comer ni lugar donde dormir, y habiéndole asustado la mujer con sus palabras sobre juicios o cosas así en realidad no tenía opción. Cloete se ocupa de él durante un par de días... Nuestro acuerdo aún está en pie, dice. Tenemos el barco con destino a Port Elizabeth, que no es un fondeadero seguro en absoluto. Si por casualidad leva anclas durante un vendaval del noreste y se pierde en la playa, como les sucede a muchos, en fin, tendrá quinientos en su bolsillo... y un rápido regreso a casa. Está dispuesto a hacerlo, ¿verdad?

»Nuestro señor Stafford lo acepta todo con la mirada baja... Soy un marinero competente, dice, con su aire modesto y astuto. Sin duda un primer oficial tiene muchas oportunidades de manipular las cadenas y anclas para algo... Ante esto Cloete le palmea la espalda: Lo hará, mi noble marinero. Vaya y gane...

»La siguiente noticia que tiene George es que su hermano le cuenta que ha tenido ocasión de hacerle un favor a su socio. Y está muy contento, además. Le gusta mucho su socio. Contrató a un amigo suyo como oficial. El hombre tiene sus problemas, parece que ha pasado un año en tierra cuidando de su mujer moribunda. Una mala racha... George argumenta con insistencia que no sabe nada de la persona. Le ha visto una vez. Nada interesante... Pero el capitán Harry dice a su manera cordial: Es así, pero hay que darle al pobre diablo una oportunidad...

»De manera que el señor Stafford se une a la tripulación en el puerto. Y parece que consiguió manipular uno de los cables... teniendo en mente Port Elizabeth. Los aparejadores tenían todo el cable en cubierta para limpiar los armarios. El nuevo oficial los observa cuando bajan a tierra... hora de la cena... y manda al vigilante salir del barco para que le traiga una botella de cerveza. Entonces se pone a trabajar limando el tope delantero del perno del grillete de cuarenta y cinco brazas, le da un golpe o dos con un martillo para que se afloje, y por supuesto ese cable ya no era seguro. Los aparejadores vuelven... ya sabe cómo son los aparejadores: les da igual todo. La cadena se almacena en el armario sin que el capataz compruebe en absoluto los pernos. ¿A él qué le importa? Él no va a ir en el barco. Y dos días después el barco zarpa...».

Llegados a este punto fui suficientemente incauto para soltar otro «Ya veo» que le ofendió de nuevo, y me devolvió un grosero «No, usted no lo ve», como el de antes. Pero en la pausa se acordó del vaso de cerveza que tenía junto a su codo. Bebió la mitad, se limpió el bigote, y comentó con determinación:

—No crea que hay algo de vida marina en esto, porque no la hay. Si va a añadir usted algo de su propia cosecha, ahora es su oportunidad. Supongo que sabrá cómo son diez días enteros de mal tiempo en el Canal, yo no. De todos modos, transcurren diez días enteros. Un lunes Cloete llega a la oficina un poco tarde... oye una voz de mujer en el despacho de George y mira adentro. Hay periódicos en el escritorio, en el suelo; la esposa del capitán Harry está sentada con los ojos rojos y un bolso en una

silla a su lado... Mira esto, dice George con gran nerviosismo mostrándole un periódico. El corazón de Cloete da un vuelco. ¡Ajá! Naufragio en la bahía de Westport. El *Sagamore* encallado en las primeras horas del domingo, por tanto los periodistas tuvieron tiempo de entregar parte de su trabajo. Varias columnas. El bote salvavidas sale dos veces. El capitán y la tripulación permanecen junto al barco. Se avisa a los remolcadores para que ayuden. Si el tiempo mejora, este magnífico y conocido barco puede ser salvado... Ya sabe cómo lo ponen estos tipos... La señora de Harry va de camino para coger un tren en la calle Cannon. Tiene una hora de espera.

»Cloete lleva a George aparte y susurra: ¡El barco todavía puede salvarse! ¡Oh, maldita sea! Eso nunca debe ocurrir, ¿me oyes? Pero George lo mira aturdido, y la señora Harry continúa llorando en silencio: ... Debería haber estado con él. Pero voy a ir con él... Vamos a ir todos juntos, grita Cloete de repente. Sale corriendo, envía a la mujer una taza de bovril^[7] caliente de la tienda al otro lado de la calle, le compra una manta de viaje, piensa en todo; ya en el tren la arropa y conversa todo el camino, sin parar, para mantenerla animada por así decirlo, pero en realidad porque él tampoco está muy tranquilo. La cosa ya está hecha, y sin problemas. Hecho. Realmente hecho. Su cabeza da vueltas cada vez que piensa en ello. ¡Qué gran suerte! Casi le asusta. Le gustaría gritar y cantar. Mientras tanto George Dunbar está sentado en su rincón, tiene un aspecto tan terriblemente desolado que al final la pobre señora de Harry intenta darle ánimos, y de paso animarse ella misma contándole que su Harry es un hombre prudente, incapaz de arriesgar la vida de su tripulación o la suya propia innecesariamente... y todo eso.

»Lo primero que oyen en la estación de Westport es que el bote salvavidas ha salido hacia el barco de nuevo y ha traído al segundo oficial, que estaba herido, y a unos pocos marineros. El capitán y el resto de la tripulación, unos quince en total, están todavía a bordo. Se espera que los remolcadores lleguen en cualquier momento.

»Llevan a la señora de Harry a la posada, casi frente a las rocas; se precipita escaleras arriba para mirar por la ventana y deja escapar un gran grito cuando ve el naufragio. No descansará hasta estar a bordo con su Harry. Cloete la tranquiliza todo lo que puede... De acuerdo, trate de comer un bocado y nosotros iremos a hacer averiguaciones.

»Saca a George de la habitación: Mira, ella no puede ir a bordo pero yo sí. Me ocuparé de que él no se quede en el barco demasiado tiempo. Vamos a buscar al timonel del bote salvavidas... George le sigue, estremeciéndose de vez en cuando. Las olas bañan el viejo embarcadero, no hace mucho viento, hay un cielo salvaje, oscuro, sobre la bahía. En el horizonte sólo se ve salir un remolcador dirigiéndose hacia el mar, aparece y desaparece de la vista cada minuto tan regular como el mecanismo de un reloj.

»Encuentran al timonel y les dice: ¡Sí! Va a salir de nuevo. No, no hay peligro a bordo... de momento. Pero las posibilidades del barco son escasas. Si el viento no

sopla otra vez y el mar se calma, todavía se puede intentar algo. Después de hablar un rato accede a llevar a Cloete a bordo, se supone que tiene un mensaje urgente de los dueños para el capitán.

»Cada vez que Cloete mira el cielo se siente reconfortado, parece tan amenazador. George Dunbar le sigue con el rostro pálido y sin decir nada. Cloete lo lleva a tomar una copa o dos, y poco a poco se empieza a recuperar... Eso está mejor, dice Cloete, que me aspen si no era como andar con un muerto delante. Deberías estar loco de contento, hombre. Siento ganas de pararme en la calle y gritar. Tu hermano está a salvo, el barco está perdido, y nosotros somos hombres ricos.

»¿Estás seguro de que está perdido?, pregunta George. Sería un golpe espantoso después de todas las preocupaciones que han pasado por mi mente desde la primera vez que me hablaste, si fuera a salvarse... y... y... toda esa tentación comenzara de nuevo... Porque no hemos tenido nada que ver con esto, ¿verdad?

»Por supuesto que no, dice Cloete. ¿No estaba a cargo tu propio hermano? Es providencial... ¡Oh! Grita George sorprendido... Bueno, aunque fuera el diablo, dice Cloete encantado. ¡No me importa! No tuviste más que ver con ello que un bebé que no ha nacido, tú, gran blandengue, tú... Cloete había llegado a un punto en el que casi quería a George Dunbar. Bueno. Sí. Fue así. No quiero decir que lo respetase. Sólo tenía cariño a su socio.

»Regresan al hotel, podrías decir que dando saltos de alegría, y encuentran a la esposa del capitán en la ventana abierta, con sus ojos puestos en el barco como si quisiera cruzar la bahía volando... Vamos a ver, señora Dunbar, grita Cloete, usted no puede ir pero yo iré. ¿Algún mensaje? No sea tímida. Llevaré cada palabra fielmente. Y si quisiera darme un beso para él también se lo llevaré, que me aspen si no lo hago.

»Hace reír a la señora de Harry con su cháchara... Oh, querido señor Cloete, usted es un hombre tranquilo y razonable. Hágame comportarse con sensatez. Es un poco obstinado, ¿sabe?, y además está tan encariñado con su barco. Dígale que estoy aquí... mirando... Confíe en mí, señora Dunbar. Cierre esa ventana, sea buena chica. Cogerá frío si no lo hace, y el capitán no estará contento cuando salga de ese naufragio y la encuentre tosiendo y estornudando de forma que no pueda decirle lo feliz que es usted. Y ahora, si puede conseguirme un poco de cinta para ajustarme bien las gafas a las orejas, me marcharé...

»Cómo consigue llegar a bordo no lo sé. Sube a bordo todo mojado, tembloroso, nervioso y sin aliento, consigue subir a bordo. El barco escorado, cubierto de espuma, pero no se mueve mucho, lo justo para ponerle a uno un poco nervioso. Los encuentra a todos apiñados en la camareta de proa, con sus brillantes impermeables, con cara de enfermos. El capitán Harry no puede creer lo que ve. ¡Qué! ¡Señor Cloete! ¿Qué está haciendo aquí, por el amor de dios?... Su esposa está allí en tierra, observando, dice Cloete entrecortadamente; y después de hablar un poco el capitán Harry piensa que es extraordinariamente valiente y amable por parte del socio de su hermano llegar hasta él de esa forma. El hombre está contento de tener a alguien con quien hablar... Es un

mal asunto, señor Cloete, dice. Y Cloete se alegra de escuchar eso. El capitán Harry piensa que ha hecho lo que ha podido, pero el cable se partió cuando trataba de anclarlo. Era una gran pena perder el barco. Bueno, tendría que enfrentarse a ello. Da un profundo suspiro de vez en cuando. Cloete casi lamenta haber subido a bordo, porque permanecer en ese naufragio le oprime el pecho todo el tiempo. Se agachan protegiéndose del viento bajo el bote de babor, un poco apartados de los hombres. El bote salvavidas se había alejado tras dejar a Cloete a bordo, pero iba a volver en la siguiente marea alta para sacar a la tripulación si no se podía intentar poner el barco a flote. Anochece, un día de invierno, cielo negro, el viento arrecia. El capitán Harry se sentía melancólico. Dios dispondrá. Si hay que abandonarlo en las rocas... en fin, se hará. Un hombre debería aceptar lo que Dios le envía manteniéndose firme... De repente su voz se quiebra y aprieta el brazo de Cloete: Es como si no pudiera abandonarlo, susurra. Cloete mira a su alrededor a los hombres apretujados como un rebaño de ovejas y piensa para sí mismo: No se quedarán... De repente el barco se levanta un poco y cae con un ruido sordo. La marea sube. Todo el mundo empieza a avistar el bote salvavidas. Algunos hombres lo distinguen a lo lejos y también dos remolcadores. Pero la tormenta ha comenzado de nuevo, y todo el mundo sabe que ningún remolcador se atreverá a acercarse al barco.

»Es el fin, dice el capitán Harry muy bajo... Cloete piensa que nunca había sentido tanto frío en toda su vida... Y siento como si no me importara seguir viviendo, murmura el capitán Harry... Su esposa está en tierra, observando, dice Cloete... Sí. Sí. Debe de ser horrible para ella ver el pobre viejo barco aquí tirado y acabado. Vaya, es nuestro hogar.

»Cloete piensa que mientras el *Sagamore* esté acabado no le importa, y únicamente desearía estar en otra parte. El más ligero movimiento del barco le corta la respiración como un golpe. Y se siente también excitado por el peligro. El capitán lo lleva aparte... El bote salvavidas no puede acercarse a nosotros durante más de una hora. Mire, Cloete, ya que está aquí, y es tan valiente... haga algo por mí... Le cuenta entonces que abajo en su camarote de popa en un cajón determinado hay un montón de papeles importantes y sesenta soberanos en una pequeña bolsa de lona. Le pide a Cloete que vaya y saque estas cosas. No ha bajado desde que el barco se golpeó, y le parece que si deja de mirarlo se romperá en pedazos. Y además los hombres... muchos asustados en este momento... si les deja solos intentarían, movidos por el pánico, lanzar uno de los botes del barco en alguna sacudida más fuerte... y entonces algunos de ellos se ahogarían... Hay dos o tres cajas de cerillas por las estanterías de mi camarote si quiere luz, dice el capitán Harry. Únicamente séquese las manos mojadas antes de empezar a buscarlas...

»A Cloete no le gusta la tarea, pero tampoco quiere parecer miedoso... así que va. Hay agua a raudales en la cubierta principal, chapotea en ella; además está oscureciendo. De repente, junto al mástil mayor, alguien le agarra del brazo. Stafford. No pensaba en absoluto en Stafford. El capitán Harry había dicho algo sobre que el

oficial no era muy capaz, pero no mucho. Al principio Cloete no lo reconoce con su impermeable. Ve una cara blanca con grandes ojos que lo miran fijamente... ¿Está satisfecho, señor Cloete?...

»A Cloete el gemido le hace reír y se lo quita de encima. Pero el tipo se abre paso tras él en la popa y le sigue abajo, al camarote del barco hundido. Y ahí están, los dos; apenas pueden verse el uno al otro... ¿No pretenderá hacerme creer que ha tenido algo que ver con esto?, dice Cloete...

»Ambos se estremecen, casi locos por los nervios de estar a bordo de ese barco. Se golpea y da sacudidas, y ellos se tambalean juntos, sintiéndose enfermos. Cloete de nuevo estalla en carcajadas ante esa criatura deplorable que finge tener algo que ver con tal locura... ¿Es así como cree que puede tratarme ahora? Grita el otro hombre de repente...

»Una ola golpea la popa, el barco tiembla y gime todo a su alrededor, el ruido del mar alrededor y por encima de sus cabezas, aturdiendo a Cloete, y oye al otro gritando como un loco... ¡Ah, no me cree! Vaya y mire la cadena de babor. ¿Rota? ¿Eh? Vaya y vea si está rota. Vaya y encuentre el eslabón roto. No puede. No hay eslabón roto. Eso quiere decir mil libras para mí. No menos. Mil el día después de que alcancemos tierra... puntual. No esperaré hasta que se haga pedazos del todo, señor Cloete. Voy a los aseguradores aunque tenga que ir andando descalzo a Londres. ¡El cable de babor! Miren su cable de babor, les diré. Yo lo manipulé... para los dueños... incitado por un bribón llamado Cloete.

»Cloete no entiende exactamente qué quiere decir. Todo lo que sabe es que el tipo pretende hacer daño. Ve problemas a la vista... ¿Cree que puede asustarme?, pregunta, ...usted, pobre y miserable canalla... Y Stafford se le encara... los dos agarrados a la mesa del camarote: No, maldita sea, usted es sólo un sucio vagabundo, pero puedo asustar al otro, al tipo del abrigo negro...

»Refiriéndose a George Dunbar. Al pensarlo la cabeza le da vueltas a Cloete. No imagina que el tipo pueda causar ningún daño real, pero sabe cómo es George; descubrirlo todo, estropear todo el negocio en el que él tenía puestas sus esperanzas. No dice nada, oye al otro, que con el miedo, la tensión, la excitación jadea como un perro... y luego un ladrido... Mil en mano, veinticuatro horas después de llegar a tierra, pasado mañana. Ésa es mi última palabra, señor Cloete... Mil libras pasado mañana, dice Cloete. Oh, sí. Y hoy toma esto, tú, sucio canalla... Le lanza un directo con ira ciega, sólo eso. Stafford se aleja girando por el mamparo. Viendo esto Cloete avanza y le asesta otro en algún lado cerca de la mandíbula. El tipo se tambalea hacia atrás justo dentro del camarote del capitán, a través de la puerta abierta. Cloete, siguiéndole, le oye caer pesadamente y rodar a sotavento, entonces cierra de un golpe la puerta y echa la llave... ¡Ya está!, dice para sí mismo, eso evitará que causes problemas.

—¡Por Júpiter! —murmuré.

El viejo salió de su impresionante inmovilidad para volver la cabeza

elegantemente cubierta y mirarme con sus ojos viejos, negros, sin brillo.

—Lo abandonó allí —afirmó seriamente volviendo a la contemplación del muro—. Cloete no iba a permitir que nadie, y menos un sujeto como Stafford, se interpusiera en su gran propósito de convertir a George y a él mimo, y al capitán Harry de paso también, en hombres ricos. Y no pensaba mucho en las consecuencias. A estos tipos de los linimentos no les importa lo que dicen o hacen. Piensan que el mundo se va a tragar cualquier historia que cuenten... Permanece un momento escuchando. Y se sobresalta bastante al oír un golpe en la puerta y una especie de grito delirante amortiguado desde el camarote del capitán. Cree oír también su propio nombre a través del horrible estrépito, cuando el viejo *Sagamore* sube y baja con el oleaje. Ese ruido y ese horrible estrépito le hacen salir del camarote. Recupera la calma en la popa. Pero su ánimo decae un poco ante la salvaje oscuridad de la noche. Hay posibilidades de que él mismo se ahogue en poco tiempo. Pone la cabeza debajo de la escalera. A través del viento y el oleaje puede escuchar el ruido del golpear de Stafford contra la puerta y sus maldiciones. Escucha y dice para sí: No. No puedo confiar en él ahora...

»Cuando regresa al castillo de cubierta le dice al capitán Harry, que le pregunta si consiguió las cosas, que lo siente mucho. Algo le pasaba a la puerta. No podía abrirla. Y a decir verdad, explica, no quería detenerme más en ese camarote. Allí hay ruidos como si el barco se fuera a romper en pedazos... El capitán Harry piensa: Son nervios, no le pasa nada a la puerta. Pero dice: Gracias... no importa, no importa... Todos los brazos están pendientes ahora del bote salvavidas. Todo el mundo más bien pensando en sí mismo. Cloete se pregunta, ¿lo echarán de menos? Pero la verdad es que el señor Stafford se había mostrado tan pobre en alta mar que desde que el barco encalló nadie volvió a prestarle ninguna atención. A nadie le importaba lo que hacía o dónde estaba. Oscuro como la boca del lobo... no hay recuento de personas. Se ve la luz del remolcador arrastrando el bote salvavidas rumbo al barco, y el capitán Harry pregunta: ¿Estamos todos ahí?... Alguien contesta: Todos aquí, señor... Entonces preparados para abandonar el barco, dice el capitán Harry, y dos de vosotros ayudad al caballero a bajar primero... Sí, sí, señor... Cloete se sintió movido a pedir al capitán Harry que le permitiera quedarse el último, pero el bote salvavidas lanza un rezón por delante del aparejo delantero, dos tipos le sujetan, ven la oportunidad, y le dejan caer dentro, a salvo.

»Está casi exhausto, no está acostumbrado a ese tipo de cosas, ¿entiende? Se sienta en las tablas de popa con los ojos cerrados. No quiere mirar el mar agitado a su alrededor. Los hombres caen al bote uno tras otro. Entonces oye la voz del capitán Harry gritando contra el viento al timonel que espere un momento, y algo más que no puede entender, y al timonel respondiendo a gritos: No tarde mucho, señor... ¿Qué pasa?, pregunta Cloete sintiéndose desmayar... Algo sobre los documentos del barco, dice el timonel muy nervioso. Como comprenderá no era el momento de quedarse esperando junto al barco. Alejan el bote un poco y esperan. El agua salta por encima

a capas. A Cloete casi le abandonan los sentidos. No piensa en nada. Está totalmente paralizado, hasta que hay un grito: ¡Aquí está!... Ven una figura en el aparejo delantero esperando... sueltan la cuerda del rezón y lo meten en el bote con bastante facilidad. Hay un pequeño grito... todo se entremezcla con el ruido del mar. Cloete se imagina la voz de Stafford hablando sin parar muy cerca de su oído. El viento se calma, y la voz de Stafford parece estar hablando muy rápido al timonel; le dice que por supuesto estuvo cerca de su capitán, estuvo todo el tiempo cerca de él, hasta que el viejo en el último momento dijo que tenía que ir a popa y coger los documentos del barco, insistía en ir él mismo, le dijo a Stafford que subiera al bote salvavidas... Había querido esperar a su capitán, sólo que llegó esta calma del mar y pensó en aprovechar su oportunidad de inmediato.

»Cloete abre los ojos. Sí. Ahí está Stafford sentado cerca de él en el atestado bote salvavidas. El timonel se inclina sobre Cloete y grita: ¿Ha escuchado lo que el oficial ha dicho, señor?... Siente el rostro como si estuviera lleno de yeso, labios y todo. Sí, lo escuché, se fuerza a contestar. El timonel aguarda un momento, entonces dice: No me gusta... Y se vuelve hacia el oficial, diciéndole que era una lástima que no hubiese intentado correr por cubierta y meter prisa al capitán cuando llegó la calma. Stafford responde enseguida que pensó en eso, sólo que había tenido miedo de perderlo en cubierta con la oscuridad. Porque, dice él, el capitán podría haber regresado inmediatamente, pensando que yo ya estaba en el bote salvavidas, y ustedes se habrían marchado quizá, dejándome abandonado... Es cierto, dice el timonel. Pasa un minuto más o menos. Esto no marcha bien, murmura el timonel. De pronto Stafford habla con una especie de voz hueca: Estaba a su lado cuando le dijo al señor Cloete aquí presente que no sabía si tendría el valor de abandonar su viejo barco, ¿no es cierto?... Y Cloete siente que le agarran el brazo discretamente en la oscuridad... ¿No es cierto? Estábamos juntos justo antes de que usted abandonara el barco, ¿señor Cloete?...

»Justo entonces el timonel grita: Voy a bordo a ver... Cloete desprende su brazo: Voy con usted...

»Cuando llegan a bordo, el timonel le dice a Cloete que vaya a popa por un lado del barco, que él iría por el otro de tal forma que no perdieran al capitán... Y palpe con sus manos también, dice, podría haberse caído y yacer inconsciente en algún lugar de cubierta... Cuando finalmente Cloete llega a la escalera del camarote en popa el timonel ya está allí, asomándose y oliendo. Noto olor a humo ahí abajo, dice. Y grita: ¿Está usted ahí, señor?... No tiene sentido gritar, dice Cloete, sintiendo que el corazón se le hiela como si fuera... Se dirigen abajo. Oscuro como la boca del lobo, la inclinación es tan acusada que el timonel, abriéndose paso a tientas en la habitación del capitán, resbala y rueda hacia abajo. Cloete le oye gritar como si se hubiera herido, y pregunta qué ocurre. Y el timonel responde quedamente que ha caído sobre el capitán que yace ahí inconsciente. Cloete sin pronunciar palabra empieza a buscar a tientas por todas las estanterías una caja de cerillas, la encuentra y

enciende una. Ve al timonel con su chaleco salvavidas arrodillado sobre el capitán Harry... Sangre, dice el timonel, mirando hacia arriba, y la cerilla se apaga...

»Espere un poco, dice Cloete, haré velas de papel... Había notado lomos de libros en las estanterías. De manera que se pone a encender una vela de papel con otra mientras el timonel da la vuelta al pobre capitán Harry. Muerto, dice. Un tiro en el corazón. Aquí está el revólver... Se lo entrega a Cloete, que lo mira antes de metérselo en el bolsillo, y ve una placa en la culata donde pone H. Dunbar... Suyo, murmura... ¿El revólver de quién esperaba encontrar?, espeta el timonel. Y mire, se quitó el largo impermeable en el camarote antes de entrar. ¿Pero qué es este montón de papel quemado? ¿Para qué querría quemar los documentos del barco?

»Cloete lo ve todo, los pequeños cajones abiertos, y le pide al timonel que mire bien en su interior... No hay nada, dice el hombre. Limpios. Parece haber sacado todo lo que pudo agarrar y lo prendió fuego. Loco... eso es lo que pasó... se volvió loco. Y ahora está muerto. Se lo tendrá que comunicar a su esposa...

»Siento como si me estuviera volviendo loco yo mismo, dice Cloete de repente, y el timonel le ruega por amor de dios que se controle, y le saca a rastras del camarote. Tuvieron que abandonar el cuerpo, y aun así llegaron justo a tiempo antes de que un furioso vendaval comenzase. Cloete es arrastrado al bote salvavidas y el timonel rueda adentro. Soltad el rezón, grita, el capitán se ha pegado un tiro.

»Cloete parecía un muerto... no le importaba nada. Permitted que Stafford le pellizcara el brazo dos veces sin hacer un gesto. Casi todo Wesport estaba en el viejo embarcadero para ver a los hombres salir del bote salvavidas, y al principio hubo una especie de alboroto confuso y alegre cuando se aproximó, pero después de que el timonel gritara algo las voces se apagaron y todo el mundo está muy callado. Tan pronto como Cloete pone pie en algo firme vuelve a su ser. El timonel le estrecha la mano: Pobre mujer, pobre mujer, prefiero que sea usted el que tenga ese cometido que yo...

»¿Dónde está el oficial?, pregunta Cloete. Él es el último hombre que habló con el capitán... Alguien se marcha corriendo... estaban llevando a la tripulación a Misión Hall, donde un fuego y camas estaban preparados para ellos... alguien corrió por el embarcadero y alcanzó a Stafford... ¡Oiga! El representante del dueño lo busca... Cloete se coge del brazo del tipo y se aleja con él hacia la izquierda, donde está el puerto pesquero... Supongo que no le he malinterpretado. Desea que yo cuide de usted un poco, dice. El otro permanece a su lado sin fuerza, pero suelta una risita desagradable: Debería, murmura; pero recuerde, sin trucos, sin trucos, señor Cloete, ahora estamos en tierra.

»Hay una comisaría de policía a cincuenta yardas de aquí, dice Cloete. Se vuelve hacia una pequeña posada, empujando a Stafford a lo largo del pasillo. El propietario sale del mostrador... Éste es el primer oficial del barco embarrancado, explica Cloete, me gustaría que cuidara de él un poco esta noche... ¿Qué le pasa? Pregunta el hombre. Stafford está apoyado contra la pared del pasillo con un aspecto horrible. Y

Cloete dice no es nada... está afectado, por supuesto... Yo correré con los gastos, soy el representante del propietario. Volveré en una o dos horas a verlo.

»Y Cloete regresa al hotel. Las noticias ya habían llegado hasta allí, y lo primero que ve es a George fuera de la puerta tan blanco como una sábana esperándolo. Cloete simplemente le hace un gesto con la cabeza y entran. La señora Harry está de pie en lo alto de la escalera, y cuando ve que suben ellos dos solos se echa las manos sobre la cabeza y entra corriendo en su habitación. Nadie se había atrevido a contárselo, pero no ver a su marido fue suficiente. Cloete oye un alarido horrible... Ve con ella, le dice a George.

»Mientras permanece solo en el reservado Cloete bebe un vaso de *brandy* y piensa en todo el asunto. Luego entra George... La propietaria está con ella, dice. Y empieza a caminar de un lado a otro de la habitación, gesticulando con los brazos y hablando de forma inconexa, la cara con la expresión más dura que Cloete le ha visto jamás... Lo que debe ser, debe ser. Muerto... único hermano. En fin, muerto... se acabaron sus problemas. Pero nosotros estamos vivos, le dice a Cloete, y supongo, dice, clavándole una mirada ardiente y seca, que no olvidarás comunicar por la mañana a su amigo que llegamos seguro...

»Se refiere al individuo del linimento... La muerte es la muerte y los negocios son los negocios, prosigue George, y mira... mis manos están limpias, dice, enseñándoselas a Cloete. Cloete piensa: Se está volviendo loco. Le agarra por los hombros y empieza a sacudirle: Maldito seas... si hubieras tenido el buen juicio de saber qué decirle a tu hermano, si hubieras tenido el coraje de simplemente hablar con él, tú y tu moralidad, ahora estaría vivo, grita.

»Tras esto George lo mira fijamente, luego se echa a llorar con grandes sollozos. Se tira en el sofá, entierra la cara en un cojín y berrea como un crío... Eso está mejor, piensa Cloete, y le deja, diciéndole al propietario que debe salir porque tiene algunos pequeños asuntos que arreglar esa noche. La mujer del dueño, también llorando, le alcanza en las escaleras: Oh, señor, esa pobre mujer se va a volver loca...

»Cloete la evita pensando para sí mismo: ¡Oh, no! No lo hará. Lo superará. Nadie se volverá loco con este asunto salvo que yo lo haga. No es la pena lo que vuelve loca a la gente, sino la preocupación.

»Ahí Cloete se equivocaba. Lo que afectó a la señora Harry fue que su marido se hubiese quitado la vida con ella, por así decir, mirándolo. Le dio tantas vueltas que en menos de un año la tuvieron que internar en un sanatorio. Era muy muy tranquila, sólo fue una tierna melancolía. Vivió largo tiempo.

»Bueno, Cloete avanza chapoteando bajo el viento y la lluvia. Nadie en las calles... se había calmado el bullicio. El encargado sale corriendo a encontrarse con él en el pasillo y le dice: Por este lado no. No está en su habitación. No conseguimos meterle en la cama de ninguna manera. Está en el pequeño reservado de allí. Encendimos un fuego para él... Le ha dado de beber también, dice Cloete, nunca dije que correría con las bebidas. ¿Cuántas?... Dos, dice el otro. No pasa nada. No me

importa hacer eso por un marinero náufrago... Cloete muestra su sonrisa divertida: ¿Eh? Venga. Las pagó... El tabernero parpadea... ¿Te dio dinero, verdad? ¡Habla!... ¡Y qué!, grita el hombre. ¿Qué pretende de todas formas? Obtuvo el cambio justo por su soberano.

»Eso es, dice Cloete. Entra en el reservado y allí ve a nuestro Stafford; los pelos de punta, con la camisa y los pantalones del propietario, los pies desnudos en zapatillas, sentado junto al fuego. Cuando ve a Cloete baja la mirada.

»No esperaba que nos volviéramos a encontrar, señor Cloete, dice Stafford tímidamente... Este tipo, cuando tenía el alcohol que quería... no era un borracho... ganaba esa especie de aire astuto, modesto... Pero desde que el capitán se suicidó, dice, he estado aquí sentado pensando en todo ello. Todo tipo de cosas suceden. Conspiración para perder el barco... intento de asesinato... y este suicidio. Porque si no fuera suicidio, señor Cloete, entonces conozco a una víctima del más cruel intento de asesinato a sangre fría, alguien que ha sufrido mil muertes. Y eso hace de las mil libras de las que hablamos en una ocasión una suma bastante insignificante. Vea lo conveniente que es este suicidio...

»Levanta la mirada hacia Cloete entonces, que le sonrío y se acerca bastante a la mesa.

»Usted mató a Harry Dunbar, susurra... El tipo lo mira con odio y enseña los dientes: ¡Por supuesto que lo hice! Llevaba una hora y media en ese camarote como una rata en un cepo... Encerrado y abandonado para que me ahogase en ese naufragio. Dejé que actuaran mis instintos. ¡Por supuesto que le disparé! Pensé que era usted, sabandija asesina, que venía a acabar conmigo. Abre la puerta de golpe y tropieza sobre mí, tenía un revólver en la mano y le disparé. Estaba loco. Hay hombres que se han vuelto locos por menos.

»Cloete lo mira sin cambiar la expresión. ¡Ajá! Ésa es su historia, ¿verdad?... Y sacude la mesa ligeramente en su arrebató mientras habla apasionadamente... Ahora escuche la mía. ¿Qué conspiración es ésa? ¿Quién la va a probar? Usted estaba allí para robar. Estaba inspeccionando su camarote, le descubrió por sorpresa con las manos en los cajones y le disparó con su propio revólver. Mató para robar... ¡para robar! Su hermano y los empleados de la oficina saben que él se llevó sesenta libras al mar. Sesenta libras en oro en una bolsa de tela. Me dijo dónde estaban. El timonel del bote salvavidas puede jurar que todos los cajones estaban vacíos. Y es usted tan idiota que antes de pasar media hora en tierra se gasta un soberano para pagar una bebida. Escúcheme. Si no aparece pasado mañana en las oficinas de los abogados de George Dunbar para hacer la declaración pertinente en cuanto a la pérdida del barco, pondré a la policía tras su pista. Pasado mañana...

»¿Y después qué? Ese Stafford empieza a arrancarse el pelo. Simplemente. Tira de él con las dos manos sin decir nada. Cloete empuja la mesa, lo cual casi tira al otro de su silla, tropezando con el guardafuego, al que se tiene que agarrar para asegurarse...

»Sabe el tipo de hombre que soy, dice Cloete ferozmente. He llegado a un punto en el que no me importa lo que me pase. Le dispararía ahora mismo por dos peniques.

»Al oír esto el sarnoso se esconde bajo la mesa. Luego Cloete sale, y al dirigirse a la calle... ya sabe, pequeñas casitas de pescadores, todo oscuro, además lloviendo a raudales... el otro abre la ventana del reservado y habla en una especie de gemido:

—Maldito diablo yanki... Me las pagará algún día.

»Cloete pasa de largo con una amarga risa, porque piensa que el tipo ya ha conseguido que se las pague de alguna manera, con sólo enterarse.

Mi impresionante rufián se bebió lo que quedaba de su cerveza mientras sus ojos negros, hundidos, me miraban por encima del borde del vaso.

—No lo entiendo bien —dije—. ¿De qué manera?

Se incorporó un poco y explicó sin mucho desprecio que al morir el capitán Harry la mitad de su dinero del seguro fue a parar a su esposa, y sus albaceas por supuesto compraron bonos del estado con él. Lo suficiente para que ella no pasara penuria. La mitad de George Dunbar, como Cloete temió desde el principio, demostró no ser suficiente para lanzar el linimento con garantías. Otra gente de dinero entró, y estos dos tuvieron que abandonar el negocio prácticamente sin nada.

—Tengo curiosidad —dije— por saber cuál fue el origen de todo este trágico asunto... Quiero decir el linimento. ¿Lo sabe?

Dio el nombre, y silbé respetuosamente. Nada menos que las Pastillas Revitalizantes del Lumbago Parker. ¡Tremendo negocio! Las conoce, todo el mundo las conoce. Al menos uno de cada dos hombres en el mundo las ha probado.

—¡Vaya! —grité—, perdieron una inmensa fortuna.

—Sí —murmuró—, por el precio de un disparo de revólver.

Me contó también que con el tiempo Cloete había regresado a los Estados Unidos, como pasajero de un carguero en el Muelle Albert. La noche antes de partir se lo encontró deambulando por los muelles y le invitó a una copa en su casa. «Un tipo divertido Cloete. Estuvimos toda la noche sentados bebiendo grogs, hasta que se hizo la hora de subir a bordo».

Fue entonces cuando Cloete, sin amargura pero cansado, le contó esta historia, con la franqueza inconsciente de un tipo del negocio de linimentos carente de todo referente moral. Cloete finalizó puntualizando que «estaba harto del país». Además, George Dunbar se había vuelto contra él al final. Cloete estaba claramente algo desencantado.

Por lo que respecta a Stafford, murió, reconocido holgazán, en algún hospital del East End, y en sus últimos días solicitó «un sacerdote» porque su conciencia no le dejaba en paz por haber matado a un hombre inocente. «Quería que alguien le dijera que todo estaba bien —gruñó mi viejo rufián despectivamente—. Le dijo al sacerdote que yo conocía a ese Cloete que había intentado asesinarlo, y así el sacerdote (que trabajaba entre los obreros del muelle) habló una vez conmigo sobre ello. Ese tipo rastrero al encontrarse atrapado pidió clemencia... Prometió ser bueno y demás...

Después se volvió loco... gritaba y se tiraba, golpeaba su cabeza contra los mamparos... puede hacerse una idea de eso... ¿eh?... hasta que estuvo agotado. Paró. Se desmoronó, cerró los ojos y quiso rezar. Así lo dijo. Intentó pensar en una oración por una muerte rápida... tan aterrado estaba. Pensó que si tuviera un cuchillo o algo se cortaría el cuello y acabaría con el asunto. Luego pensó: ¡No! Intentaría cortar la madera de alrededor del cerrojo... No tenía un cuchillo en su bolsillo... lloraba y pedía a Dios que le enviase una herramienta de algún tipo, cuando de pronto pensó: ¡Hacha! En la mayoría de los barcos hay un hacha de repuesto de emergencia guardada en el camarote del primer oficial en alguna taquilla... Se pone en pie de un salto... Totalmente oscuro. Saca todos los cajones para encontrar cerillas y, buscándolas a tientas, la primera cosa que encuentra... el revólver del capitán Harry. Además cargado. Se queda totalmente quieto. Puede hacer saltar el cerrojo de un tiro. ¿Lo ve? ¡Salvado! ¡Divina providencia! Hay cajas de cerillas también. Y piensa: Ya que estoy voy a ver qué hay por aquí.

»Enciende una cerilla y ve la pequeña bolsa de tela guardada en el fondo del cajón. Supo lo que era desde el primer momento. La mete en su bolsillo rápidamente. ¡Ajá! Se dice: Esto requiere más luz. Así que tira un montón de papel al suelo y le prende fuego, y empieza a revolver deprisa en busca de más cosas de valor. ¿A quién se le ocurre? Le dijo a ese pastor del East End que el diablo le tentó. Primero la misericordia de Dios... luego la obra del Diablo. Por turnos.

»Cualquier desgraciado rastrero puede hablar así. Estaba tan ocupado con los cajones que lo primero que oyó fue un grito, cielo santo. Mira hacia arriba y la puerta estaba abierta (Cloete había dejado la llave puesta), y el capitán Harry allí sobre él, con aspecto fiero a la luz de los papeles ardiendo. Se le saltaban los ojos de las órbitas. Robando, le grita. ¡Un marino! ¡Un oficial! ¡No! Un despojo como tú no merece más que el que le dejen aquí para que se ahogue.

»El Stafford éste... en su lecho de muerte... le dijo al pastor que cuando oyó estas palabras se volvió loco de nuevo. Sacó rápidamente la mano con el revólver del cajón empuñado y disparó sin apuntar. El capitán Harry cayó adentro como una piedra encima de los papeles ardiendo, apagando la hoguera. Todo oscuro. Ni un sonido. Escuchó durante un momento, luego soltó el revólver y salió corriendo a cubierta como un loco.

El viejo golpeó la mesa con su enorme puño.

—Lo que me pone enfermo es escuchar a todos estos estúpidos barqueros decir a la gente que el capitán se suicidó. ¡Bah! El capitán Harry era un hombre que podía encarar a su Hacedor cuando fuera, allí arriba y también aquí abajo. No era el tipo de persona que le volviera la cara a la vida. ¡Él no! Era un buen hombre de los pies a la cabeza. Me dio mi primer trabajo como estibador sólo tres días después de que me casara.

Cómo librar al capitán Harry de la acusación de suicidio parecía ser su único fin, no le di las gracias demasiado efusivamente por su material. Y en cualquier caso

tampoco merecía demasiado las gracias.

Porque es demasiado alarmante incluso pensar que estas cosas puedan pasar en nuestro respetable Canal a la vista, por así decir, del lujoso tráfico continental a Suiza y Monte Carlo. Para que esta historia fuera creíble tendría que haber sido trasladada a algún lugar de los Mares del Sur. Pero habría costado mucho trabajo adaptarla para el consumo de los lectores de revistas. Así que aquí está en crudo, por así decir... tal como me la contaron a mí... pero desgraciadamente carente del impactante efecto del narrador; el más imponente viejo rufián que jamás siguiera la nada romántica carrera de estibador jefe en el puerto de Londres.

Octubre de 1910

LA POSADA DE LAS DOS BRUJAS, UN HALLAZGO

ESTE cuento, suceso, experiencia —llámenlo como quieran— lo narró, en la década de los cincuenta del pasado siglo, un hombre que, según propia confesión, tenía sesenta años por aquel entonces. Sesenta no es mala edad —salvo en la distancia, cuando la mayoría de nosotros la contemplamos sin duda con sentimientos confusos—. Es una edad tranquila, para entonces el juego prácticamente ha terminado y con la perspectiva se empieza a recordar con cierta viveza el buen tipo que uno solía ser. He observado que, gracias a la Providencia, la mayoría de la gente a los sesenta comienza a adoptar una imagen romántica de sí misma. Incluso sus errores exhalan un encanto de singular fuerza. Y de hecho las esperanzas de futuro son una extraordinaria compañía con la que vivir, formas intensas, fascinantes si quieren pero, por así decirlo, abiertas, difíciles de mantener. Los adornos del *glamour* son por fortuna propiedad del pasado inamovible que, sin ellos, parecería como algo estremecedor bajo las crecientes sombras.

Supongo que fue el romanticismo de la edad avanzada lo que impulsó a nuestro hombre a narrar su experiencia para satisfacción propia o admiración de sus descendientes. No pudo haber sido por su gloria, porque la experiencia fue simplemente de un miedo abominable —terror lo llama—. Como podrán deducir, el relato al que se alude en las primeras líneas se encontraba por escrito.

Este escrito constituye el Hallazgo mencionado en el subtítulo. El título es en sí mismo adaptación mía (no puedo llamarlo invención), y posee el mérito de la veracidad. Hablaremos aquí de una posada. Respecto a las brujas se trata de una expresión meramente convencional, y debemos aceptar la palabra de nuestro hombre de que se adapta al caso.

El Hallazgo se realizó en una caja de libros comprada en Londres, en una calle que ya no existe, procedente de una librería de segunda mano en el último estadio de decrepitud. Con respecto a los libros eran al menos de vigésima mano, y al inspeccionarlos resultaron no valer la pequeña suma de dinero que desembolsé. Pudo haber sido algún tipo de premonición lo que me hizo decir: «Pero me quedo también con la caja». El librero decrepito consintió con el gesto despreocupado y trágico de un hombre condenado ya a desaparecer.

Un conjunto de hojas sueltas al fondo de la caja despertaron ligeramente mi curiosidad. La escritura compacta, nítida, regular no resultaba atractiva a primera vista. Pero la declaración en algún lugar de que en el año del Señor de 1813 el

escritor tenía veintidós años atrajo mi atención. Veintidós es una edad interesante en la que uno es fácilmente audaz y fácilmente temeroso, al ser la capacidad de reflexión débil y el poder de imaginación fuerte.

En otro lugar la frase: «De noche pusimos rumbo a la costa de nuevo» captó mi lánguida atención, porque era una frase marítima. «Veamos de qué trata todo esto», pensé sin emoción.

¡Oh! Pero era un manuscrito de aspecto aburrido, cada línea se parecía a la anterior por su disposición apretada y regular. Era como el zumbido de una voz monótona. Un tratado sobre el refinado del azúcar (el tema más aburrido que se me ocurre) podría haber tenido una apariencia más animada. «En el año del Señor de 1813 tenía veintidós años», empieza de modo grave y continúa con estilo diligentemente tranquilo, espantoso. No imaginen, sin embargo, que hay algo anticuado en mi hallazgo. El ingenio diabólico de la invención, aunque tan antiguo como el mundo, no es en modo alguno un arte perdido. Fíjense en los teléfonos que hacen añicos la escasa paz interior que se nos ha dado en este mundo, o en las ametralladoras que se llevan la vida de nuestros cuerpos. Hoy en día cualquier vieja bruja legañosa con fuerza suficiente tan sólo para girar un insignificante pomo podría tumbar a cien jóvenes de veinte años en un abrir y cerrar de ojos.

¡Si esto no es progreso!... ¡Inmenso, por cierto! Hemos avanzado, de manera que ustedes pueden esperar encontrar aquí una cierta ingenuidad de ideas y sencillez de intención propios de esta época remota. Y por supuesto ningún turista motorizado debe esperar hallar ahora una posada semejante en ninguna parte. Ésta, la del título, se encontraba en España. Descubrí todo eso sólo por evidencias internas, pues bastantes páginas de la narración se habían perdido —tal vez no fuera una gran desgracia después de todo—. El escritor parecía haber entrado en la más elaborada descripción de los pormenores y motivos de su presencia en esa costa —presumiblemente la costa norte de España—. Sin embargo, su experiencia no tenía nada que ver con el mar. Por lo que puedo deducir, era un oficial a bordo de un chalupa de guerra. No hay nada extraño en ello. En todas las etapas de la larga campaña peninsular muchos de nuestros barcos de guerra de la más baja categoría navegaban por la costa norte de España, el puesto más arriesgado y desagradable que se pueda imaginar.

Parece como si su barco hubiera tenido una misión especial que cumplir. Una detallada explicación de todas las circunstancias era de esperar por parte de nuestro hombre pero, como he dicho, algunas de sus páginas (en buen papel resistente, además) se habían perdido: convertidas en etiquetas para tarros de mermelada o en protección para las escopetas de caza de su irreverente descendencia. Pero se ve claramente que la comunicación con la costa e incluso el envío de mensajeros a tierra formaban parte de su misión, bien para obtener información o para transmitir órdenes o consejo a los españoles patriotas, *guerilleros*^[8] o *juntas* secretas de la provincia. Algo de ese tipo. Todo esto sólo se puede deducir de los fragmentos conservados de

su concienzudo escrito.

A continuación nos encontramos con el panegírico de un marino excepcional, miembro de la compañía del barco, que tiene el cargo de timonel del capitán. Se le conocía a bordo como Cuba Tom, no porque fuera cubano en absoluto, de hecho era el más genuino exponente de marino británico de aquella época y un hombre de la marina de guerra durante años. Adquirió ese nombre por algunas aventuras maravillosas que tuvo en esa isla durante su juventud, aventuras que eran el tema favorito de las historias que solía contar de noche a sus compañeros de barco en el castillo de proa. Era inteligente, muy fuerte y de probada valentía. Incidentalmente se nos cuenta, así de exacto es nuestro narrador, que Tom tenía la más extraordinaria trenza, por su grosor y longitud, de todos los hombres de la marina. Este complemento, muy cuidado y enfundado en una piel de marsopa, le colgaba hasta la mitad de su ancha espalda para gran admiración de todo observador y gran envidia de algunos.

Nuestro joven oficial se extiende, con algo parecido al afecto, en las cualidades masculinas de Cuba Tom. Esta clase de relación entre oficial y subordinado no era entonces poco común. Un joven, al unirse al servicio, quedaba a cargo de un marino de confianza, que tendía su primera hamaca para él y con frecuencia, más tarde, se convertía en una especie de amigo humilde para el oficial subalterno. El narrador, al unirse al barco, había encontrado a este hombre a bordo después de algunos años de separación. Hay algo conmovedor en el cálido placer con que recuerda y deja constancia de este encuentro con el mentor profesional de su juventud.

Descubrimos entonces que, al no haber ningún español disponible para el servicio, este valioso marino con su trenza única y grandeza de carácter en valentía y firmeza había sido seleccionado como mensajero para una de esas misiones de tierra que se han mencionado. Sus preparativos no fueron laboriosos. Una oscura mañana de otoño el barco se acercó a una cala poco profunda donde se podía realizar un desembarco en esa costa rocosa. Se bajó un bote, y llegó con Tom Corbin (Cuba Tom) encaramado en proa, y nuestro joven (*Mr. Edgar Byrne* era su nombre en esta tierra que ya no le conoce) sentado en los bancos de popa.

Algunos habitantes de una aldea, cuyas casas grises de piedra podían verse a unas cien yardas en lo alto de un profundo desfiladero, habían bajado a la orilla y observaban la aproximación del bote. Los dos ingleses saltaron a tierra. Bien por torpeza o por estupor los campesinos no saludaron, y únicamente se retiraron en silencio.

Mr. Byrne había decidido acompañar a Tom Corbin durante un buen trecho. Miró los rostros de profunda sorpresa a su alrededor.

—No hay mucho que sacarles —dijo—. Subamos al pueblo. Seguro que habrá una taberna donde podamos encontrar a alguien más proclive a hablar y del que consigamos información.

—Sí, sí, señor —dijo Tom adaptando el paso al de su oficial—. Un poco de

conversación sobre rutas y distancias no puede hacer daño, crucé Cuba de parte a parte con ayuda de mi lengua aunque sabiendo menos español del que sé ahora. Como ellos dicen eran «cuatro palabras y nada más», aquella vez en que el *Blanche*, una fragata, me dejó en la costa.

Quitaba hierro a lo que le esperaba, que no era otra cosa más que un viaje de un día a las montañas. Era cierto que había un día completo de jornada antes de encontrar el sendero de la montaña, pero eso no era nada para un hombre que había atravesado con sus dos piernas la isla de Cuba y tan sólo cuatro palabras del idioma con las que empezar.

El oficial y el marinero andaban ahora sobre un lecho húmedo de hojas muertas, que los campesinos de por allí acumulaban en las calles de sus pueblos para que durante el invierno se descompusieran en estiércol para el campo. Al girar su cabeza *Mr. Byrne* se dio cuenta de que toda la población masculina de la aldea les estaba siguiendo en la silenciosa alfombra esponjosa. Las mujeres observaban con atención desde las puertas de sus casas y los niños aparentemente se habían escondido. El pueblo había visto el barco, de lejos, pero ningún extranjero había desembarcado en ese lugar quizá en cien años o más. El sombrero inclinado de *Mr. Byrne*, las patillas tupidas y la enorme trenza del marino les llenaban de mudo asombro. Se pegaron detrás de los dos ingleses mirándolos fijamente, como esos isleños que el capitán Cook descubrió en los Mares del Sur.

Fue entonces cuando *Byrne* atisbó por primera vez al hombrecito envuelto en una capa y con sombrero amarillo. A pesar de estar descolorido y sucio, esta protección para su cabeza le hacía destacar.

La entrada a la taberna era como una agujero tosco en un muro de pedernal. El propietario era la única persona que no estaba en la calle, pues salió de la oscuridad del fondo donde las formas hinchadas de pellejos de vino colgados de clavos se podían distinguir vagamente. Era un asturiano alto, tuerto, con mejillas ásperas, huecas; una expresión grave en su semblante contrastaba enigmáticamente con el movimiento incansable de su único ojo. Al saber que el asunto a tratar era enseñarle a ese marino inglés el camino de las montañas hasta un tal *Gonzales*, cerró su ojo bueno durante un momento como si meditase. Después lo abrió, de nuevo muy vivo.

—Es posible, es posible. Podría hacerse.

Un murmullo amistoso surgió en el grupo de la entrada al escuchar el nombre de *Gonzales*, el líder local contra los franceses. Preguntando por la seguridad del camino *Byrne* se alegró al saber que no se habían visto tropas de ese país en los alrededores durante meses. Ni siquiera el más pequeño destacamento de esos impíos *polizones*. Mientras daba estas respuestas el propietario de la taberna se ocupaba en echar algo de vino en una jarra de barro que colocó ante los herejes ingleses, metiendo en el bolsillo con serio desdén la pequeña moneda que el oficial arrojó sobre la mesa en reconocimiento de la ley no escrita según la cual nadie puede entrar a una taberna sin comprar bebida. Su ojo estaba en constante movimiento como si tratara de hacer el

trabajo de los dos, pero cuando Byrne preguntó acerca de la posibilidad de alquilar una mula se fijó de manera inamovible en dirección a la puerta que estaba completamente asediada por los curiosos. Enfrente de ellos, justo en el umbral, el pequeño hombre de la capa grande y el sombrero amarillo había tomado posiciones. Byrne le describe como una persona diminuta, un mero homúnculo, con una actitud ridículamente misteriosa, aunque enérgica, una esquina de su capa echada sobre su hombro izquierdo de forma galante, embozando la barbilla y la boca, mientras el sombrero amarillo de ala ancha pendía de un vértice de su cabecita cuadrada. Permaneció allí tomando rapé repetidas veces.

—Una mula —repitió el tabernero, sus ojos fijos en esa figura pintoresca y desagradable...—. ¡No, *senor* oficial! Decididamente no hay mulas en este pobre lugar.

El timonel, que permanecía a la espera con el aire de despreocupación de un auténtico marino en ambientes extraños, intervino con tranquilidad:

—Si su excelencia me permite, el poni de Shank es el mejor para este trabajo. De todos modos, tendré que dejar la bestia en algún lugar ya que el capitán me ha dicho que la mitad del camino será por senderos adecuados sólo para cabras.

El hombre diminuto dio un paso adelante, y hablando a través de los pliegues de la capa, lo cual parecía ocultar una intención sarcástica:

—Sí, *senor*. En este pueblo son demasiado honrados para que ninguno tenga una mula para servir a su señoría. Puedo dar testimonio de eso. En estos tiempos sólo los granujas o los hombres muy listos pueden conseguir tener mulas o cualquier otra bestia de cuatro patas, y los medios para mantenerlas. Pero lo que el valiente marino necesita es un guía, y aquí, *senor*, verá cómo mi cuñado, Bernardino, tabernero y *alcade* de este pueblo cristiano y hospitalario le encontrará uno.

Esto, dice *Mr.* Byrne en su narración, era lo único que se podía hacer. Un joven con abrigo andrajoso y pantalón bombacho de piel de cabra apareció tras algo más de conversación. El oficial inglés invitó a todo el pueblo, y mientras los campesinos bebían él y Cuba Tom partieron acompañados por el guía. El diminuto hombre de la capa había desaparecido.

Byrne salió del pueblo con el timonel. Quería acompañarle buena parte del camino, y habría ido una distancia mayor si el marino no hubiese sugerido respetuosamente la conveniencia de regresar para no dejar el barco más tiempo del necesario tan cerca de la costa en una mañana de aspecto tan poco prometedor. Un cielo oscuro, tormentoso, se cernía sobre sus cabezas cuando se separaron, y los alrededores de arbustos exuberantes y campos pedregosos eran sombríos.

—Dentro de cuatro días —fueron las últimas palabras de Byrne— el barco se acercará y enviará un bote a la orilla si el tiempo lo permite. De lo contrario tendrá que arreglárselas en la costa lo mejor que pueda hasta que vengamos a buscarle.

—De acuerdo, señor —respondió Tom, y caminó con paso largo. Byrne lo vio salir a un sendero estrecho. Con una guerrera gruesa, un par de pistolas en el

cinturón, un alfanje a un lado y una maza resistente en la mano parecía una figura vigorosa y perfectamente capaz de cuidar de sí mismo. Se volvió un momento para saludar con la mano, mostrándole a Byrne una vez más su honrado rostro bronceado de tupidas patillas. El muchacho de los pantalones bombachos de piel de cabra que parecía, dice Byrne, un fauno o un joven sátiro saltando delante se detuvo para esperarlo, y entonces se marchó de un salto. Ambos desaparecieron.

Byrne se dio la vuelta. La aldea estaba oculta en un pliegue del terreno, y el lugar parecía el rincón más solitario de la tierra y como si estuviera maldito en su inhabitada y desolada aridez. Antes de que hubiera caminado muchas yardas, apareció de repente de detrás de un arbusto el embozado y diminuto español. Naturalmente, Byrne se detuvo en seco.

El otro hizo un gesto misterioso con una mano minúscula asomando por debajo de su capa. Su sombrero pendía mucho de un lado de su cabeza. «*Senor* —dijo sin preliminares—. ¡Precaución! Es seguro que Bernardino el tuerto, mi cuñado, tiene en este momento una mula en su establo. ¿Y por qué él, que no es listo, tiene una mula allí? Porque es un granuja, un hombre sin conciencia. Porque tuve que cederle el *macho* para asegurarme un techo bajo el que dormir y un bocado de *olla* para mantener mi alma en este insignificante cuerpo mío. Sin embargo, *senor*, contiene un corazón mucho mayor que la cosa avara que late en el pecho de ese bruto pariente mío del que me avergüenzo, aunque me opuse a ese matrimonio con todas mis fuerzas. En fin, la engañada mujer sufrió suficiente. Tuvo su purgatorio en la tierra... que dios la tenga en su gloria».

Byrne dice que estaba tan sorprendido por la repentina aparición de ese ser parecido a un duende y por la amargura sardónica del discurso que fue incapaz de desenmarañar el hecho relevante de lo que parecía un fragmento de historia familiar dirigida a él sin ton ni son. No al principio. Estaba confundido y al mismo tiempo impresionado por la rápida y enérgica exposición, muy diferente de la insustancial locuacidad nerviosa de un italiano. Así que miró fijamente mientras el homúnculo, dejando que su capa cayera en torno a sí, aspiraba una inmensa cantidad de rapé del hueco de su palma.

—Una mula —exclamó Byrne entendiendo al fin el auténtico cariz del discurso—. ¿Dice que tiene una mula? ¡Es extraño! ¿Por qué se negó a dejármela?

El diminuto español se embozó de nuevo con gran dignidad.

—*Quien sabe* —dijo con frialdad, encogiendo sus hombros cubiertos—. Es un gran *político* en todo lo que hace. Pero de una cosa su señoría puede estar seguro..., que sus intenciones son siempre deshonestas. Este marido de mi *defunta* hermana debió de haber estado casado hace mucho tiempo con la viuda de las piernas de madera^[9].

—Ya veo. Pero recuerde que cualesquiera que sean sus motivos su señoría le consintió esta mentira.

Los brillantes ojos infelices a cada lado de una nariz predadora hicieron frente a

Byrne sin parpadear, aunque con esa impaciencia que tan a menudo acecha en el fondo de la dignidad española.

—Sin duda el *senor* oficial no perdería una onza de sangre si me apuñalaran bajo la última costilla —replicó—. ¿Pero qué pasa con este pobre pecador? —Entonces, cambiando el tono—. *Senor*, por las necesidades de los tiempos que corren vivo exiliado aquí, castellano y cristiano viejo, viviendo de modo miserable entre estos salvajes asturianos, y dependo del peor de todos ellos, que tiene menos conciencia y escrúpulos que un lobo. Y al ser yo un hombre inteligente me rijo conforme a ello, aunque apenas puedo contener mi desprecio. Ha oído usted el modo en que hablé. Un *caballero* de clase como la de su señoría podría haber adivinado que había gato encerrado.

—¿Qué gato? —dijo Byrne con inquietud—. Oh, ya veo. Algo sospechoso. No, *senor*. No supuse nada. En mi país no somos buenos adivinando ese tipo de cosas, y por tanto le pregunto claramente si ese tabernero ha dicho la verdad en otros pormenores.

—En efecto no hay franceses en los alrededores —dijo el pequeño hombre volviendo a su actitud indiferente.

—Ni ladrones..., ¿ladrones?

—*Ladrones en grande...* ¡no! Sin duda que no —fue la respuesta en un frío tono filosófico—. ¿Qué les queda por hacer después de los franceses? Y nadie viaja en estos tiempos. ¡Pero quién lo asegura! La oportunidad hace al ladrón. Incluso ese marino suyo tiene aspecto fiero, y con el hijo de un gato las ratas no juegan. Pero hay un dicho, además, que donde está la miel pronto habrá moscas.

Este discurso profético exasperó a Byrne. «Por el amor de dios —gritó—, dígame claramente si cree que mi hombre se encuentra razonablemente seguro en su viaje».

El homúnculo, experimentando uno de sus rápidos cambios, agarró el brazo del oficial. El apretón de su pequeña mano fue asombroso.

—¡*Senor!* Bernardino se ha fijado en él. ¿Qué más quiere? Y escuche..., desaparecieron hombres en este camino..., en un sitio determinado de este camino, cuando Bernardino regentaba un *meson*, una posada, y yo, su cuñado, tenía carruajes y mulas para alquilar. Ahora no hay viajeros, ni carruajes. Los franceses me han arruinado. Bernardino se ha refugiado aquí por razones personales después de que mi hermana muriera. Eran tres los que atormentaban su vida, él y Erminia y Lucilla, dos tías tuyas, todos aliados del diablo. Y ahora me ha robado mi última mula. Usted es un hombre armado. Reclámele el *macho* a punta de pistola, *senor*, le digo que no es suya, y cabalgue tras su hombre, que es tan valioso para usted. Y entonces los dos estarán seguros, pues no se tienen noticias de dos viajeros que hayan desaparecido juntos en aquellos días. En cuanto a la bestia, yo, su dueño, la confío a su excelencia.

Se miraron fijamente con dureza el uno al otro, y Byrne casi estalló en una carcajada ante la ingenuidad y transparencia del argumento del hombrecillo para

recuperar la posesión de su mula. Pero no tuvo dificultad en mantener el rostro sereno porque en lo más hondo sintió una extraña inclinación a realizar cosa tan extraordinaria. No se rió pero su labio tembló, ante lo que el diminuto español apartó sus negros ojos brillantes del rostro de Byrne, le volvió la espalda bruscamente con un gesto y un movimiento súbito de su capa que de alguna forma expresaba desprecio, amargura y desánimo todo a la vez. Se volvió de nuevo y permaneció quieto, su sombrero ladeado, embozado hasta las orejas. Pero no estaba ofendido hasta el punto de rechazar el *duro* de plata que Byrne le ofreció con un comentario banal como si nada extraordinario hubiera ocurrido entre ellos.

—Ahora debo darme prisa para volver a bordo —dijo Byrne a continuación.

—*Vaya usted con Dios* —murmuró el gnomo—. Y esta entrevista finalizó con una sarcástica reverencia del sombrero que fue restituido al mismo peligroso ángulo de antes.

Tan pronto como el bote fue subido a bordo las velas del barco se hincharon con la maniobra de alejamiento de la costa, y Byrne comunicó toda la historia a su capitán, que tenía tan sólo unos pocos años más que él. Había algo de cómica indignación en ella, pero mientras reían se miraron con gravedad el uno al otro. Un enano español tratando de engañar a un oficial de la armada de su majestad para robar por él una mula..., era demasiado divertido, demasiado ridículo, demasiado increíble. Ésas fueron las exclamaciones del capitán. No podía asimilar lo grotesco del asunto.

—Increíble. Eso es lo que es —murmuró finalmente Byrne en un tono significativo.

Intercambiaron una larga mirada. «Tan claro como el agua», afirmó con impaciencia el capitán, porque en su corazón no estaba seguro. Y Tom, el mejor marino del barco para uno de ellos, el afable amigo respetuoso de su juventud para el otro, iba ganando una poderosa fascinación, como una figura simbólica de lealtad apelando a sus sentimientos y su conciencia, de manera que no podían apartar sus pensamientos de su seguridad. Varias veces subieron a cubierta sólo para mirar a la costa, como si les pudiera decir algo de su destino. Se extendía lejos, prolongándose en la distancia, muda, desnuda y salvaje, velada de vez en cuando por las inclinada y fría cortina de lluvia. La marejada del oeste lanzaba sus interminables líneas encrespadas de espuma y grandes nubes oscuras se cernían sobre el barco en siniestra procesión.

—Desearía por dios que hubiera hecho lo que su pequeño amigo del sombrero amarillo quería que hiciera —dijo avanzada la tarde el capitán del barco con visible exasperación.

—¿De verdad, señor? —respondió Byrne, resentido de auténtica angustia—. Me pregunto lo que hubiese dicho después. ¡En fin! Podría haber sido expulsado a patadas del servicio por robar una mula a una nación aliada de Su Majestad. O podría haber recibido una paliza tremenda con mayales y horcas —una bonita historia que llevar a casa sobre uno de sus oficiales— mientras intentaba robar una mula. O haber

sido perseguido ignominiosamente hasta el bote..., pues usted no habría esperado que abatiese gente inocente a causa de una mula sarnosa... Y sin embargo —añadió en voz baja—, casi desearía haberlo hecho.

Antes de oscurecer esos dos jóvenes se habían provocado un estado psicológico tremendamente complejo de desdeñoso escepticismo y credulidad alarmante. Les atormentaba sobremanera, y la idea de que fuera a durar seis días al menos y posiblemente se prolongara más durante un tiempo indefinido no podía soportarse. Por tanto al anochecer se puso el barco rumbo a la orilla. Durante toda la noche oscura y ventosa el barco avanzó hacia tierra para buscar a su hombre, a veces escorándose con las rachas fuertes de viento, otras lanzándose perezoso en el oleaje, casi inmóvil, como si también tuviera mente propia que oscilara perpleja entre la fría razón y el templado impulso.

Entonces justo al amanecer se lanzó un bote y avanzó sacudido por las aguas hacia la cala poco profunda donde, con considerable dificultad, un oficial con abrigo grueso y sombrero redondo consiguió desembarcar en una zona de guijarros.

—Fue mi deseo —escribe *Mr. Byrne*—, un deseo que mi capitán aprobó, desembarcar en secreto si era posible. No quería ser visto ni por mi ofendido amigo del sombrero amarillo, cuyos motivos no estaban claros, ni por el tabernero tuerto, que podía o no ser aliado del diablo, ni por supuesto por ningún otro habitante de aquel pueblo primitivo. Pero, por desgracia, la cala era el único lugar posible para desembarcar en millas, y dado lo escarpado del desfiladero no podía dar un rodeo para evitar las casas.

—Afortunadamente —continúa—, todo el mundo estaba aún en sus camas. Apenas había luz del día cuando me encontré caminando sobre la gruesa capa de hojas húmedas que llenaba la única calle. Ni un alma se movía fuera, ningún perro ladraba. El silencio era profundo y había llegado a la conclusión algo asombrado de que aparentemente no había perros en la aldea, cuando escuché un gruñido grave, y de un maloliente callejón entre dos casuchas apareció un chucho infame con el rabo entre las patas. Se alejó sigilosamente mostrándome sus dientes mientras corría delante de mí y desapareció tan repentinamente que podría haber sido la sucia encarnación del Maligno. Había también algo tan extraño en la forma en la que llegó y desapareció que mi ánimo, ya en absoluto elevado, se abatió más por la repugnante visión de esta criatura, como si se tratase de un mal presagio.

Consiguió salir de la costa sin que lo viesan, que él supiera, luego avanzó vigorosamente hacia el oeste contra el viento y la lluvia, por una meseta árida y oscura, bajo un cielo ceniciento. A lo lejos, las rigurosas y desoladas montañas elevando sus cumbres despojadas y escarpadas parecían esperarlo amenazadoramente. La noche lo encontró muy cerca de ellas pero, en lenguaje marino, poco seguro de su posición, hambriento, húmedo y cansado por un día de continuo caminar por un terreno accidentado durante el cual había visto a muy poca gente y no había sido capaz de obtener la más mínima información sobre la ruta de

Tom Corbin. «¡Adelante! ¡Adelante! Debo seguir adelante», se había dicho a sí mismo durante las horas de esfuerzo solitario, estimulado más por la incertidumbre que por ninguna esperanza o temor concretos.

La débil luz del día se extinguió rápidamente, dejándole frente a un puente en ruinas. Descendió al desfiladero, vadeó un estrecho arroyo a la luz del último reflejo del agua veloz, y trepando al otro lado se encontró con la noche que cayó como una venda sobre sus ojos. El viento que barría en la oscuridad el costado de la *sierra* acuciaba sus oídos con un continuo ruido furioso como de mar enloquecido. Supuso que había perdido el camino. Incluso a la luz del día, con los surcos y charcos de barro y salientes de piedra, era difícil de distinguir del triste páramo baldío sembrado de cantos rodados y matas de arbustos desnudos. Pero, como él dice, «orientó su rumbo por el roce del viento», con el sombrero embutido hasta las cejas, la cabeza baja, parando de vez en cuando por mero agotamiento mental más que corporal..., como si no su fuerza sino su resolución fuera puesta a prueba por la tensión del esfuerzo, que sospechaba a medias que sería en vano, y por la agitación de sus sentimientos.

En una de esas pausas oyó transportado por el viento como si viniera desde muy lejos un sonido de golpes, de golpes sobre madera. Advirtió que el viento se había calmado de repente.

El corazón empezó a latirle alborotadamente porque en su interior transportaba la impresión de las soledades desiertas que había atravesado durante las últimas seis horas, la opresiva sensación de un mundo deshabitado. Cuando levantó la cabeza un rayo de luz, ilusorio como ocurre con frecuencia en la densa oscuridad, se movió ante sus ojos. Mientras miraba con detenimiento, se repitió el sonido de débil golpeteo, y de repente sintió más que vio la existencia de un gran obstáculo en la senda. ¿Qué era? ¿El espolón de una colina? ¡O era una casa! Sí. Era una casa muy cercana, como si hubiera surgido del suelo o hubiera ido deslizándose a su encuentro, muda y deslucida, desde algún oscuro escondrijo de la noche. Se erigía altiva. Se acercó a su refugio, otros tres pasos y podría tocar la pared con la mano. Era sin duda una *posada* y algún otro viajero estaba pidiendo permiso para entrar. Escuchó de nuevo el sonido de un golpear cauto.

Un momento después una ancha franja de luz cayó sobre la noche a través de la puerta abierta. Byrne dio pasos ávidos hacia ella, tras lo cual la persona de fuera se alejó corriendo en la noche con un grito sofocado. Se oyó también desde dentro una exclamación de sorpresa. Byrne, arrojándose contra la puerta medio cerrada, forzó su entrada contra una considerable resistencia.

Una mísera vela, una simple lamparilla ardía al final de una larga mesa de madera de pino. Y a su luz Byrne vio, tambaleándose aún, a la niña que él había alejado de la puerta. Tenía una falda corta y negra, un chal naranja, tez oscura..., y pelos sueltos de su melena, oscura y gruesa como un bosque y recogida con una peineta, formaban un velo negro en su estrecha frente. Un alarido penetrante, desolador de

«¡*Misericordia!*!» llegó a dos voces desde el extremo más alejado de la larga habitación, donde la luz del fuego de un hogar jugaba entre las sombras densas. La chica, recuperándose, tomó aire a través de sus dientes apretados.

Es innecesario narrar el largo proceso de preguntas y respuestas con las que calmó los temores de dos ancianas sentadas a cada lado del fuego, sobre el que había una gran olla de barro. Byrne pensó de inmediato en dos brujas vigilando la preparación de alguna pócima mortífera. Pero aun así, cuando una de ellas incorporando lastimeramente su cuerpo deteriorado levantó la tapa de la olla, el vapor que se escapaba tenía un olor apetitoso. La otra no se movió sino que permaneció encorvada, su cabeza temblando todo el tiempo.

Eran horribles. Había algo grotesco en su decrepitud. Sus bocas desdentadas, sus narices ganchudas, la delgadez de la activa, y las mejillas colgantes y amarillas de la otra (la quieta, cuya cabeza temblaba) habrían sido motivo de risa si la visión de su terrible degradación física no hubiera sido espantosa a los ojos de alguno, si no hubiera encogido el corazón con conmovido estupor ante la inenarrable amargura de la edad, ante la horrible persistencia de la vida que se convierte finalmente en objeto de repugnancia y horror.

Para sobreponerse a ello Byrne comenzó a hablar, diciendo que era inglés, y que estaba en busca de un compatriota que debía haber pasado en esa dirección. En cuanto lo mencionó el recuerdo de su separación de Tom llegó a su mente con sorprendente viveza: los aldeanos silenciosos, el gnomo enfadado, el tabernero tuerto, Bernardino. ¡Vaya! Estos dos espantajos indescriptibles deben de ser las tías del hombre..., aliadas del diablo.

Lo que fuera que hubiesen sido, era imposible imaginar de qué criaturas tan débiles podían servirle al diablo, ahora, en el mundo de los vivos. ¿Cuál era Lucilla y cuál era Erminia? Ahora eran cosas sin nombre. Un momento de calma siguió a las palabras de Byrne. La hechicera con la cuchara paró de remover el mejunje en la olla de hierro, incluso el temblor de la cabeza de la otra paró durante un suspiro. En esta fracción infinitesimal de un segundo, Byrne tuvo la sensación de estar realmente en su búsqueda, de haber alcanzado el final de la senda, casi al alcance de Tom.

»Le han visto«, pensó con convicción. Al menos aquí había alguien que lo había visto. Estaba seguro de que negarían saber cualquier cosa del *Ingles*, pero por el contrario estaban deseando decirle que había comido y pasado la noche en la casa. Ambas empezaron a hablar a la vez, describiendo su apariencia y comportamiento. Las poseyó una excitación muy acalorada para su debilidad. La hechicera encorvada blandía al aire su cuchara de madera, el monstruo hinchado se apeaba de su taburete y chillaba, cambiando de un pie al otro, mientras el temblor de su cabeza se aceleraba hasta ser una auténtica vibración. Byrne estaba muy desconcertado ante su comportamiento excitado... ¡Sí! El *Ingles* grande y fiero se había marchado por la mañana, después de comer un trozo de pan y beber algo de vino. Y si el *caballero* deseaba seguir el mismo sendero nada era más fácil... por la mañana.

—¿Me proporcionarán a alguien que me muestre el camino? —dijo Byrne.

—Sí, señor. Un buen joven. El hombre que el caballero vio salir.

—Pero él estaba llamando a la puerta —objetó Byrne—. Sólo que huyó cuando me vio. Estaba entrando.

—¡No! ¡No! —Las dos horribles brujas gritaron a la vez—. ¡Saliendo. Saliendo!

Después de todo podía ser verdad. El sonido del golpeteo había sido débil, esquivo, reflexionó Byrne. Quizá sólo fuera el efecto de su imaginación. Preguntó:

—¿Quién es ese hombre?

—Su *novio* —gritaron señalando a la chica—. Ha ido a su casa en un pueblo lejos de aquí, pero regresará por la mañana. ¡Su *novio*! Y ella es huérfana, la hija de cristianos pobres. Vive con nosotros por el amor de Dios, por el amor de Dios.

La huérfana agazapada en la esquina del hogar había estado mirando a Byrne. Pensó que era más como una hija de Satanás que estas dos arpías fantasmagóricas mantenían allí por el amor del Diablo. Sus ojos era un poco oblicuos, su boca bastante gruesa pero admirablemente formada, su rostro moreno tenía una belleza salvaje, voluptuosa e indómita. Respecto a su carácter con la mirada firmemente fija en él con una atención sensualmente feroz, «para saber cómo era», dice *Mr.* Byrne, «sólo tienes que observar a un gato hambriento vigilando a un pájaro en una jaula o un ratón en una trampa».

Fue ella quien le sirvió la comida, de lo cual se alegró, aunque con esos grandes ojos negros y rasgados examinándole de cerca, como si tuviera algo curioso escrito en su cara, le hacía sentirse incómodo. Pero cualquier cosa era mejor que el que se le acercaran esas dos brujas espeluznantes de ojos legañosos. De algún modo sus aprensiones se habían suavizado, quizá por la sensación de calidez después de la exposición extrema a la intemperie y el alivio del descanso después del esfuerzo de luchar contra el vendaval palmo a palmo todo el camino. No tenía dudas sobre la seguridad de Tom. Ahora estaba durmiendo en el campamento de la montaña después de que lo encontraran los hombres de Gonzales.

Byrne se incorporó, llenó una copa de latón con vino de un pellejo colgado en la pared y se sentó de nuevo. La bruja con cara de momia empezó a hablarle de forma incoherente sobre los viejos tiempos, se jactaba de la fama de la posada en aquellos tiempos mejores. Se detenía allí gente importante en sus propios carruajes. Un arzobispo durmió una vez en la *casa* hacía mucho muchos años.

La bruja de la cara hinchada parecía escuchar desde su taburete, inmóvil excepto por el temblor de su cabeza. La chica (Byrne estaba seguro de que era una gitana cualquiera admitida allí por una u otra razón) se sentó en la piedra del hogar al resplandor de las ascuas. Tarareaba una melodía para sí, haciendo sonar ligeramente un par de castañuelas de vez en cuando. Ante la mención del arzobispo rió entre dientes impíamente y volvió la cabeza para mirar a Byrne, de manera que el rojo resplandor del fuego destelló en sus ojos negros y en sus dientes blancos, bajo la oscura cubierta de la enorme chimenea. Y la sonrió.

Ahora descansaba con el alivio de la seguridad. Al no ser esperada su llegada allí no podría existir complot contra él. La somnolencia se apoderó de sus sentidos. La disfrutó pero manteniendo alerta, al menos así lo creía, sus sentidos; aunque debió de ir más allá de lo que creía porque le asustó tremendamente un estruendo diabólico. Nunca había oído algo tan despiadadamente estridente en su vida. Las brujas habían comenzado una discusión atroz sobre algo. Cualquiera que fuera su origen ahora estaban injuriándose la una a la otra de forma violenta, sin argumentos. Sus gritos seniles no expresaban nada excepto ira perversa y abatimiento feroz. Los ojos negros de la muchacha gitana iban de una a otra. Nunca antes Byrne se había sentido tan alejado de la hermandad con los seres humanos. Antes de que tuviera tiempo de comprender el tema de la discusión, la muchacha se levantó de un salto haciendo sonar sus castañuelas ruidosamente. Se hizo el silencio. Se aproximó a la mesa e inclinándose, con sus ojos en los de él...

—*Senor* —dijo con decisión—, usted dormirá en la habitación del arzobispo.

Ninguna de las brujas se opuso. La reseca encorvada estaba apoyada en un bastón. La de la cara hinchada ahora tenía una muleta.

Byrne se levantó, caminó hacia la puerta y girando la llave de la enorme cerradura la puso con serenidad en su bolsillo. Ésa era claramente la única entrada, y no pretendía que le tomara desprevenido ningún peligro que pudiera estar al acecho en el exterior.

Cuando se giró desde la puerta vio a las dos brujas «aliadas del diablo» y a la muchacha satánica mirándole en silencio. Se preguntó si Tom Corbin había tomado la misma precaución la noche anterior. Y al pensar en él tuvo de nuevo esa extraña impresión de proximidad. El mundo estaba perfectamente mudo. Y en esta calma escuchó la sangre latiendo en sus oídos con un ruido confuso y apresurado, en el que parecía haber una voz pronunciando las palabras: «*Mr. Byrne, cuidado, señor*». La voz de Tom. Se estremeció, pues las ilusiones del sentido auditivo son las más vivas de todas, y por su naturaleza tienen un carácter convincente.

Parecía imposible que Tom no estuviera allí. Una vez más un ligero escalofrío como de una corriente furtiva penetró a través de sus mismas ropas y recorrió todo su cuerpo. Se sacudió la impresión con esfuerzo.

Fue la muchacha la que le precedió escaleras arriba portando una lámpara de hierro de cuya llama desnuda ascendía un fino hilo de humo. Sus sucias medias blancas estaban llenas de agujeros.

Con la misma resolución tranquila con la que abajo había cerrado la puerta, Byrne abrió de par en par una tras otra las puertas del pasillo. Todas las habitaciones estaban vacías a excepción de algunos indescriptibles trastos viejos en una o dos. Y la muchacha, sabiendo a lo que él estaba, paraba cada vez, levantando pacientemente la luz humeante en cada puerta. Mientras tanto le observaba con atención persistente. Ella misma abrió de par en par la última puerta de todas.

—Usted duerme aquí, *senor* —murmuró con voz leve como la respiración de un

niño, ofreciéndole la lámpara.

—*Buenos noches, señorita* —dijo cortésmente, tomándola.

Ella no devolvió el deseo de manera audible aunque sus labios se movieron un poco, mientras su mirada negra como una noche sin estrellas ni un solo momento vaciló ante él. Entró, y cuando se volvió para cerrar la puerta ella seguía allí inmóvil e inquietante, con su boca voluptuosa y sus ojos oblicuos, con la expresión de expectante, sensual ferocidad de un gato confuso. Él dudó un momento, y en la casa silenciosa escuchó de nuevo la sangre latiendo pesadamente en sus oídos, mientras que una vez más la ilusión de la voz de Tom hablando con gravedad en algún lugar cercano era especialmente terrorífica, porque esta vez no pudo distinguir las palabras.

Finalmente dio con la puerta en las narices de la muchacha, dejándola en la oscuridad, y la abrió de nuevo casi al instante. Nadie. Se había desvanecido sin el menor sonido. Cerró la puerta con rapidez y la atrancó con dos pesados cerrojos.

Una profunda desconfianza le invadió de repente. ¿Por qué discutieron las brujas sobre permitirle dormir aquí? ¿Y qué significaba esa mirada fija de la muchacha como si quisiera grabar los rasgos de él en su mente para siempre? Su propio nerviosismo le alarmaba. Le parecía estar muy alejado de la humanidad.

Examinó su habitación. No era muy alta, lo suficientemente alta para albergar la cama que se situaba bajo un enorme dosel similar a un baldaquín del que caían pesadas cortinas a los pies y a la cabecera, una cama realmente digna de un arzobispo. Había una pesada mesa labrada por todo el borde, algunas butacas de enorme peso como los restos de un palacio de un noble, un armario alto y poco profundo situado contra una pared y con dobles puertas. Intentó abrirlas. Cerradas. Una sospecha nació en su mente, y cogió la lámpara para examinarlo más de cerca. No, no era una entrada oculta. Ese mueble pesado, alto, estaba separado de la pared más de una pulgada. Echó un vistazo a los cerrojos de la puerta de su habitación. ¡No! Nadie podría acercarse a él a traición mientras dormía. ¿Pero sería capaz de dormir?, se preguntó con ansiedad. Si al menos tuviera a Tom allí —el marino leal que había luchado a su lado en uno o dos lances difíciles, y siempre había inculcado en él la necesidad de cuidar de sí mismo—. «Pues no tiene gran mérito —solía decir — que te maten en un lucha encarnizada. Cualquiera tonto puede hacer eso. El verdadero pasatiempo es combatir a los franchutes y después vivir para luchar otro día».

A Byrne le resultó difícil evitar no escuchar el silencio. De algún modo estaba convencido de que nada lo rompería a menos que escuchara otra vez el sobrecogedor sonido de la voz de Tom. Lo había oído dos veces antes. ¡Extraño! Y sin embargo, no era de extrañar, discutía consigo mismo de manera razonable, puesto que había estado pensando de forma continuada en el hombre durante más de treinta horas y, lo que es más, sin llegar a una conclusión. Pues su preocupación por Tom no había tomado nunca una forma definitiva. «Desaparecido» era la única palabra relacionada con la idea del peligro de Tom. Era muy vaga y terrible. «¡Desaparecido!». ¿Qué quería

decir eso?

Byrne tembló, y entonces se dijo que debía de tener un poco de fiebre. Pero Tom no había desaparecido. Byrne acababa de saber de él. Y de nuevo el joven sintió la sangre latiendo en sus oídos. Se sentó inmóvil esperando a cada momento escuchar a través de los latidos palpitantes el sonido de la voz de Tom. Esperó aguzando el oído, pero nada llegó. De repente el pensamiento le sobrevino: «No ha desaparecido, pero no puede hacerse oír».

Se levantó de un salto de la butaca. ¡Qué absurdo! Depositando su pistola y su puñal sobre la mesa se quitó las botas y, sintiéndose de repente demasiado cansado para permanecer de pie, se lanzó sobre la cama que encontró más mullida y cómoda de lo esperado.

Se sentía muy despierto, pero después de todo debió de haberse adormilado, porque lo siguiente de lo que se dio cuenta fue de que estaba sentado en la cama tratando de recordar qué era lo que la voz de Tom había dicho. ¡Oh! Ahora lo recordaba. Había dicho: «¡Mr. Byrne! ¡Cuidado, señor!». Era una advertencia. ¿Pero contra qué?

Aterrizó de un salto en medio de la habitación, tomó aire una vez, entonces miró en torno de la habitación. La ventana estaba cerrada y atrancada con una barra de hierro. De nuevo recorrió lentamente con sus ojos las paredes desnudas, e incluso alzó la vista al techo, que estaba muy alto. Después se dirigió a la puerta para examinar los cierres. Consistían en dos cerrojos enormes de hierro que desembocaban en agujeros hechos en la pared, y como el pasillo de fuera era demasiado estrecho para admitir nada que pudiera echar la puerta abajo o incluso el balanceo de un hacha, nada podía abrir de golpe la puerta... excepto la pólvora. Pero mientras estaba asegurándose de que el cerrojo inferior encajaba bien en su sitio, sintió la presencia de alguien en la habitación. Era tan fuerte que se giró más rápido que el rayo. No había nadie. ¿Quién podía haber allí? Y sin embargo...

Fue entonces cuando perdió la compostura y el comedimiento que un hombre debe mantener por su propio bien. Se puso a cuatro patas, con la lámpara en el suelo, para mirar debajo de la cama, como una niña tonta. Vio mucho polvo y nada más. Se levantó, con las mejillas encendidas, y se paseó de un lado a otro disgustado con su propio comportamiento y enfadado sin razón con Tom por no dejarle en paz. Las palabras: «¡Mr. Byrne! ¡Cuidado, señor!» siguieron repitiéndose en su cabeza en tono de advertencia.

—¿No sería mejor que me echara en la cama y tratara de dormir? —se preguntó, pero sus ojos se posaron en el armario alto y fue hacia él sintiéndose enfadado consigo mismo y, no obstante, incapaz de desistir. De cómo podría explicar al día siguiente la indigna fechoría a las dos brujas odiosas no tenía idea. No obstante insertó la punta de su puñal entre las dos mitades de la puerta y trató de forzarlas. Se resistieron. Blasfemó, persistiendo ahora en su propósito. Su murmullo—: Espero que estés satisfecho, maldito seas —estaba dirigido al ausente Tom. Justo entonces las

puertas cedieron y se abrieron de repente.

Él estaba allí.

Él..., el leal, sagaz y valiente Tom estaba allí, quieto en la oscuridad y rígido, en un silencio prudente que sus ojos muy abiertos en su fijo destello parecían ordenar a Byrne respetar. Pero Byrne estaba demasiado sobrecogido para emitir un sonido. Atónito, retrocedió un poco, y al instante el marino se abalanzó de bruces como para agarrar a su oficial por el cuello. Instintivamente Byrne extendió sus brazos vacilantes, sintió la horrible rigidez del cuerpo y después la frialdad de la muerte cuando sus cabezas chocaron y sus rostros entraron en contacto. Se tambalearon, Byrne abrazando a Tom cerca de su pecho para no dejarlo caer con estrépito. Tuvo suficiente fuerza para depositar suavemente el horrendo bulto en el suelo, entonces su cabeza dio vueltas, sus piernas cedieron y cayó de rodillas, inclinándose sobre el cuerpo con las manos apoyadas en el pecho de ese hombre una vez tan lleno de vida y ahora tan insensible como una piedra.

—¡Muerto! Mi pobre Tom muerto —repetía mentalmente. La luz de la lámpara colocada junto al borde de la mesa caía desde arriba directamente sobre la vacía mirada pétrea de esos ojos que de natural tenían una expresión alegre y animada.

Byrne desvió los suyos de ellos. El pañuelo negro de seda de Tom no estaba anudado sobre su pecho. Había desaparecido. Los asesinos también le habían quitado los zapatos y las medias. Y al ver este expolio, la garganta expuesta, los pies desnudos vueltos hacia arriba, Byrne sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Por lo demás el marino estaba completamente vestido, su ropa tampoco estaba desordenada como tendría que haber estado por una lucha violenta. Sólo su camisa de cuadros estaba sacada un poco de la cinturilla por un sitio, lo suficiente como para asegurarse de que tenía un cinturón portamonedas sujeto a su cuerpo. Byrne empezó a sollozar sobre su pañuelo.

Fue una crisis nerviosa que se pasó rápidamente. Permaneciendo de rodillas contempló con tristeza el cuerpo atlético de uno de los mejores marinos que jamás hubiesen desenvainado un alfanje, desenfundado una pistola o capeado un vendaval yaciendo rígido y frío, abandonado por su espíritu alegre y valeroso... tal vez volviendo hacia él, su joven compañero, a su barco surcando las aguas grises alejándose de una costa inflexible, en el instante mismo de partir.

Observó que los seis botones de bronce de la chaqueta de Tom habían sido cortados. Se estremeció ante la idea de las dos brujas miserables y repulsivas ocupadas de manera macabra en el cuerpo indefenso de su amigo. Cortados. Quizá con el mismo cuchillo con el que... La cabeza de una temblando, la otra encorvada, y sus ojos rojos y legañosos, sus infames garras trémulas... Debe de haber ocurrido en esta misma habitación además, puesto que Tom no pudo haber sido asesinado al aire libre y traído después hasta aquí. Byrne estaba seguro de eso. Sin embargo, esas diabólicas arpías no podían haberlo matado ellas mismas, ni siquiera tomándolo desprevenido... y desde luego Tom estaba siempre alerta. Tom era un hombre muy

despierto y precavido cuando se comprometía en alguna misión... Y en realidad, ¿cómo lo mataron?, ¿quién?, ¿de qué modo?

Byrne se levantó de un salto, cogió la lámpara de la mesa y se inclinó rápidamente sobre el cuerpo. La luz no reveló mancha alguna en la ropa, ningún rastro, ninguna gota de sangre en parte alguna. Las manos de Byrne comenzaron a estremecerse de modo que tuvo que poner la lámpara en el suelo y volver la cabeza para recuperarse de este nerviosismo.

Entonces empezó a examinar ese cuerpo frío, inmóvil y rígido en busca de una puñalada, una herida de bala, el rastro de algún golpe mortal. Palpó todo el cráneo ansiosamente. Estaba intacto. Deslizó su mano bajo el cuello. No estaba roto. Con ojos aterrorizados miró de cerca bajo el mentón y no vio marcas de estrangulamiento en el cuello.

No había señales en ninguna parte. Simplemente estaba muerto.

Impulsivamente Byrne se separó del cuerpo como si el misterio de una muerte incomprendible hubiera transformado su lástima en sospecha y terror. La lámpara en el suelo próxima al rostro inmóvil, estático, del marino lo mostraba mirando fijamente al techo como si estuviera desesperado. En el círculo de luz Byrne vio, por los inalterables montones de polvo en el suelo, que no había habido lucha en esa habitación. «Ha muerto fuera», pensó. Sí, fuera en ese pasillo estrecho, donde apenas había espacio para girarse, la muerte misteriosa le había llegado a su pobre y querido Tom. El impulso de agarrar sus pistolas y salir precipitadamente de la habitación abandonó a Byrne de repente, pues Tom había estado armado también, con las mismas armas ineficaces que él mismo poseía... ¡pistolas, un alfanje! Y Tom había muerto de manera inexplicable, por medios incomprensibles.

Un nuevo pensamiento asaltó a Byrne. Ese extraño que llamaba a la puerta y había huido tan rápidamente ante su aparición había llegado allí para llevarse el cuerpo. ¡Ajá! Ése era el guía que la bruja decrepita había prometido al oficial inglés le mostraría el camino más corto para unirse a su hombre. Una promesa, ahora lo entendía, de espantoso significado. El que había llamado tendría dos cuerpos de los que encargarse. Hombre y oficial abandonarían la casa juntos. Pues Byrne estaba ahora seguro de que tendría que morir antes del amanecer... y del mismo modo misterioso, dejando tras de sí un cuerpo sin marcas.

La visión de una cabeza aplastada, de una garganta cortada, de una herida abierta por arma de fuego habrían proporcionado un alivio inexplicable. Habría calmado todos sus temores. Su alma gritaba en su interior a ese hombre muerto que nunca había flaqueado ante el peligro. «¿Por qué no me dices lo que tengo que buscar, Tom? ¿Por qué no lo haces?». Pero en su rígida inmovilidad, extendido sobre su espalda, parecía preservar un austero silencio, como si menospreciase el valor que su horrible conocimiento pudiera tener en relación con los vivos.

De repente Byrne se tiró de rodillas junto al cuerpo, y con los ojos secos, furioso, abrió la camisa totalmente en el pecho, ¡como si por la fuerza quisiera arrancar el

secreto de ese frío corazón que le había sido tan leal en vida! ¡Nada! ¡Nada! Levantó la lámpara, y toda señal que le ofrecía ese rostro que solía ser tan amable en la expresión era una pequeña contusión en la frente..., lo mínimo, una simple marca. Entonces observó que las manos de Tom estaban cerradas como si hubiera caído enfrentándose a alguien en una pelea a puñetazos. Sus nudillos, vistos de cerca, aparecían algo magullados. Ambas manos.

El descubrimiento de estas débiles señales resultaban para Byrne más espantosas de lo que hubiese sido la ausencia total de marcas. Así que Tom había muerto luchando contra algo que podía ser golpeado y sin embargo podía matar sin dejar herida, mediante un aliento.

Terror, un ardiente terror comenzó a jugar con el corazón de Byrne como una lengua de fuego que toca y se retira antes de reducir algo a cenizas. Se alejó del cuerpo todo lo que pudo, después se acercó sigilosamente dirigiendo miradas llenas de temor para echar otra ojeada a la frente magullada. Quizá aparecería la misma débil contusión en su propia frente... antes del amanecer.

—No puedo soportarlo, susurro para sí. Ahora Tom era para él un objeto de horror, una visión a la vez tentadora y repulsiva a su miedo. No podía soportar mirarlo.

Finalmente, superando la desesperación de su creciente horror, dio un paso adelante desde la pared contra la que había estado apoyado, agarró el cadáver bajo las axilas y empezó a arrastrarlo hacia la cama. Los talones desnudos del marino se deslizaron por el suelo sin hacer ruido. Era pesado con el peso muerto de los objetos inanimados. En un último esfuerzo Byrne lo depositó hacia abajo en el borde de la cama, le dio la vuelta, agarró de debajo de esa cosa pasiva y rígida una sábana con la que lo cubrió. Después descorrió las cortinas de la cabecera y los pies de manera que al unir las sacudiendo sus pliegues ocultaban por completo la cama de su vista.

Se tambaleó hasta una silla, y cayó en ella. La transpiración emanó de su rostro por un momento, y entonces durante un instante sus venas parecieron transportar un flujo ligero de sangre medio helada. Un terror absoluto lo poseía ahora, un terror sin nombre que había transformado su corazón en cenizas.

Se sentó derecho en la silla de respaldo recto, la lámpara encendida a sus pies, sus pistolas y su puñal junto al codo izquierdo en el extremo de la mesa, los ojos girando incesantemente en sus órbitas mirando las paredes, el techo, el suelo, en espera de una misteriosa y espantosa visión. Lo que podría darle muerte de un aliento estaba fuera de la puerta cerrada. Pero Byrne ahora no creía ni en paredes ni en cerrojos. Un terror irracional que cambiaba todo, su pasada admiración juvenil por el atlético Tom, el impertérrito Tom (le había parecido invencible), contribuía a paralizar sus facultades y aumentaba su desesperación.

Dejó de ser Edgar Byrne. Era un alma torturada sufriendo una angustia mayor que la que el cuerpo de cualquier otro pecador hubiera sufrido jamás en el potro o en la bota^[10]. Se puede medir la profundidad de su tormento cuando digo que este joven,

tan valiente como cualquiera de su especie, pensó en la posibilidad de agarrar una pistola y dispararse en la cabeza. Pero una languidez mortal, fría, se extendía por sus miembros. Era como si su carne se hubiera convertido en escayola húmeda endureciéndose lentamente alrededor de sus costillas. A continuación, pensó, las dos brujas entrarán, con muleta y bastón —horribles, grotescas, monstruosas..., aliadas del diablo— para poner una marca en su frente, la pequeñísima contusión de la muerte. Y no sería capaz de hacer nada. Tom había golpeado algo, pero él no era como Tom. Sus miembros ya estaban muertos. Se sentó inmóvil, muriendo la muerte una y otra vez, y la única parte de él que se movía eran sus ojos, girando y girando en sus órbitas, recorriendo las paredes, el suelo, el techo, una y otra vez hasta que de repente se quedaron quietos y pétreos fuera de sus órbitas mirando fijamente en dirección a la cama.

Había visto las cortinas pesadas moverse y sacudirse como si el muerto que contenían se hubiera girado y sentado. Byrne, que pensó que el mundo no podía contener más terror, sintió que su vello se erizaba. Agarró los brazos de la silla, su mandíbula cayó y el sudor se desató en su frente mientras la lengua seca se adhería repentinamente al paladar. De nuevo las cortinas se movieron, pero no se abrieron. «¡No, Tom!». Byrne se esforzó en gritar, pero todo lo que oyó fue un leve gemido como el que un durmiente inquieto puede emitir. Sintió que estaba perdiendo la cabeza, pues ahora le parecía que el dosel de encima de la cama se había movido, se inclinaba y se equilibraba de nuevo... y una vez más las cortinas cerradas oscilaron suavemente como si estuvieran a punto de abrirse.

Byrne cerró los ojos para no ver la horrible aparición del cadáver del marino saliendo animado por un espíritu maligno. En el silencio profundo de la habitación soportó un momento de espantosa agonía, entonces abrió sus ojos de nuevo. Y vio de inmediato que las cortinas permanecían aún cerradas, pero que el techo sobre la cama se había elevado más de un pie. Con el último destello de razón que le quedaba comprendió que era el enorme baldaquín de la cama el que estaba descendiendo, mientras que las cortinas ligadas a él oscilaban suavemente, cayendo gradualmente al suelo. Su mandíbula colgante se cerró de golpe... y medio levantándose de la silla observó mudo el descenso silencioso del monstruoso dosel. Descendió en breves y suaves movimientos rápidos hasta que bajó la mitad del recorrido o más, cuando se precipitó y acomodó velozmente su forma de caparazón de tortuga con sus bordes altos encajando exactamente en las orillas del armazón de la cama. Se oyeron uno o dos leves crujidos de la madera, y la abrumadora quietud de la habitación se impuso de nuevo.

Byrne se levantó, respiró con dificultad, y dejó escapar un grito de ira y consternación, el primer sonido que está absolutamente seguro que surgió de sus labios en esa noche de terrores. ¡Ésta era entonces la muerte de la que había escapado! Éste era el artificio diabólico para asesinar del que el alma del pobre Tom había intentado avisarle desde el más allá. Porque así era como él había muerto.

Byrne estaba seguro de haber oído la voz del marino, vagamente inconfundible en su familiar frase: «¡Mr. Byrne! ¡Cuidado, señor!», y volviendo a emitir palabras que no conseguía entender. ¿Pero entonces la distancia que separa los vivos de los muertos era tan grande? El pobre Tom lo había intentado. Byrne corrió a la cama y trató de levantar, de quitar la horrible tapa que asfixiaba el cuerpo. Se resistía a sus esfuerzos, pesada como el plomo, inamovible como una lápida. La ira de la venganza le hizo desistir, su cabeza zumbaba con pensamientos caóticos de exterminio, dio vueltas por la habitación como si no pudiera encontrar ni sus armas ni la salida, y todo el tiempo ladraba horribles amenazas...

Un golpear violento en la puerta de la posada le devolvió a sus cabales. Se abalanzó hacia la ventana abriendo de un tirón las contraventanas, y miró afuera. En el débil amanecer vio debajo de él una muchedumbre. ¡Ah! Iría en seguida a enfrentarse a esa masa de asesinos reunida sin duda para acabar con él. Después de su lucha con terrores innumbrables anhelaba una batalla abierta con enemigos armados. Pero aún debía de permanecer privado de su razón, porque olvidando sus armas se precipitó escaleras abajo con un grito salvaje, desatrancó la puerta mientras ésta recibía una lluvia de golpes desde fuera, y abriéndola de par en par se lanzó con sus propias manos al cuello del primer hombre que vio ante él. Cayeron rodando juntos. La intención confusa de Byrne era abrirse paso, huir a lo alto del sendero de la montaña y volver a continuación con los hombres de Gonzales para imponer una venganza ejemplar. Luchó violentamente hasta que un árbol, una casa, una montaña parecieron estrellarse en su cabeza... y no supo más.

* * *

Aquí Mr. Byrne describe con detalle la manera hábil en que encontró vendada su cabeza rota, nos informa de que había perdido mucha sangre, y atribuye a esa circunstancia el haber conservado la cordura. También recoge de manera extensa las profusas disculpas de Gonzales. Pues fue Gonzales quien, cansado de esperar noticias de los ingleses, había bajado a la pensión con la mitad de su banda, de camino al mar. «Su excelencia —explicó— se precipitó al exterior con impetuosidad fiera y, además, no lo reconocimos como amigo, así que nosotros, etc., etc.». Cuando se le preguntó qué había sido de las brujas, sólo apuntó silenciosamente al suelo con el dedo, después expresó con calma una reflexión moral: «La pasión por el oro es despiadada en los más viejos, señor —dijo—. Sin duda en el pasado, han puesto a dormir en la cama del arzobispo a muchos viajeros solitarios».

—Allí también había una chica gitana —dijo Byrne débilmente desde la improvisada camilla en la que un grupo de *guerilleros* le llevaban a la costa.

—Era ella la que levantaba esa máquina infernal, y fue ella también la que la bajó aquella noche —fue la respuesta.

—¿Pero por qué? —exclamó Byrne—. ¿Por qué desearía ella mi muerte?

—Sin duda por los botones del abrigo de su excelencia —dijo cortésmente el taciturno Gonzales—. Encontramos los del marino muerto ocultos en su persona. Pero su excelencia puede estar seguro de que todo lo que debía hacerse se ha hecho en esta ocasión.

Byrne no hizo más preguntas. Había aún otra muerte que Gonzales consideraba «adecuada a la ocasión». Bernardino el tuerto, atrapado contra el muro de su taberna recibió en su pecho la descarga de seis *escopettas*. Mientras los disparos sonaban, el tosco féretro con el cuerpo de Tom pasó portado por una banda de patriotas españoles desfiladero abajo hasta la costa, donde dos botes del barco esperaban lo que quedaba en tierra de su mejor marino.

Mr. Byrne, muy pálido y débil, subió al bote que llevaba el cuerpo de su humilde amigo. Porque se había decidido que Tom Corbin debía reposar en alta mar en el golfo de Vizcaya. El oficial tomó el timón, y girando la cabeza para echar una última mirada a la costa, vio en la ladera gris algo moviéndose, que supuso que era un hombrecito con un sombrero amarillo montado en una mula..., esa mula sin la que el destino de Tom Corbin habría permanecido en el misterio para siempre.

Junio de 1913

POR CULPA DE LOS DÓLARES

CAPÍTULO I

MIENTRAS pasábamos el rato cerca de la orilla, como hacen los marineros ociosos en tierra (era en la explanada frente a la comandancia de un importante puerto de Oriente), un hombre vino hacia nosotros desde la fachada principal de las oficinas, dirigiéndose oblicuamente a los escalones de desembarque. Atrajo mi atención porque entre el movimiento de gente con trajes de dril blanco en la acera por la que él andaba, su ropa, la túnica y el pantalón habituales, hechos de franela gris clara, le hacía destacar.

Tuve tiempo de observarlo. Era rechoncho, pero no grotesco. Su cara era redonda y suave, su tez muy clara. Cuando se acercó más distinguí un pequeño bigote que las muchas canas hacían más claro. Y tenía, para ser un hombre rechoncho, una buena barbilla. Al pasar a nuestro lado intercambió saludos con el amigo con el que me encontraba y sonrió.

Mi amigo era Hollis, el tipo que había corrido muchas aventuras y había conocido gente tan singular en esa zona del (más o menos) maravilloso Oriente en sus días de juventud. Dijo: «Ése es un buen hombre. No quiero decir bueno en el sentido de listo o habilidoso en su oficio. Quiero decir un hombre realmente bueno».

Me giré inmediatamente para mirar al fenómeno. El «hombre realmente bueno» tenía una espalda muy ancha. Lo vi haciendo señas a un sampán para que se acercara a su lado, subir en él y partir en dirección a un grupo de barcos de vapor de la zona anclados cerca de la costa.

Dije: «Es un marino, ¿verdad?».

—Sí. Está al mando de ese vapor grandote verde oscuro: Sissie-Glasgow. Nunca ha capitaneado nada salvo el Sissie-Glasgow, sólo que no ha sido siempre el mismo Sissie. El primero que tuvo medía aproximadamente la mitad que éste, y solíamos decirle al pobre Davidson que tenía un tamaño demasiado pequeño para él. Ya en esa época Davidson era voluminoso. Le advertimos de que acabaría con callosidades en los hombros y los codos por la estrechez de su barco. Y Davidson bien podía permitirse las sonrisas que nos dirigía por nuestras burlas. Ganó mucho dinero con él. Pertenece a un chino corpulento que parecía un mandarín de un libro de dibujos, con anteojos y finos bigotes colgando, y tan majestuoso como sólo un santo sabe ser.

—Lo mejor de los chinos como patrones es que tienen instintos propios de caballeros. Una vez que se han convencido de que eres un hombre honrado, te otorgan su confianza sin límite. Entonces, sencillamente no puedes hacerlo mal. Y además juzgan el carácter muy rápidamente. El chino de Davidson fue el primero que descubrió lo que valía, según algún principio teórico. Un día en su contaduría se le

oyó proclamar delante de varios hombres blancos: «El capitán Davidson es un buen hombre». Y no hubo nada más que decir. Después de eso no se sabía si Davidson pertenecía al chino o era el chino quien pertenecía a Davidson. Fue él quien, poco antes de morir, encargó en Glasgow el nuevo Sissie para que Davidson llevara el mando.

Nos pusimos a la sombra de la comandancia y apoyamos los codos en el parapeto del muelle.

—Realmente el barco estaba destinado a animar al pobre Davidson —continuó Hollis—. ¿Puedes imaginar algo más ingenuamente conmovedor que este viejo mandarín gastando varios miles de libras para consolar a su hombre blanco? Bueno, ahí está. Los hijos del viejo mandarín lo han heredado, y con él a Davidson; y él lo capitanea, y además con su sueldo y privilegios comerciales consigue mucho dinero, y todo es como antes y Davidson incluso sonrío, ¿lo has visto? Bueno, la sonrisa es lo único que no es como antes.

—Dime, Hollis, pregunté —¿qué quieres decir con bueno en este contexto?

—Pues hay hombres que nacen buenos igual que otros nacen ingeniosos. Me refiero a su naturaleza. Jamás alma más sencilla, más escrupulosamente delicada ha vivido en tal... tal... cómodo envoltorio. ¡Cómo nos solíamos reír de los delicados escrúpulos de Davidson! En resumen, es humano de corazón, y no puedo imaginar que haya otro tipo de bondad que sea tan valiosa en este mundo. Y como él es así con un matiz de especial refinamiento, bien puedo llamarlo «un hombre realmente bueno».

Sabía desde hacía mucho que Hollis creía firmemente en el valor último de los matices. Y dije: «Ya veo», porque realmente vi al Davidson de Hollis en el compasivo hombre rechoncho que había pasado a nuestro lado hacía un momento. Pero recordé que justo en el instante en que sonrío su rostro apacible apareció velado por la melancolía, una especie de sombra inmaterial. Continué.

—¿Quién demonios ha comprado su nobleza estropeando su sonrisa?

—Ésa es toda una historia, y te la contaré si quieres. ¡Demonios! Es, además, bastante sorprendente. Sorprendente en todos los sentidos, pero sobre todo en la forma en que abatió al pobre Davidson..., y evidentemente sólo porque es un tipo tan bueno. Me contó todo hace pocos días. Dijo que en cuanto vio a esos cuatro tipos con las cabezas juntas sobre la mesa no le gustó. No le gustó en absoluto. No debes suponer que Davidson es un blandengue. Esos hombres...

—Pero mejor empiezo desde el principio. Debemos retroceder a la primera vez que nuestro gobierno retiró los viejos dólares a cambio de una nueva emisión. Más o menos cuando abandoné estos lugares para pasar una larga estancia en casa. Cada comerciante de las islas pensó en enviar aquí los viejos dólares a tiempo, y la demanda de cajas vacías de vino francés —ya sabes, de esas del tamaño de una docena de botellas de vermut o de burdeos— fue algo sin precedente. La costumbre era empaquetar los dólares en pequeñas bolsas de cien cada una. No sé cuántas bolsas

podía contener cada caja. Una buena cantidad. Unas bonitas sumas debían estar flotando por ahí justo entonces. Pero vayámonos de aquí. No nos sentará bien estar al sol. ¿Dónde podríamos...? ¡Ya sé! Vayamos a esa casa de comidas de allí.

De manera que allí fuimos. Nuestra aparición en la larga sala vacía a una hora tan temprana causó una visible consternación entre los muchachos chinos. Pero Hollis se dirigió hacia una de las mesas que había entre las ventanas protegidas por persianas de ratán. Una media luz brillante titilaba en el techo, en las paredes encaladas, bañaba la multitud de sillas y mesas vacías con un brillo peculiar, furtivo.

—Muy bien. Comeremos algo cuando esté preparado —dijo apartando al inquieto camarero chino a un lado. Puso sus sienes algo canosas entre las manos, inclinándose sobre la mesa para acercar su rostro, de ojos oscuros y penetrantes, al mío.

»Entonces Davidson capitaneaba el vapor Sissie... el pequeño por el que solíamos burlarnos de él. Lo dirigía solo, únicamente con el serang malayo como oficial de cubierta. Lo más cercano a un hombre blanco que había a bordo era el maquinista, un portugués mestizo, delgado como un palo y muy joven además. A todos los efectos Davidson ejercía el mando sin ayuda, y por supuesto esto se sabía en el puerto. Te lo cuento porque tiene relevancia en los acontecimientos que escucharás a continuación.

»Su vapor, al ser tan pequeño, podía subir por pequeños riachuelos, entrar en bahías poco profundas, pasar a través de arrecifes y sobre bancos de arena, recogiendo los productos agrícolas donde ningún otro navío excepto embarcaciones nativas se atreverían a entrar. A menudo está muy bien pagado. Davidson era conocido por visitar con él lugares que nadie más podía encontrar y de los que apenas nadie había oído hablar nunca.

»Como los viejos dólares estaban siendo devueltos, el chino de Davidson pensó que el Sissie sería el barco perfecto para recogerlos de los pequeños comerciantes de las zonas menos frecuentadas del archipiélago. Es un buen negocio. Las cajas de dólares se apilan en el lazareto de popa del barco, y consigues una buena carga con pocos problemas y espacio.

»Davidson también creía que era una buena idea, y juntos confeccionaron una lista de las escalas en su próximo viaje. Entonces Davidson (naturalmente tenía la carta de navegación de sus viajes en la cabeza) manifestó que al regresar podría hacer una breve visita a un determinado asentamiento en un estuario, donde un hombre blanco pobre vivía en un pueblo nativo. Davidson mencionó a su chino que seguro que el tipo tenía algunos ratanes para embarcar.

»—Probablemente suficiente para llenar la proa —dijo Davidson—. Y será mejor que traerlo de vuelta con las bodegas vacías. Un día más o menos no tiene importancia.

»Esto era sensato, y el propietario chino no pudo sino estar de acuerdo. Pero si no hubiera sido sensato habría dado igual. Davidson hacía lo que quería. Era un hombre que no se equivocaba. No obstante, su propuesta no era simplemente un asunto de

negocios. Había en ello un cariz de bondad davidsoniana. Porque debes saber que el hombre no podría haber seguido viviendo tranquilamente en ese estuario si no hubiera sido por la buena voluntad de Davidson de visitarle allí de vez en cuando. Y además el chino de Davidson sabía esto perfectamente. De manera que sólo sonrió de forma majestuosa y anodina, y dijo: “De acuerdo, capitán. Haga lo que quiera”.

»En un momento explicaré cómo surgió esta relación entre Davidson y ese tipo. Ahora quiero contarte la parte de esta historia que ocurrió aquí, sus preliminares.

»Sabes tan bien como yo que esta casa de comidas donde ahora nos sentamos ha existido durante muchos años. Bien, al día siguiente hacia las doce en punto, Davidson apareció por aquí para comer algo.

»Y aquí viene el único momento de esta historia en el que la casualidad, la mera casualidad, juega un papel. Si ese día Davidson hubiese ido a casa a comer, ahora, después de doce años o más, no habría ningún cambio en su amable y plácida sonrisa.

»Pero entró aquí, y quizá estaba sentado en esta misma mesa cuando comentó a un amigo mío que su próximo viaje sería para recoger dólares. Añadió, riendo, que su esposa estaba muy inquieta por ello. Le había pedido que se quedara en tierra y que cogiera a otro para ocupar su lugar en el viaje. Pensaba que había peligro a causa de los dólares. Él le explicó, dijo, que hoy en día no había piratas en el mar de Java excepto en los libros para niños. Se había reído de sus temores pero también lo lamentaba, porque cuando a ella se le metía algo en la cabeza era imposible hacerle cambiar de idea. Se preocuparía durante todo el tiempo que él estuviera fuera. En fin, no podía evitarlo. No había nadie en tierra apropiado para ocupar su lugar en el viaje.

»Este amigo mío y yo fuimos a casa juntos en el mismo barco correo, y mencionó esa conversación una noche en el mar Rojo mientras hablábamos sobre las cosas y la gente que acabábamos de dejar con mayor o menor pesar.

»No puedo decir que Davidson ocupara una lugar muy destacado. La perfección moral rara vez lo hace. Él era discretamente apreciado por aquellos que lo conocían bien, pero su característica más destacada consistía en esto, en que estaba casado. El nuestro, como recordarás, era un grupo de solteros, en espíritu en cualquier caso, si no totalmente de hecho. Puede que existieran algunas esposas, pero si las había eran invisibles, distantes, nunca se aludía a ellas. ¿Qué sentido habría tenido? Sólo Davidson estaba visiblemente casado.

»Estar casado le sentaba muy bien. Era tan adecuado para él que el más insensato de nosotros no tomó a mal el asunto cuando se descubrió. En el momento en que se asentó aquí, Davidson mandó buscar a su esposa. Vino (de Australia occidental) en el Somerset, bajo la protección del capitán Ritchie..., ya sabes, Richie Cara de mono, que no pudo dejar de elogiar su dulzura, su amabilidad y su encanto. Parecía ser la compañera ideal para Davidson. Al llegar encontró un precioso *bungalow* en la colina, preparado para ella y la hija pequeña que tenían. Muy pronto le compró una tartana de dos ruedas y un poni birmano, y por las tardes ella solía bajar conduciendo para recoger a Davidson en el muelle. Cuando Davidson, con sonrisa radiante, se

subía a la tartana, ésta se llenaba de inmediato.

»Solíamos admirar a la señora Davidson desde la distancia. Era una cabeza de niña sacada de un *souvenir*. Desde la distancia. No teníamos muchas oportunidades para verla más de cerca, pues no nos lo permitía. Nos habría gustado visitar el *bungalow* de Davidson, pero de algún modo se nos hizo entender que allí no éramos bienvenidos. No es que ella dijera nada descortés. Nunca dijo mucho. Quizá fui yo quien más vio a los Davidson en su casa. Lo que advertí bajo el aspecto superficial de dulce cabeza hueca fue su frente convexa, obstinada, y su boca pequeña, roja, bonita, egoísta. Pero soy un observador de fuertes prejuicios. La mayoría de nosotros fuimos cautivados por su blanco cuello de cisne y ese perfil lánguido, inocente. Te puedo decir que en aquella época había por aquí mucha devoción latente por la señora Davidson. Pero mi idea era que ella la devolvía con un profundo recelo por el tipo de hombres que éramos, una desconfianza que se extendía en ocasiones —me imaginaba— a su propio marido. Y pensé entonces que, de alguna forma, sentía celos de él, aunque no había mujeres de las que pudiera estar celosa. Él no tenía amistades femeninas. Es difícil para la esposa de un capitán de barco a menos que haya otras esposas de capitanes cerca, y entonces no había ninguna aquí. Sé que la esposa del práctico del puerto la visitaba, pero eso era todo. Los tipos de aquí se formaron la opinión de que la señora Davidson era una criatura tímida y dócil. Debo decir que lo parecía. Y esta opinión estaba tan extendida que el amigo del que te hablo recuerda su conversación con Davidson simplemente por la mención a la esposa de Davidson. Incluso se sorprendía: “Imagínate a la señora Davidson tan inquieta. No me parecía el tipo de mujer que se preocupase por nada”.

»Yo también me sorprendía... pero no demasiado. Esa frente prominente... ¿eh? Siempre había sospechado que era tonta. Y mencioné que Davidson debía de haberse molestado por esta muestra de ansiedad conyugal.

»Mi amigo dijo: “No. Parecía muy conmovido y afectado. Realmente no había nadie a quien pudiera pedir que lo sustituyera, principalmente porque pretendía realizar una escala en algún estuario abandonado de la mano de dios, para ver a un amigo de nombre Bamtz que aparentemente se había instalado allí”.

»Y de nuevo mi amigo se preguntaba. “Dime —exclamó—, ¿qué relación puede haber entre Davidson y una criatura como Bamtz?”.

»Ahora no recuerdo qué respuesta di. Podría haber dado una en la que bastaran dos palabras: “La bondad de Davidson”. Ésa nunca retrocedía ante la falta de dignidad si había el más mínimo motivo para la compasión. No quiero que pienses que Davidson no tenía en absoluto capacidad para discernir. Bamtz no podía haber abusado de él. Es más, todo el mundo sabía cómo era Bamtz. Era un gandul con barba. Cuando pienso en Bamtz, lo primero que veo es esa larga barba negra y un montón de tristes arrugas en los bordes de dos pequeños ojos. No había una barba como aquella de aquí a la Polinesia, donde una barba es una posesión valiosa. La barba de Bamtz era valiosa para él en otro sentido. Sabes cómo les impresiona a los

orientales una buena barba. Recuerdo que hace muchos muchos años, el solemne Abdullah, el gran comerciante de Sambir, fue incapaz de reprimir muestras de sorpresa y admiración la primera vez que vio esa impresionante barba. Y es bien sabido que Bamtz vivió a costa de Abdullah de forma intermitente durante varios años. Era una barba única, y así era el que la llevaba. Un gandul único. Hizo de ello todo un arte, o más bien una especie de habilidad y misterio. Uno puede entender a un tipo que vive de sablear y hacer pequeñas estafas en ciudades, en grandes comunidades de gente, pero Bamtz conseguía engañar en zonas salvajes, holgazanear en los alrededores de la selva virgen.

»Sabía cómo ganarse el favor de los nativos. Llegaba a algún asentamiento río arriba, ofrecía como regalo al rajá, o al jefe o al comerciante principal una carabina barata o unos anteojos de mala calidad, o algo de ese tipo, y a cambio de ese regalo pedía una casa, presentándose misteriosamente como un comerciante muy especial. Les mareaba sin parar con historias increíbles, vivía a cuerpo de rey durante un tiempo, y entonces realizaba alguna que otra pequeña estafa, o se cansaban de él y le pedían que se marchase. Y se iba sumisamente con aire de inocencia herida. Extraña vida. Sin embargo, nunca le hirieron en modo alguno. He oído que el rajá de Dongala le dio mercancía por valor de cincuenta dólares y le pagó su pasaje en un prao^[11] únicamente para librarse de él. Te lo aseguro. Y date cuenta de que nada impedía al tipo cortar el cuello de Bamtz y arrojar su cadáver a las aguas profundas afuera de los arrecifes porque, ¿quién demonios se habría interesado por Bamtz?

»Había sido conocido por holgazanear de un lado a otro de la selva, tan al norte como el golfo de Tonkin. Tampoco desdeñaba el encanto de la civilización de vez en cuando. Y fue mientras ganduleaba y estafaba en Saigón, barbudo y magnífico (se presentó allí como contable), cuando se topó con Anne la Risueña.

»Cuanto menos se diga de su historia anterior mejor, pero algo hay que contar. Seguramente podemos suponer que quedaba muy poca alegría en su famosa risa cuando Bamtz habló con ella por primera vez en algún humilde café. Fue abandonada en Saigón con muy poco dinero y grandes problemas por un hijo que tenía, un chico de cinco o seis años.

»Un tipo que acabo de recordar, a quien llamaban Harry el Perlas, la trajo por primera vez a estos lugares... de Australia, creo. La trajo y luego la abandonó, y ella permaneció deambulando por aquí y por allá, la mayoría de nosotros la conocíamos de vista más o menos. Todo el mundo en el archipiélago había oído hablar de Anne la Risueña. Realmente tenía siempre a punto una agradable risa argentina, como quien dice, pero aparentemente no fue suficiente para que le trajera suerte. La pobre criatura aceptaba juntarse con cualquier hombre medio decente si éste se lo permitía, pero siempre la abandonaban, como cabía esperar.

»La había abandonado el capitán de un barco alemán con quien había recorrido durante más de dos años toda la costa de China hasta Vladivostok. El alemán le dijo: "Todo ha terminado, mein Taubchen. Ahora me voy a casa para casarme con la chica

con la que me comprometí antes de venir aquí”. Y Anne dijo: “De acuerdo, estoy preparada para irme. Nos separamos como amigos, ¿verdad?”.

»Siempre estaba deseosa de quedar como amigos. El alemán le dijo que por supuesto se separaban como amigos. Él parecía muy apesadumbrado en el momento de la despedida. Ella rió y fue a tierra.

»Pero no era un asunto gracioso para ella. Tenía la sospecha de que ésta era su última oportunidad. Lo que le asustaba más era el futuro de su hijo. Había dejado a su niño en Saigón antes de partir con el alemán, al cuidado de una anciana pareja de franceses. El marido era portero en alguna oficina del gobierno, pero su tiempo de destino había terminado e iban a regresar a Francia. Tuvo que recoger al niño, y después de recogerlo no quiso separarse más de él.

»Ésa era la situación cuando ella y Bamtz se conocieron por casualidad. No se podía haber hecho ilusiones con ese tipo. Ligar con Bamtz era caer bien bajo en la vida, incluso desde un punto de vista material. Siempre había sido decente, a su modo, mientras que Bamtz era, para hablar con franqueza, una criatura abyecta. Por otro lado, el gandul con barba, que se parecía más a un pirata que a un contable, no era un bruto. Era amable... bastante... incluso cuando bebía. Y luego, la desesperación, como la desgracia, nos hace tener extraños compañeros de cama. Porque ella bien podía haber perdido la esperanza. Ya no era joven... ¿sabes?

»Por lo que respecta al hombre esta relación es quizá más difícil de explicar. Una cosa, sin embargo, deber decirse de Bamtz: siempre se había mantenido alejado de las mujeres nativas. Como uno no puede atribuirle delicadeza moral, deduzco que debe de haber sido por prudencia. Y él tampoco era ya joven. Por aquel entonces había muchas canas en su valiosa barba negra. Simplemente puede haber anhelado algún tipo de compañía en su existencia extraña, vil. Cualesquiera que fuesen sus motivos, desaparecieron juntos de Saigón. Y por supuesto a nadie le importó qué había sido de ellos.

»Seis meses después Davidson entró en el asentamiento de Mirrah. Era la primera vez que estaba en ese estuario, donde nunca antes se había visto una embarcación europea. Un pasajero javanés que tenía a bordo le ofreció cincuenta dólares por hacer una breve escala allí —debía de tratarse de algún negocio particular— y Davidson consintió en intentarlo. Cincuenta dólares, me dijo, no van a ninguna parte, pero tenía curiosidad por ver el lugar, y el pequeño Sissie podía ir a cualquier parte donde hubiera suficiente agua para que flotara un plato hondo.

»Davidson desembarcó a su plutócrata javanés y, como tenía que esperar un par de horas a la marea, bajó él mismo a tierra para estirar las piernas.

»Era un pequeño asentamiento. Unas sesenta casas, la mayoría construidas sobre pilotes en el río, el resto desperdigadas entre la hierba alta; el habitual sendero por detrás, el bosque bordeando el claro y ahogando el poco aire que podría haber habido, convirtiéndolo en un miasma muerto, sofocante.

»Toda la población estaba en silencio en la orillas del río observando con

atención, como los malayos hacen, al Sissie anclado en la corriente. Era casi tan maravilloso para ellos como la visita de un ángel. Muchos de los ancianos habían oído hablar vagamente de barcos de fuego, y no muchos de la generación más joven habían visto uno. En el sendero de atrás Davidson daba un paseo en perfecta soledad, pero notó un mal olor y decidió que no iría más lejos.

»Mientras permanecía de pie secándose la frente, oyó desde algún lugar la exclamación: “¡Dios mío! ¡Es Davy!”.

»La mandíbula inferior de Davidson, como así lo expresó, se descolgó al grito de esta voz excitada. Davy era el nombre utilizado por sus compañeros de juventud, no lo había oído durante años. Miró fijamente alrededor con la boca abierta y vio una mujer blanca salir de la hierba alta en la que una pequeña choza estaba enterrada casi hasta el tejado.

»Intenta imaginar la sorpresa: en ese lugar salvaje que no podías encontrar en un mapa, y más miserable que el asentamiento malayo más golpeado por la pobreza que pudiera existir, esta mujer europea salía rozando la larga hierba con una especie de vestido de tarde imposible, de satén rosa descolorido, con una larga cola y adornos de encaje raídos; sus ojos como carbones negros en un rostro blanco pálido. Davidson pensó que estaba soñando, que estaba delirando. Desde el repugnante agujero de lodo del pueblo (era lo que Davidson había oído justo antes) una pareja de búfalos sucios se levantaron con fuertes bufidos y se alejaron pesadamente chocando con los arbustos, asustados por esta aparición.

»La mujer avanzó con los brazos extendidos y apoyó las manos en los hombros de Davidson exclamando: “¡Vaya! Apenas has cambiado. El mismo Davy de siempre”. Y rió de forma algo estridente.

»Este sonido fue para Davidson lo que una descarga eléctrica es para un cadáver. Lo sintió en todos los músculos. “Anne la Risueña”, dijo con voz sorprendida.

»—Lo que queda de ella, Davy. Lo que queda de ella.

»Davidson miró al cielo, pero no se veía globo alguno desde el que ella pudiese haber caído en ese lugar. Cuando bajó su aturdida mirada, la posó en un niño agarrado con una manita morena al vestido de satén rosa. Había salido de la hierba corriendo tras ella. De haber visto Davidson un duende de verdad sus ojos no se habrían salido más de las órbitas que con este chico de sucia camisa blanca y pantalones cortos harapientos. Tenía una cabeza redonda de pequeños rizos castaños, piernas quemadas por el sol, cara pecosa y ojos alegres. Urgido por su madre para que saludara al caballero, acabó por dirigirse a Davidson en francés.

»—Bonjour.

»Davidson, abrumado, levantó en silencio la mirada hacia la mujer. Ella envió al niño de vuelta a la cabaña, y cuando hubo desaparecido en la hierba, se volvió a Davidson, intentó hablar, pero después de pronunciar las palabras “Ése es mi Tony”, rompió en un largo ataque de llanto. Tuvo que apoyarse en el hombro de Davidson. Él, afligido por la bondad de su corazón, permaneció inmóvil en el sitio donde ella le

había alcanzado.

»Qué encuentro, ¿eh? Bamtz la había enviado a ver qué hombre blanco era el que había desembarcado. Y ella le había reconocido de la época en que Davidson, que había buceado él mismo en busca de perlas en su juventud, se había asociado con Harry el Perlas y otros, el más tranquilo de un grupo bastante alborotador.

»Antes de que Davidson volviera sobre sus pasos para ir a bordo del vapor, escuchó mucho sobre la historia de Anne la Risueña, e incluso se había visto, en el sendero, con el propio Bamtz. Ella volvió corriendo a la cabaña para buscarlo, y él salió indolentemente, las manos en los bolsillos, con la actitud despreocupada, indiferente, bajo la que ocultaba su tendencia a la cobardía. Ssssí..., pensaba en establecerse aquí de forma permanente... con ella. Esto lo dijo indicando con la cabeza a Anne la Risueña, que permanecía a su lado, una figura demacrada, trágicamente ansiosa, con el pelo negro colgando sobre sus hombros.

»—Se acabaron el maquillaje y los tintes para mí, Davy —interrumpió—, con sólo hacer lo que él quiere que hagas. Sabes que siempre estuve dispuesta a permanecer junto a mis hombres... sólo con que me lo permitieran.

»Davidson no tenía duda de su sinceridad. Era de la buena fe de Bamtz de lo que no estaba en absoluto seguro. Bamtz quería que Davidson le prometiese hacer escala en Mirrah de forma más o menos regular. Creía que había una posibilidad de hacer negocio con el ratán allí con sólo poder contar con alguna embarcación que trajera material y se llevase su producción.

»—Tengo algunos dólares con los que empezar. La gente está de acuerdo.

»Había llegado allí, donde no era conocido, en un prao nativo, y había conseguido, con su actitud sosegada y el tipo apropiado de historia que sabía cómo contar a los nativos, ganarse el favor del jefe.

»—El Orang Kaya me ha dado esa casa vacía de ahí para vivir en ella el tiempo que esté —añadió Bamtz.

»—Hazlo, Davy —imploró la mujer de repente—. Piensa en ese pobre niño.

»—¿Le ha visto? Un chiquillo encantador —dijo el gandul reformado con tal tono de interés que provocó en Davidson una mirada amable.

»Claro que puedo hacerlo —declaró—. En un principio pensó en poner alguna condición como que Bamtz se comportara de forma decente con la mujer, pero su delicadeza exagerada y también la certeza de que las promesas de un tipo así no valían nada lo contuvieron. Anne bajó con él por el sendero una pequeña distancia hablando ansiosamente.

»—Es por el niño. ¿Cómo podría haberlo mantenido conmigo si hubiera tenido que deambular por las ciudades? Aquí nunca sabrá que su madre fue una mujer de la calle. Y a este Bamtz le gusta. Le tiene realmente cariño. Supongo que debería dar gracias a Dios por eso.

»—¿Y crees que puedes arreglártelas para vivir aquí? —preguntó amablemente.

»—¿Y qué voy a hacer? Sabes que siempre he permanecido junto a los hombres

en lo bueno y en lo malo hasta que se han hartado de mí. ¡Y ahora mírame! Pero por dentro sigo siendo la misma de siempre. He sido honesta con todos ellos uno tras otro. Sólo que de algún modo se cansan de mí. ¡Oh, Davy! Harry no debió haberse desembarazado de mí. Fue él quien me llevó por el mal camino.

»Davidson le mencionó que Harry el Perlas llevaba muerto varios años. ¿Tal vez lo había oído?

»Hizo un gesto de que lo había oído y anduvo en silencio al lado de Davidson casi hasta la orilla. Entonces le dijo que su encuentro le había traído a la mente los viejos tiempos. No había llorado en años. Tampoco era una mujer llorona. Fue el oír que la llamaba Anne La Risueña lo que la había hecho sollozar como una tonta. Harry fue el único hombre al que había amado. Los demás...

»Se encogió de hombros. Pero se enorgullecía de su lealtad hacia los sucesivos compañeros de sus desgraciadas aventuras. Nunca había jugado malas pasadas en su vida, era una compañera digna de tenerse. Pero los hombres se cansaban, no entendían a las mujeres. Suponía que tenía que ser así.

»Davidson intentó un velado aviso contra Bamtz, pero ella lo interrumpió. Sabía lo que eran los hombres. Sabía cómo era ese hombre. Pero se llevaba de maravilla con el niño. Y Davidson desistió gustosamente, diciéndose que seguramente la pobre Anne la Risueña no se haría ilusiones esta vez. Ella le apretó fuertemente la mano al separarse.

»—Es por el niño, Davy... es por el niño. ¿No es un muchachito genial?

CAPÍTULO II

—**T**ODO esto ocurrió más o menos dos años antes del día en el que Davidson, sentado en esta misma sala, hablaba con mi amigo. En un momento verás cómo esta sala se llena. Se ocuparán todos los asientos y, como observas, las mesas están colocadas muy cerca, así que los respaldos de las sillas casi se tocan. Hay también aquí mucho ruido de voces hacia la una en punto.

»No creo que Davidson estuviera hablando muy alto, pero muy probablemente tuvo que levantar la voz para que mi amigo le oyera al otro lado de la mesa. Y aquí la casualidad, mera casualidad, se pone en marcha proporcionando un par de finos oídos detrás de la silla de Davidson. Había una posibilidad entre diez de que el dueño de los mismos tuviera en sus bolsillos suficiente calderilla para almorzar aquí. Pero la tenía. Lo más probable es que durante la noche le hubiese levantado a alguien algunos dólares a las cartas. Era una criatura astuta de nombre Fector, un tipo delgado, bajo y nervioso, con cara roja y ojos turbios. Se definía como periodista igual que determinado tipo de mujeres se anuncian como actrices en el banquillo de un juzgado de instrucción.

»Solía presentarse a los extraños como un hombre con la misión de perseguir los abusos y luchar contra ellos allí donde los encontraba. También insinuaba que era un mártir. Y era un hecho que había sido pateado, fustigado, encarcelado y expulsado con ignominia de todos los lugares habidos entre Ceilán y Shanghái, por chantajista profesional.

»Supongo que, en ese oficio, tienes que tener el ingenio alerta y oídos finos. No es probable que escuchara cada palabra que Davidson dijo sobre su viaje de recolección de dólares, pero escuchó lo suficiente para poner su ingenio a trabajar.

»Dejó que Davidson saliera, y entonces se precipitó al barrio bajo a un especie de casa de huéspedes regentada conjuntamente por el típico portugués y un chino poco respetable. Se llamaba hotel Macao, pero era más bien un garito de juego poco recomendable. Quizá te suene.

»Allí, la noche anterior, Fector había conocido a una curiosa pareja, una sociedad más extraña incluso que la del portugués y el chino. Uno de ellos era Niclaus, ¿sabes? ¡Vaya! El tipo con bigote tártaro y tez amarilla, como un mongol, sólo que sus ojos eran occidentales y su cara no era tan lisa. Uno no podía saber de qué raza era. Un diablo cualquiera. Desde cierto punto de vista podrías pensar que era un hombre blanco nauseabundo. Y me atrevería a decir que lo era. Poseía un prao malayo y se autodenominaba el Nakhoda, como si uno dijera: el capitán. ¡Ajá! ¿Recuerdas? Evidentemente no sabía hablar ningún otro idioma europeo aparte del inglés, pero

enarbolaba la bandera holandesa en su prao.

»El otro era el Francés sin manos. Sí. El mismo que conocimos en el 79 en Sídney, regentando una pequeña tienda de tabacos en la parte baja de la calle George. Recordarás el enorme cuerpo encorvado detrás del mostrador, la gran cara blanca y el largo pelo negro peinado hacia atrás, retirado de la frente ancha como la de un bardo. Siempre intentaba liar cigarrillos sobre su rodilla con los muñones, contando historias interminables de Polinesia y quejándose y maldiciendo por turnos sobre “mon malheur”. Se había volado las manos con un cartucho de dinamita mientras pescaba en algún lago. Este accidente, creo, le hizo más malvado que antes, que ya es decir.

»Siempre estaba hablando de “reanudar sus actividades” algún día, cualesquiera que fuesen, si tan sólo pudiese encontrar un socio inteligente. Era evidente que la pequeña tienda no era lugar para sus actividades, y la mujer enfermiza de rostro descompuesto que solía entrar a veces por la puerta de atrás, no era compañera para él.

»Y, ciertamente, pronto desapareció de Sídney, tras algunos problemas con los tipos de la aduana relacionados con sus existencias. Bienes robados de un almacén o algo parecido. Abandonó a la mujer, aunque debió de haberse asegurado algún tipo de compañía..., no habría podido valerse por sí mismo; pero acerca de con quién se marchó y dónde, y qué otras compañías pudo haber buscado después es imposible hacer la más remota conjetura.

»Por qué exactamente vino a este lugar es algo que no puedo decir. Hacia el final de mi estancia aquí empezamos a oír hablar de un francés mutilado al que se le había visto aquí y allá. Pero entonces nadie sabía que se había unido a Niclaus y vivía en su prao. Me atrevería a decir que le encargó a Niclaus una o dos cosas. En cualquier caso, era una sociedad. Niclaus de alguna forma tenía miedo del Francés debido a su genio, que era terrible. Parecía entonces un demonio; pero un hombre sin manos, incapaz de cargar o manejar un arma, puede atacar a uno solamente con sus dientes en el mejor de los casos. De ese peligro Niclaus estaba seguro de que siempre podría defenderse.

»La pareja estaba sola holgazaneando en el salón de ese infame hotel cuando Fector apareció. Después de andarse por las ramas, porque dudaba de hasta qué punto podía confiar en estos dos, repitió lo que había oído en la casa de comidas.

»Su historia no tuvo mucho éxito hasta que mencionó el estuario y el nombre de Bamtz. Niclaus, que navegaba por todas partes como un nativo en un prao, estaba, en palabras suyas, “familiarizado con la zona”. El enorme Francés, andando por la habitación arriba y abajo con los muñones en los bolsillos de su chaqueta, se detuvo de golpe sorprendido. «Comment? ¡Bamtz! ¡Bamtz!».

»Se había encontrado con él varias veces en su vida. Exclamó: “¡Bamtz! Mais je ne connais que ca!”. Y le dedicó a Bamtz un epíteto tan despreciativamente indecente que cuando, más tarde, aludió a él como «une chiffe» (un simple harapo) sonó casi como un cumplido. «Podemos hacer con él lo que queramos», afirmó con confianza.

«Oh, sí. Realmente debemos darnos prisa en visitar a ese...» (otro horrible epíteto descriptivo muy poco apto para ser repetido). «Que el diablo me lleve si no damos un golpe que nos solucione la vida durante mucho tiempo».

»Imaginó todo ese montón de dólares fundidos en barras y vendidos en algún lugar de la costa de China. Nunca dudó de que escaparían tras el golpe. Estaba el prao de Niclaus para conseguirlo.

»En su entusiasmo sacó sus muñones de los bolsillos y los movió alrededor. Después, dándose cuenta de ellos, por así decir, los mantuvo enfrente de sus ojos, maldiciendo y blasfemando, y lamentando su desgracia y su impotencia hasta que Niclaus lo calmó.

»Pero fue su mente la que planeó el asunto y su espíritu el que empujó a los otros dos. Ninguno de ellos era el tipo de bucanero intrépido, y Fector, en particular, no había usado en toda su ajetreada vida otras armas que calumnias y mentiras.

»Aquella misma tarde salieron a visitar a Bamtz en el prao de Niclaus, que había permanecido bajo el puente del canal, vacío de su cargamento de cocos, durante un día o dos. Debían de haber pasado por delante de la proa del anclado Sissie, mirándolo sin duda con interés como el escenario de su futura hazaña, el gran botín, le grand coup!

»La mujer de Davidson, para su gran sorpresa, estuvo enfadada con él durante varios días antes de marcharse. No sé si se le pasó por la cabeza que, a pesar de su rostro angelical, era una chica estúpidamente obstinada. No le gustaba el trópico. La había llevado allí, donde no tenía amigos, y ahora, dijo, estaba siendo desconsiderado. Tenía el presentimiento de alguna desgracia y, a pesar de las meticulosas explicaciones de Davidson, no podía entender por qué sus presentimientos eran ignorados. La última noche antes de que Davidson partiera le preguntó de forma desconfiada:

»—¿Por qué motivo estás tan ansioso por irte esta vez?

»—No estoy ansioso —objetó el bueno de Davidson—. Simplemente no puedo evitarlo. No hay nadie más que pueda ir en mi lugar.

»—¡Oh! No hay nadie —dijo, volviéndose lentamente.

»Estuvo tan distante con él esa noche que Davidson, por delicadeza, se decidió a decirle adiós enseguida e ir a dormir a bordo. Se sentía muy desdichado y, por extraño que parezca, más por él mismo que por causa de su esposa. Ella le parecía mucho más ofendida que afligida.

»Tres semanas más tarde, habiendo recogido una buena cantidad de cajas de viejos dólares (estaban almacenadas en el lazareto de popa con una barra de hierro y un candado bloqueando la trampilla bajo la mesa de su camarote), sí, con una cantidad mayor de la que había esperado recoger, se encontraba de regreso a la casa y frente a la entrada del estuario donde Bamtz vivía e incluso, en algún sentido, prosperaba.

»Era tan tarde que Davidson realmente dudó de si esta vez debía no pasar. No se

preocupaba por Bamtz, que era un hombre envilecido pero no realmente infeliz. Su piedad por Anne la Risueña no era más de lo que su situación merecía. Pero su bondad era de una clase particularmente delicada. Se daba cuenta de cómo esta gente dependía de él, y cómo sentirían su dependencia (si él no aparecía) después de un largo mes de ansiosa espera. Movido por su sensible humanidad, Davidson, en la oscuridad creciente, giró la proa del Sissie hacia la costa apenas perceptible y la guió de forma segura a través de un laberinto de zonas poco profundas. Pero cuando llegó a la boca del estuario la noche había caído.

»El estrecho canal se extendía a través del bosque como un corte negro. Y como siempre había en el canal obstáculos de tierra que eran imposibles de distinguir, con mucho cuidado Davidson giró el Sissie, y únicamente con el vapor suficiente en las calderas para impulsarlo hacia delante si era necesario, dejó que navegara de popa deriva arriba con la marea, silencioso e invisible en la impenetrable oscuridad y la silenciosa quietud.

»Fue una larga tarea y cuando tras dos horas Davidson pensó que debía de estar en el claro, el asentamiento dormía ya, todo el terreno de bosques y ríos estaba dormido.

»Davidson, al ver una luz solitaria en la densa oscuridad de la orilla, sabía que brillaba en la casa de Bamtz. Esto era inesperado a esa hora de la noche, pero oportuno como guía. Con un giro de la hélice y un toque en el timón atracó el Sissie junto al embarcadero de Bamtz... una miserable estructura de una docena de pilotes y unos pocos tablones de la que el exvagabundo estaba muy orgulloso. Un par de kalashes bajaron a él de un salto, amarraron en los postes las cuerdas que les lanzaron, y el Sissie descansó sin llamar la atención o el más mínimo ruido. Y justo a tiempo además, porque la marea cambió antes incluso de que estuviera amarrado adecuadamente.

»Davidson comió algo y después, al ir a cubierta para echar un último vistazo, observó que la luz aún brillaba en la casa.

»Esto era muy extraño, pero ya que estaban despiertos tan tarde, Davidson pensó que subiría para decir que tenía prisa por marcharse y preguntar qué ratán del almacén debería enviarse a bordo nada más amanecer.

»Pisó con cuidado sobre los inestables tablones, sin ninguna gana de torcerse un tobillo, y tomó el camino a través del terreno baldío hasta el pie de la escalera de la casa. La casa no era sino una pomposa cabaña sobre pilotes, sin cerco y solitaria.

»Al igual que muchos hombres chatos, Davidson es muy ligero de pies. Trepó los siete o más escalones, cruzó la plataforma de bambú silenciosamente, pero lo que vio a través de la entrada lo detuvo bruscamente.

»Cuatro hombres estaban sentados junto a la luz de una vela solitaria. Había una botella, una jarra y vasos sobre la mesa, pero no estaban ocupados en beber. Dos barajas de cartas reposaban ahí también, pero no se disponían a jugar. Hablaban entre ellos en susurros, y permanecieron sin advertir en absoluto su presencia. Él mismo

estuvo durante un momento demasiado sorprendido como para hacer un ruido. El mundo estaba inmóvil, excepto por el siseo de las cabezas susurrantes amontonadas juntas sobre la mesa.

»Y a Davidson, en palabras propias que le he citado antes, no le gustó. No le gustó en absoluto.

»La situación terminó con un grito procedente de la oscura zona interior de la habitación. “¡Oh Davy! Me has dado un buen susto”.

»Davidson distinguió al otro lado de la mesa el rostro muy pálido de Anne. Ella se rió de forma un poco histérica, desde las profundas sombras entre las lúgubres paredes de estera. “¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!”.

»Las cuatro cabezas se separaron de golpe al primer ruido, y cuatro pares de ojos se fijaron fríamente en Davidson. La mujer avanzó, vistiendo poco más que un camisón suelto de cretona y zapatillas de paja en sus pies desnudos. Su cabeza estaba envuelta al estilo malayo en un pañuelo rojo, con un mechón de pelo suelto colgando por detrás. Sus profesionales y alegres plumajes europeos se le habían literalmente caído a lo largo de estos dos años, pero un largo collar de cuentas de ámbar colgaba alrededor de su cuello descubierto. Era el único adorno que le quedaba, Bamtz había vendido todas sus baratijas durante la huida desde Saigón... cuando su relación comenzó.

»Ella avanzó, más allá de la mesa, hacia la luz, con su habitual gesto de brazos extendidos a tuestas, como si su alma, ¡pobre!, se hubiera quedado ciega hace mucho, con sus pálidas mejilla huecas, sus ojos oscuramente salvajes, dementes, como pensó Davidson. Se acercó con prontitud, le agarró del brazo, le arrastró adentro. “Es el mismísimo cielo el que te envía esta noche. Mi Tony está tan mal..., ven a verlo. ¡Acompáñame, vamos!”.

»Davidson consintió. El único hombre que se movió fue Bamtz, que hizo ademán de levantarse pero volvió a caer en su silla de nuevo. Davidson, al pasar, le escuchó murmurar confusamente algo que sonó como “pobre diablito”.

»El niño, que yacía muy ruborizado en una miserable cuna hecha a base de cajas de ginebra, miraba fijamente a Davidson con grandes ojos soñolientos. Claramente era un ataque agudo de fiebre. Pero mientras Davidson prometía ir a bordo y coger algunas medicinas, y en general trataba de decir algo tranquilizador, no pudo evitar quedar sorprendido por la extraordinaria actitud de la mujer que estaba a su lado. Observando con expresión desesperada la cuna, lanzó de repente una rápida mirada asustada a Davidson y después a la otra habitación.

»—Sí, mi pobre muchacha —susurró, interpretando a su manera el aturdimiento de ella aunque no tenía nada concreto en su mente—. Me temo que esto no presagia nada bueno para ti. ¿Por qué están aquí?

»Ella agarró el antebrazo de él y exhaló con fuerza: “¡Nada bueno para mí! ¡Oh, no! ¡Esto va contigo! Van tras los dólares que tienes a bordo”.

»Davidson dejó escapar un sorprendido: “¿Cómo saben que hay dólares?”.

»Ella dio una ligera palmada con sus manos, angustiada. «¡Así que es verdad! ¿Los tienes a bordo? Entonces ten cuidado».

»Permanecieron contemplando al niño en la cuna, conscientes de que podían ser observados desde la otra habitación.

»—Tenemos que conseguir que sude lo antes posible —dijo Davidson con voz normal—. Le tendrás que dar alguna bebida caliente. Iré a bordo y traeré un hervidor de alcohol entre otras cosas. —Y añadió en voz baja—: ¿Corre peligro mi vida?

»Ella no hizo ninguna señal, había vuelto a su desolada contemplación del niño. Davidson pensó que ni siquiera le había oído, cuando con expresión inalterable habló en un susurro.

»—El Francés lo haría sin dudarlo. Los otros lo evitan a menos que te resistas. Es un demonio. Los alienta a seguir. Sin él no habrían hecho nada salvo hablar. He intimado con él. Qué puedes hacer cuando estás con un hombre como el tipo con el que estoy ahora. Bamtz les tiene pánico y ellos lo saben. Está en ello por temor. ¡Oh, Davy! ¡Llévate tu barco, rápido!

»—Demasiado tarde —dijo Davidson—. El barco ya está en el lodo.

»—Si el niño no se hubiera encontrado en este estado habría huido con él, hacia ti, al bosque, a cualquier parte. ¡Oh, Davy!, ¿morirá? —gritó de repente.

»Davidson se encontró tres hombres en la entrada. Le abrieron paso sin en realidad atreverse a sostener su mirada. Aunque Bamtz fue el único que bajó la vista con aire culpable. El gran Francés se había quedado recostado en su silla, metió los muñones en los bolsillos y se dirigió a Davidson.

»—¿No es una pena lo de ese niño? El sufrimiento de esa mujer me apena, pero no soy de utilidad en el mundo. No podría ni ahuecar la almohada de mi mejor amigo enfermo. No tengo manos. ¿Le importaría poner uno de esos cigarros de ahí en la boca de un pobre lisiado inofensivo? Mis nervios necesitan calmarse..., palabra, lo necesitan.

»Davidson accedió con su sonrisa naturalmente amable. Como su calma exterior se vuelve más acusada, si ello es posible, cuanta más razón hay para el nerviosismo, y como los ojos de Davidson, cuando su ingenio trabaja mucho, se quedan muy quietos y como dormidos, el enorme Francés podría haber acertado con su conclusión de que ese hombre era un simple cordero... un cordero preparado para ser sacrificado. Con un “merci bien” levantó su enorme cuerpo para llegar con su cigarro a la luz de la vela, y Davidson salió de la casa.

»Al bajar al barco y volver tuvo tiempo para considerar su posición. Al principio se sentía inclinado a creer que estos hombres (Niclaus..., el Nakhoda blanco..., era al único que conocía de vista con anterioridad, aparte de a Bamtz) no eran del tipo con el que actuar de manera extrema. Ésta fue en parte la razón por la que nunca intentó tomar ninguna medida a bordo. No se podía pensar en sus pacíficos kalashes contra hombres blancos. Su pobre maquinista habría tenido un ataque de pánico ante la simple idea de cualquier tipo de combate. Davidson sabía que en este asunto, si

alguna vez tenía lugar, tendría que depender de sí mismo.

»Davidson naturalmente subestimó la influencia del carácter del Francés y la fuerza del objetivo que les movía. Para ese hombre tan desesperadamente lisiado esos dólares eran una enorme oportunidad. Con su parte del robo abriría otra tienda en Vladivostok, Haiphong, Manila... algún lugar lejano.

»Tampoco se le ocurrió a Davidson, que es un hombre valiente como ningún otro, que el mundo en general no conocía su psicología, y que a este montón de rufianes en particular, que lo juzgaban por su aspecto, les pareció una criatura nada sospechosa, inofensiva, blanda, cuando pasó de nuevo por la habitación, con sus manos llenas de objetos diversos y paquetes destinados al niño enfermo.

»Los cuatro estaban de nuevo sentados alrededor de la mesa. Como Bamtz no tenía valor para abrir la boca, fue Niclaus quien, como portavoz, le dijo con voz ebria que saliera pronto y se les uniera para beber.

»—Creo que tendré que estar un rato ahí adentro, para ayudarle a cuidar del niño —Davidson contestó sin detenerse.

»Esto fue oportuno para disipar una posible sospecha. Y, tal como era, Davidson sintió que no debía permanecer mucho tiempo.

»Se sentó en una vieja barrica de clavos vacía cerca de la improvisada cuna y miró al niño, mientras Anne la Risueña, moviéndose de un lado a otro, preparando la bebida caliente, dándosela al niño a cucharadas o parándose a mirar inmóvil la cara ruborizada, susurraba trozos de información inconexos. Había conseguido entablar amistad con el diablo Francés. Davy comprendería que supiera cómo mostrarse agradable con un hombre.

»Y Davidson asintió sin mirarla.

»La gran bestia había llegado a tener bastante confianza con ella. Ella sujetaba sus cartas cuando jugaban una partida. ¡Bamtz! ¡Oh! Debido a su miedo Bamtz estaba muy contento de ver al Francés de buen humor. Y el Francés había llegado a creer que era una mujer de poco juicio. Así fue como llegaron a hablar abiertamente ante ella. Durante mucho tiempo no pudo entender qué se traían entre manos. Los recién llegados, no esperando encontrar a una mujer con Bamtz, se habían sentido muy sorprendidos y molestos al principio, explicó.

»Estaba ocupada atendiendo al niño, y nadie que hubiera mirado hacia esa habitación habría notado nada sospechoso en esas dos personas que intercambiaban murmullos junto a la cama del enfermo.

»—Pero ahora piensan que soy más hombre de lo que Bamtz nunca fue —dijo con una risa débil.

»El niño gemía. Ella se arrodilló y, encorvándose, lo contempló con pena. Después, levantando la cabeza, preguntó a Davidson si pensaba que el niño se pondría mejor. Davidson estaba convencido de ello. Ella murmuró tristemente: “Pobre niño. No hay nada en la vida para alguien como él. Sin la oportunidad de un perro. ¡Pero no podría dejarlo marchar, Davy! No podría”.

»Davidson sintió una profunda piedad por el niño. Ella apoyó la mano en la rodilla de él y susurró una seria advertencia contra el Francés. Davy no debía jamás dejar que se acercase demasiado. Naturalmente Davidson quería saber la razón, pues un hombre sin manos no le parecía nada temible bajo ninguna circunstancia.

»—Ten cuidado de no dejarle... eso es todo —ella insistió ansiosamente, dudó y luego confesó que el Francés se había separado de los otros esa tarde y la había ordenado atar una pesa de hierro de siete libras (del juego de pesas que Bamtz utilizaba en los negocios) a su muñón derecho. Lo tuvo que hacer para él, temió su temperamento violento. Bamtz era tan cobarde, y a ninguno de los otros hombres le hubiera importado lo que a ella le ocurriera. El Francés, sin embargo, con muchas amenazas horribles le había advertido que no dijera a los otros lo que había hecho para él. Después había intentado engatusarla. Le había prometido que si permanecía junto a él de manera leal en este negocio se la llevaría consigo a Haiphong o a algún otro lugar. Un pobre lisiado necesitaba a alguien para cuidarlo... siempre.

»Davidson le preguntó de nuevo si realmente tenían intención de hacer daño. Era, me contó, lo más difícil de creer a lo que se había tenido que enfrentar en su vida. Anne asintió. El Francés iba a por todas con este robo. Davy podía esperar que, hacia medianoche, subieran subrepticamente a bordo del barco, para robar, seguro... matar, quizá. Su voz sonaba cansada, y sus ojos permanecían fijos en su hijo.

»Y aún Davidson no podía aceptarlo de ninguna manera, su menosprecio hacia estos hombres era demasiado grande.

»—Mira, Davy —dijo—. Saldré con ellos cuando empiecen, y será mala suerte si no encuentro algo de lo que reírme. Están acostumbrados a que yo haga eso. Reír o llorar..., qué hay de raro. Podrás oírme a bordo en esta tranquila noche. También está oscuro. ¡Oh! ¡Está oscuro, Davy!... ¡Está oscuro!

»—No corras ningún riesgo —dijo Davidson. Poco después llamó su atención hacia el niño que, menos ruborizado ahora, había caído en un profundo sueño—. Mira. ¡Se pondrá bien!

»Ella hizo como si fuera a llevar al niño a su pecho, pero se contuvo. Davidson estaba preparado para irse. Ella susurró precipitadamente:

»—¡Ten cuidado, Davy! Les he dicho que normalmente duermes en popa en la hamaca, bajo el toldo delante del camarote. Además, me han estado preguntando sobre tus costumbres y sobre tu barco. Les dije todo lo que sabía. Tenía que llevarme bien con ellos. Y Bamtz se lo habría dicho si yo no lo hubiese hecho..., ¿entiendes?

»Él hizo un gesto amable y se fue. Los hombres alrededor de la mesa (excepto Bamtz) lo miraron. Esta vez fue Fector quien habló. “¿No se echa con nosotros una partida tranquila, capitán?”.

»Davidson dijo que ahora que el niño estaba mejor volvería a bordo y se acostaría. Fector fue el único de los cuatro a quien, por así decirlo, no había visto nunca, pues ya había examinado bien al Francés. Observó los ojos turbios de Fector, su boca mezquina, amarga. El desprecio de Davidson por esos hombres aumentó en

su garganta, mientras que su sonrisa plácida, su tono amable y su aire general de inocencia los animaba. Intercambiaron miradas significativas.

»—Estaremos sentados hasta tarde con las cartas —dijo Fector con su voz áspera y grave.

»—Hagan el menor ruido posible.

»—¡Oh! Somos un grupo tranquilo. Y si el enfermo no se encontrara bien, ella no dudaría en enviar a uno de nosotros para llamarlo, de manera que pueda ejercer de doctor otra vez. Así que no dispare.

»—No es un hombre que dispare —intervino Niclaus.

»—De todos modos nunca disparo antes de estar seguro de que hay una razón para ello —dijo Davidson.

»Bamtz dejó escapar una débil risita. Únicamente el Francés se levantó para inclinarse ante el indiferente saludo de Davidson. Los muñones estaban atrapados inamovibles en sus bolsillos. Ahora Davidson comprendía la razón.

»Bajó al barco. Su ingenio trabajaba activamente, y estaba realmente enfadado. Sonrió, dice (debió de haber sido la primera sonrisa cruel de su vida), al pensar en las siete libras de peso sujeto al extremo del muñón del Francés. El rufián había tomado esa precaución por si pudiera surgir alguna discusión sobre el reparto del dinero. Un hombre con un insospechado poder para asestar golpes mortales tenía ventaja en una pelea súbita en torno a un montón de dinero, incluso contra adversarios armados con revólveres, especialmente si era él el que empezaba la pelea.

»Está preparado para enfrentarse a cualquiera de sus amigos con eso. Pero no lo necesitará. Aquí no habrá ocasión para discutir por esos dólares», pensó Davidson subiendo a bordo en silencio. No se detuvo a mirar si había alguien por la cubierta. De hecho, la mayoría de su tripulación estaba en tierra, y el resto dormía, escondidos como polizones en rincones oscuros.

»Tenía su plan, y lo puso en marcha de forma metódica.

»Fue a buscar abajo un montón de ropa y la colocó en su hamaca de tal forma que abultase como la forma de un cuerpo humano; después tapó todo con una sábana ligera de algodón que utilizaba para arroparse cuando dormía en cubierta. Tras hacer esto, cargó sus dos revólveres y trepó a uno de los botes que el Sissie llevaba justo en la popa, colgado de sus pescantes. Entonces esperó.

»Y de nuevo la duda de que tal cosa le ocurriera creció en su mente. Casi estaba avergonzado de esta ridícula vigilia en un bote. Se aburrió, y después se adormeció. La quietud del universo negro lo fatigó. Ni siquiera había el chapoteo del agua para hacerle compañía, pues la marea estaba baja y el Sissie yacía en lodo blando. De repente, en medio de la noche cerrada, callada, sofocante, un faisán argos chilló en los bosques al otro lado de la corriente. Davidson se sobresaltó violentamente, con todos los sentidos alerta de inmediato.

»La vela aún brillaba en la casa. Todo estaba tranquilo de nuevo, pero Davidson ya no se sentía soñoliento. Una incómoda premonición fatídica lo oprimía.

»—No puede ser que tenga miedo —razonó consigo mismo.

»El silencio era como un precinto en sus oídos, y su nerviosa impaciencia interior se hizo insufrible. Se ordenó a sí mismo mantenerse inmóvil, pero de todas formas estaba a punto de saltar fuera del bote cuando una ligera onda en la inmensidad del silencio, un mero temblor del aire, el fantasma de una risa argéntea le llegó a los oídos.

»¡Imaginaciones!

»Se mantuvo muy quieto. No tuvo dificultad ahora en imitar el sigilo de un ratón... un ratón fatalmente decidido, pero no pudo librarse de esa premonición maligna sin relación con el mero peligro de la situación. Nada ocurrió. ¡Habían sido imaginaciones!

»Le entró la curiosidad de saber cómo irían a actuar. Se lo preguntó una y otra vez, hasta que todo pareció más absurdo que nunca.

»Había dejado el farol encendido en el camarote como de costumbre. Formaba parte de su plan que todo debía ser como de costumbre. De repente, en el débil brillo de los cristales de la claraboya una sombra voluminosa subió por la escalera sin hacer ruido, dio dos pasos hacia la hamaca (colgaba justo sobre la luz de la claraboya) y permaneció inmóvil. ¡El Francés!

»Los minutos empezaron a pasar. Davidson adivinó que el papel del Francés (el pobre lisiado) era vigilar su sueño (el de Davidson), mientras los otros estaban sin duda en el camarote ocupados en forzar la escotilla del lazareto.

»Qué camino pretendían seguir una vez se hicieran con la plata (había diez cajas, y cada una podían llevarla fácilmente dos hombres) nadie puede contarlo ahora. Pero hasta ese momento, Davidson había acertado. Estaban en el camarote. Esperaba escuchar los sonidos del destrozo en cualquier momento. Pero el hecho era que uno de ellos (quizá Fector, que en su época había robado documentos de oficinas) sabía cómo forzar una cerradura, y evidentemente estaba provisto de herramientas. De manera que mientras Davidson esperaba a cada momento oírles empezar ahí abajo, ellos ya habían quitado la barra y sacado en efecto dos cajas del lazareto al camarote.

»En el brillo difuso de la luz de la claraboya el Francés no se movió más que una estatua. Davidson podría haberle disparado con gran facilidad, pero no tenía tendencias homicidas. Además, antes de disparar quería estar seguro de que los otros habían empezado a trabajar. Al no oír los sonidos que esperaba oír, dudó de si todos ellos estarían ya a bordo.

»Mientras escuchaba, el Francés, cuya inmovilidad quizá no ocultaba sino una lucha interna, se movió un paso adelante, luego otro. Davidson, hipnotizado, vio que avanzaba una pierna, sacaba del bolsillo su muñón derecho, el que estaba armado, y balanceando su cuerpo para imprimir una fuerza mayor en el golpe, descargaba la pesa de siete libras sobre la hamaca donde la cabeza del que dormía tendría que haber estado.

»Davidson me confesó que entonces el pelo se le erizó. Si no hubiera sido por

Anne, su cabeza confiada hubiera estado allí. La sorpresa del Francés debió de haber sido sencillamente abrumadora. Se alejó tambaleándose de la hamaca ligeramente balanceante, y antes de que Davidson pudiera hacer un movimiento había desaparecido, bajando a saltos la escalera para avisar y dar el grito de alarma a los otros tipos.

»Davidson saltó al instante del bote, subió la hoja de la claraboya y divisó fugazmente a los hombres allí abajo agachados alrededor de la escotilla. Miraron hacia arriba atemorizados, y en ese momento el Francés en el extremo de la puerta bramó “*Trahison... trahison!*”. Salieron del camarote, cayéndose unos sobre otros y blasfemando horriblemente. El disparo que Davidson hizo a través de la claraboya no había herido a ninguno, pero corrió hacia el margen del techo del camarote e inmediatamente abrió fuego sobre las sombras oscuras que se precipitaban sobre la cubierta. Estos disparos fueron devueltos, y comenzó una rápida descarga, estampidos y fogonazos, con Davidson esquivando detrás de un ventilador y apretando el gatillo hasta que su revólver hizo clic, y luego tirándolo para coger el otro con la mano derecha.

»Había estado oyendo entre el estruendo los gritos furiosos del Francés «Tuez-le!, tuez-le!» por encima de las horribles maldiciones de los otros. Pero aunque le disparaban pensaban sólo en marcharse. En los fogonazos de los últimos disparos Davidson los vio precipitarse sobre la borda. Estaba seguro de que había herido a más de uno. Dos voces diferentes habían gritado de dolor. Pero aparentemente ninguno de ellos estaba incapacitado.

»Davidson se apoyó en el mamparo para volver a cargar su revólver sin prisa. No tenía el más mínimo temor de que volvieran. Por otro lado, no tenía intención de perseguirlos en tierra en la oscuridad. No tenía idea de lo que estaban haciendo, probablemente mirando sus heridas. No muy lejos de la orilla el invisible Francés blasfemaba y maldecía a sus socios, su suerte, y al mundo entero. Paró; entonces con un grito repentino y vengativo, «¡Es esa mujer!..., ¡es esa mujer la que nos ha vendido!, se le oyó alejándose en la noche.

»Davidson recuperó el aliento con un repentino remordimiento de conciencia. Se dio cuenta con consternación de que la estratagema de su defensa había descubierto a Anne. No dudó un momento. Era su deber salvarla. Saltó a tierra. Pero cuando desembarcaba en el muelle escuchó un grito estridente que le atravesó el alma.

»La luz todavía brillaba en la casa. Davidson, revólver en mano, iba hacia ella cuando otro grito, lejos a su izquierda, le hizo cambiar de dirección.

»Cambió de dirección, pero en seguida se detuvo. Fue entonces cuando dudó en fatal perplejidad. Adivinó lo que había pasado. La mujer había conseguido escapar de la casa de algún modo, y ahora estaba siendo perseguida en campo abierto por el enfurecido Francés. Confiaba en que intentara correr a bordo para conseguir protección.

»Todo en torno a Davidson estaba en silencio. Tanto si ella había corrido a bordo

como si no, este silencio significaba que el Francés la había perdido en la oscuridad.

»Davidson, aliviado, pero aún ansioso, volvió hacia la orilla fluvial. No había dado ni dos pasos en esa dirección cuando otro grito prorrumpió detrás de él, de nuevo cerca de la casa.

»Él piensa que el Francés en efecto ha perdido de vista a la pobre mujer. Entonces llegó ese momento de silencio. Pero el horrible rufián no había abandonado su intención homicida. Pensó que trataría de recuperar a su hijo, y fue a esperarla cerca de la casa.

»Debió de haber sido algo así. Cuando ella penetraba en la luz que caía por la escalera de la casa, él se precipitó hacia ella demasiado pronto, impaciente por vengarse. Ella había dejado escapar el segundo grito de terror mortal cuando lo vio, y volvió a correr para salvar la vida.

»Esta vez ella se dirigía al río, pero no en línea recta. Sus gritos daban vueltas en torno a Davidson. Volvió sobre sus pasos siguiendo el horrible rastro de sonido en la oscuridad. Quería gritar “¡Por aquí, Anne! ¡Estoy aquí!”, pero no pudo. Por el horror de su persecución, más terrible en su imaginación que si pudiera haberla visto, el sudor surgió en su frente, mientras que su garganta estaba tan seca como la yesca. Un último grito supremo cesó de golpe.

»El silencio que siguió era incluso más espantoso. Davidson se sintió enfermo. Despegó los pies del suelo y caminó en línea recta, agarrando el revólver y mirando en la oscuridad con temor. De repente una voluminosa forma brincó desde el suelo a unas pocas yardas de él y se alejó corriendo. Instintivamente disparó contra ella, empezó a correr en persecución, y tropezó contra algo blando que lo arrojó de bruces.

»Incluso mientras caía sobre su cabeza sabía que no podía ser nada más que el cuerpo de Anne la Risueña. Se incorporó y, permaneciendo de rodillas, trató de tomarla en brazos. La notó tan desvanecida que renunció. Estaba tumbada boca abajo, su pelo largo extendido en el suelo. Parte de él estaba húmedo. Davidson, palpando su cabeza, llegó a un punto donde el hueso aplastado se hundió bajo sus dedos. Pero incluso antes de ese descubrimiento sabía que estaba muerta. El Francés perseguidor la había tirado al suelo con una patada desde atrás y, sentado en cuclillas sobre su espalda, le estaba golpeando el cráneo con el peso que ella misma le había fijado en el muñón cuando Davidson, de forma totalmente inesperada, surgió de la noche y lo ahuyentó.

»Davidson, arrodillado al lado de esa mujer asesinada tan miserablemente, se sintió superado por el remordimiento. Ella había muerto por él. Su hombría estaba aturdida. Por primera vez sintió miedo. El asesino de Anne la Risueña podría haberse precipitado sobre él en la oscuridad en cualquier momento. Confiesa el impulso de alejarse de ese penoso cadáver a cuatro patas al refugio de su barco. Incluso dice que realmente empezó a hacerlo...

»Uno apenas puede imaginarse a Davidson alejándose a gatas de la mujer asesinada..., Davidson confundido y desconcertado por la idea de que de algún modo

había muerto por él. Pero no pudo haber ido muy lejos. Lo que le retenía era el pensamiento del niño, el hijo de Anne la Risueña, que (Davidson recordó las propias palabras de ella) no tendría más oportunidad que un perro.

»Esta vida que la mujer había dejado atrás se aparecía en la conciencia de Davidson bajo la luz de una verdad sagrada. Adoptó una posición erguida y, todavía estremeciéndose por dentro, giró y caminó hacia la casa.

»A pesar de todos los temblores, estaba muy resuelto; pero ese cráneo aplastado había afectado su imaginación y se sintió indefenso en la oscuridad, en la que le parecía oír vagamente aquí y allá las pisadas acechantes del asesino sin manos. Pero no desfalleció en su propósito. Se marchó con el niño a salvo después de todo. Encontró la casa vacía. Un profundo silencio le rodeó todo el tiempo, excepto una vez, justo cuando bajaba la escalera con Tony en sus brazos, cuando un quejido débil le llegó a los oídos. Parecía venir del espacio, negro como la boca de un lobo, entre los pilotes sobre los que la casa estaba construida, pero no se paró a investigar.

»No merece la pena contarte con detalle cómo Davidson consiguió llegar a bordo con la carga que el destino miserablemente cruel de Anne le había arrojado a los brazos, cómo a la mañana siguiente su tripulación asustada, tras contemplar desde la distancia lo ocurrido a bordo, se reunió con la mayor celeridad, cómo Davidson fue a tierra y, ayudado por su maquinista (aún medio muerto de miedo), envolvió el cuerpo de Ana la Risueña en una sábana de algodón y lo llevó a bordo para enterrarla más tarde en el mar. Mientras estaban ocupados con esta piadosa tarea, Davidson, mirando alrededor, observó un gran montón de ropas blancas amontonadas contra el pilar de una esquina de la casa. De que era el Francés el que yacía allí no podía tener duda. Al relacionarlo con el lúgubre quejido que había oído en la noche, Davidson está muy seguro de que sus disparos aleatorios habían herido mortalmente al asesino de la pobre Anne.

»En cuanto a los demás, Davidson jamás encontró a uno solo de ellos. Ya se hubieran ocultado en el asustado asentamiento, o fugado al bosque, o escondido a bordo del prao de Niclaus, que podía verse en el fango más o menos a un centenar de yardas riachuelo arriba, el hecho es que se habían desvanecido, y Davidson no se preocupó por ellos. No perdió tiempo en salir del riachuelo en cuanto el Sissie flotó. Tras navegar unas veinte millas sin peligro, él (según sus propias palabras) “entregó el cuerpo a las profundidades”. Hizo todo él mismo. La lastró con unas pocas barras de la chimenea, leyó el oficio religioso, levantó el tablón. Él era la única persona de luto. Y mientras rendía estos últimos servicios a la difunta, la desolación de esa vida y de su final desdichadamente atroz imploraba en alto a su compasión, le susurraba con tonos de remordimiento.

»Tenía que haber manejado la advertencia que ella le había dado de otro modo. Ahora estaba convencido de que una simple muestra de vigilancia habría sido suficiente para detener al vil y cobarde grupo. Pero el hecho era que no se había creído demasiado que fueran a intentar algo.

»El cuerpo de Anne la Risueña fue entregado a las profundidades, unas veinte millas al sur suroeste del cabo Selatan. La tarea que Davidson tenía por delante era entregar al hijo de Anne la Risueña al cuidado de su esposa. Y ahí el pobre y bueno de Davidson hizo un movimiento fatal. No quería contarle toda la horrible historia, puesto que conllevaría conocer el peligro del que él, Davidson, había escapado. Y esto, además, después de haberse estado riendo de sus miedos irracionales sólo poco tiempo antes.

»—Pensé que si lo contaba todo, Davidson me explicó, ella nunca tendría un momento de paz mientras yo estuviera ausente en mis viajes.

»Solamente dijo que el muchacho era huérfano, el hijo de alguien a quien él, Davidson, debía grandes favores, y que sentía que tenía el deber moral de cuidar de él. Algún día le contaría más, dijo, y mientras tanto confiaba en la bondad y en el calor de su corazón, en su compasión natural de mujer.

»No sabía que el corazón de ella tenía más o menos el tamaño de una nuez seca y una cantidad proporcional de calor, y que su capacidad de compasión se dirigía principalmente a ella misma. Únicamente se sorprendió y se decepcionó ante el aire de frío asombro y la mirada de sospecha con la que recibió su relato imperfecto. Pero ella no dijo demasiado. Nunca tenía demasiado que decir. Era una tonta del género silencioso y desesperado.

»Sobre la historia que la tripulación de Davidson creyó conveniente hacer circular en la ciudad malaya eso no viene al caso. El mismo Davidson se la confió a algunos de sus amigos, además de relatar oficialmente la historia completa al patrón del puerto.

»El patrón del puerto se mostró bastante asombrado. No creía, sin embargo, que debiera hacerse una queja formal al gobierno holandés. Probablemente al final, tras un montón de problemas y correspondencia, no harían nada. El robo no había tenido éxito después de todo. Se podía confiar en que esos vagabundos se fueran al infierno por sus propios medios. Un sinnúmero de trámites no devolverían la vida a esa pobre mujer, y un disparo afortunado de Davidson había hecho justicia al asesino real. Era mejor olvidar la cuestión.

»Esto era de sentido común, pero él estaba impresionado.

»—Parece un asunto terrible, capitán Davidson.

»—Sí, bastante terrible —concordó un Davidson lleno de remordimiento. Pero lo más terrible para él, aunque aún no lo sabía, era que el estúpido cerebro de su mujer estaba lentamente llegando a la conclusión de que Tony era hijo de Davidson, y que había inventado esa historia poco convincente para meterlo en su casa en contra de la decencia, de la virtud..., de sus más sagrados sentimientos.

»Davidson era consciente de cierta tensión en sus relaciones domésticas. Pero en el mejor de los casos ella no era efusiva, y quizá esa misma frialdad formaba parte de su encanto a los ojos serenos de Davidson. Se ama a las mujeres por todo tipo de razones e incluso por aspectos que uno consideraría repelentes. Ella lo observaba y

alimentaba sus sospechas.

»Entonces, un día, Ritchie Cara de mono visitó a esa dulce y tímida señora Davidson. Ella había llegado bajo su cuidado, y se consideraba un privilegiado, su más antiguo amigo en el trópico. Se hacía pasar por su gran admirador. Fue siempre un gran charlatán. Había conocido la historia muy vagamente, y comenzó a charlar sobre ese tema, creyendo que ella lo sabía todo. Y, después de un rato, soltó algo acerca de Anne la Risueña.

»—Anne la Risueña —dice la señora Davidson con un respingo—. ¿Qué es eso?

»Ritchie se sumergió de inmediato en un circunloquio, pero ella lo detuvo enseguida. “¿Está esa criatura muerta?”, pregunta.

»—Eso creo —tartamudeó Ritchie—. Eso dice su marido.

»—¿Pero usted no lo sabe seguro?

»—¡No! ¿Cómo podría, señora Davidson?

»—Eso es todo lo que hay que saber —dice, y sale de la habitación.

»Cuando Davidson llegó a casa ella estaba lista para atacarlo, no con simple indignación verbal, sino como si derramara poco a poco un chorro de agua fría por su espalda. Ella habló de sus amores ilícitos con una mujer despreciable, de haberla engañado, del insulto a su dignidad.

»Davidson le rogó que le escuchara y le contó toda la historia, creyendo que conmovería hasta a un corazón de piedra. Intentó hacerla comprender su remordimiento. Ella le escuchó hasta el final, dijo “¡No me digas!”, y le dio la espalda.

»—¿No me crees? —preguntó horrorizado.

»No dijo ni que sí ni que no. Todo lo que dijo fue: “Deshazte de ese mocoso inmediatamente”.

»—No le puedo echar a la calle —se lamentó Davidson—. ¿No hablarás en serio?

»—No me importa. Supongo que hay instituciones benéficas para esa clase de niños.

»—Jamás haré eso —dijo Davidson.

»—Muy bien. Para mí es suficiente.

»Después de esto el hogar de Davidson fue para él como un infierno silencioso y helado. Una mujer estúpida que se siente ofendida es peor que un demonio suelto. Él envió al chico a los Padres Blancos de Malaca. No era una clase de educación cara, pero ella no pudo perdonarle no abandonar del todo al detestable niño. Fomentó su sentimiento de esposa agraviada y de pureza herida hasta el punto de que un día, cuando el pobre Davidson estaba suplicándole que fuera razonable y no hiciera imposible la existencia para ambos, se volvió hacia él con fría pasión y le dijo que su mera presencia le resultaba odiosa.

»Davidson, con su escrupulosa delicadeza de sentimientos, no era hombre que impusiera sus derechos a una mujer que no podía soportar su presencia. Incluyó la cabeza, y poco después organizó todo para que volviera con sus padres. Eso era

exactamente lo que ella quería con su ultrajada dignidad. Y además jamás le había gustado el trópico y en secreto había detestado la gente entre la que tenía que vivir como esposa de Davidson. Se llevó su alma pura, sensible, egoísta y pequeña a Fremantle o a algún lugar en esa dirección. Y por supuesto la pequeña se fue también con ella. ¿Qué podía haber hecho el pobre Davidson con una niña pequeña a su cargo, incluso si ella hubiera consentido dejarla con él?, que era impensable.

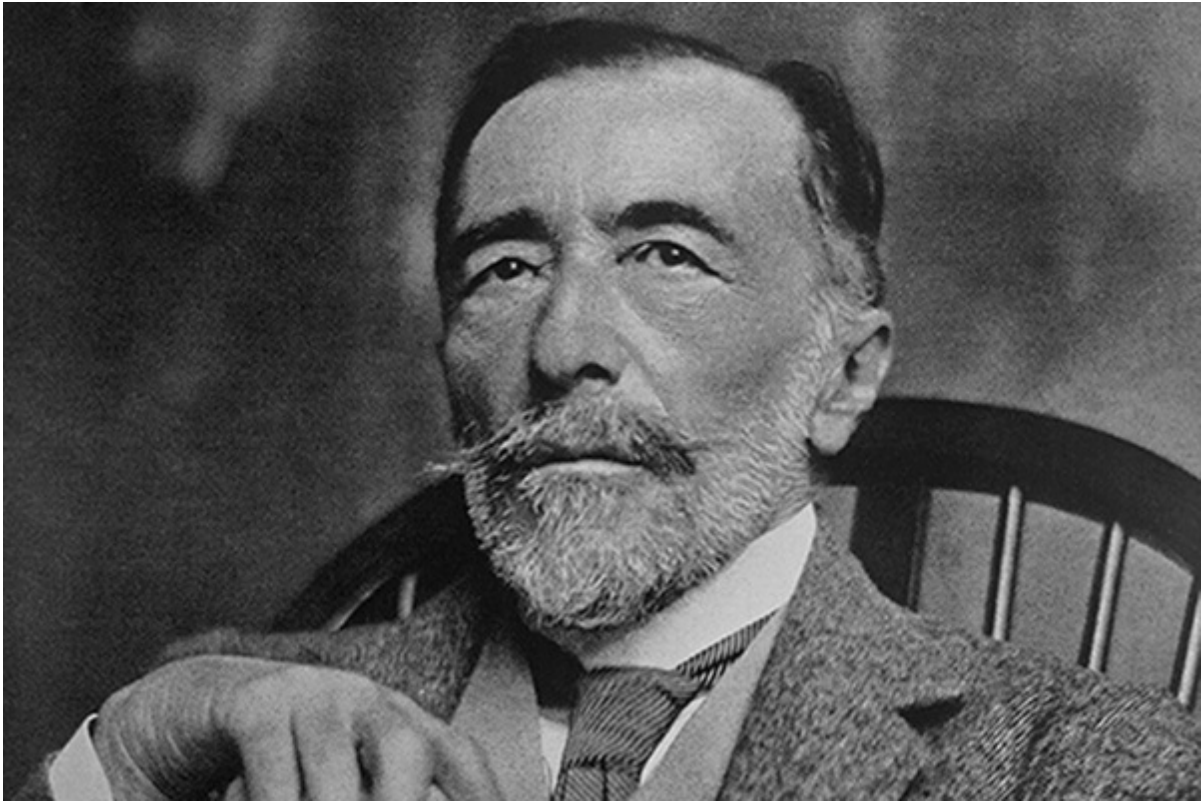
»Ésta es la historia que ha amargado la sonrisa de Davidson, que quizá no lo habría hecho tan a fondo si él no hubiera sido tan buen tipo.

Hollis paró, pero antes de levantarnos de la mesa le pregunté si sabía qué había sido del hijo de Anne la Risueña.

Contó cuidadosamente el cambio que el camarero chino le había entregado, y levantó la cabeza.

—¡Oh! Ése es el toque final. Era un muchachito listo, como sabes, y los Padres se esmeraron mucho en su educación. Davidson esperaba en su corazón obtener consuelo con él. A su tranquila manera es un hombre que necesita afecto. Bien, Tony se ha convertido en un joven excelente..., ¡pero ya ves! Quiere ser sacerdote, su único sueño es ser misionero. Los Padres aseguran a Davidson que se trata de una vocación seria. Le dicen también que tiene una disposición especial para el trabajo de la misión. Así que el chico de Anne la Risueña llevará una vida de santidad en algún lugar de China, incluso se puede convertir en mártir, pero el pobre Davidson se quedará sin nadie. Tendrá que envejecer sin afecto humano a su lado por culpa de esos viejos dólares.

Enero de 1914



JOSEPH CONRAD, (Berdyczow, Ucrania, 1857 - Bishopsbourne, Inglaterra, 1924). Escritor británico de origen polaco, Berdyczów pertenecía entonces a Polonia. Debido a la profundidad de su obra, en la que analiza los rincones más débiles y oscuros del alma humana, está considerado uno de los grandes autores en lengua inglesa del siglo XIX.

Conrad nació en el seno de una familia noble, muy activa dentro de los movimientos nacionalista polacos, algo que supuso su exilio tras la insurrección polaca de 1863. Tras quedar huérfano marchó a Marsella donde, a los 17 años, se enroló como marinero en un barco mercante.

De sus experiencias como marino por las costas de Sudamérica, India o África se nutren muchos de sus posteriores relatos, así como de sus vivencias durante las Guerras Carlistas en España, en las que participó en el bando carlista.

Nacionalizado inglés tras varios años enrolado en la Royal Navy decidió retirarse a los 38 años para dedicarse de manera íntegra a la escritura. Comenzó a escribir en inglés, cuya escritura no dominaba al principio tan bien como el polaco o el francés.

Es importante su visita al Congo Belga en 1888, donde constató las atrocidades cometidas sobre la población indígena, algo que sentaría las bases de una de sus novelas más famosas, *El corazón de las tinieblas*. Conrad también escribió algunos de los clásicos más memorables de la novela de aventuras, como *Lord Jim* o *Un vagabundo en las islas*.

Su estilo, a medio camino entre la tradición clásica y el nuevo modernismo, que más tarde reinaría en Europa, está también influenciado por el romanticismo pese a tratar sus relatos con una gran dosis de realismo.

Notas

[1] El león aparece en el Escudo de Armas de Gran Bretaña. <<

[2] ¡Basta! Todo esto me horroriza. <<

[3] Especie de pareo rectangular que se usa como vestido enrollado en el cuerpo, típicamente malayo. <<

[4] La City es el centro financiero de Londres. (N. de la T.) <<

[5] En inglés patent medicine, término empleado para referirse a los remedios milagrosos elaborados con ingredientes secretos y de eficacia cuestionable, que se comercializaban sin prescripción médica. Fue un mercado muy lucrativo. Tuvieron mucho éxito en EE. UU. durante el siglo XIX. (N. de la T.) <<

[6] En inglés pitch and toss, juego popular en Inglaterra cuyo origen se remonta al siglo XVIII. Consiste en lanzar una moneda hacia una pared, ganando el que la deje más cerca de ella. En una de sus variantes es un juego de apuestas. (N. de la T.) <<

[7] Se trata de la marca registrada de un extracto salado de carne de vaca que se vendía en un tarro en forma de bulbo. La bebida se preparaba vertiendo una cucharada en agua caliente. (N. de la T.) <<

[8] En el texto original en inglés, Conrad introduce algunos términos en español que indicamos en cursiva respetando la grafía con que fueron escritos. (N. de la T.) <<

[9] Se refiere a la horca, que se supone que queda viuda del último criminal ejecutado en espera de otro. (N. de la T.) <<

[10] Instrumento de tortura medieval que consistía en dos planchas de madera que se podían acercar mediante un tornillo, machacando el pie del torturado. (N de la T.) <<

[11] Embarcación malaya de madera con una vela triangular y un solo remo. (N. de la T.) <<